

poblaciones. Mas, no por eso, debemos enorgullecernos demasiado; que la ventaja que le lleva nuestro mejor centro, no pasa de lo material. En los demás órdenes, Granada, lo mismo que León, nada tiene que envidiarnos.— Sus costumbres sociales corresponden á una buena civilización, siendo de advertir, y ya lo he dicho antes, que la soberbia y el lujo altanero ni la corrompen ni la carcomen. Las dos joyas de Nicaragua cuentan no pocos hombres de cerebro abundante, que han cultivado y cultivan con esmero su inteligencia; que son activos, que producen y crean y que podrían darnos luz. Y aquí debo decir que las mujeres nicaragüenses que tuve la dicha de tratar, son en lo general de entendimiento muy claro, y que, siendo hermosas, también son discretas y aficionadas á lo serio; revelan una educación más extensa y sólida que la que han logrado las nuestras de igual clase. Hablan de bailes, de paseos, de trajes y de perendengues (en este término comprendo los amoríos y lechuguinos); pero también discurren sobre asuntos interesantes, cuando no es un corcho fofo y flotante con quien comercian en ideas. Adela Elizondo (rectifico el error en que he incurrido varias veces llamándola Mercedes) es una de las morenas pizzeretas y resaladas que fijaron mi atención en Nicaragua; pero su hermana Celia es un diamante por su talento y su cultura. Pues bien, como ellas conocí varias allí donde tuve ocasión de demorarme; en Granada, muchas.—Aquí se acostumbra tener mala opinión de la niña que se instruye para no ser mera esponja; allá sucede todo lo contrario; y mientras que una señorita costarricense gana pronto el epíteto burlesco y despectivo de *bachillera*, si se atreve á escribir ó á conversar sobre lo que no es necio, una de Nicaragua, cuando hace otro tanto, es objeto de simpatía, de admiración y respeto.— La nicaraguana es dulce, sencilla y modesta, pero tiene, por instinto cuando no por reflexión, clara conciencia de su alto destino, de su derecho, de su porvenir y de que, mitad del ser humano, en nada puede ser inferior á la otra, una vez que para la vida ella reúne tantas condiciones como el hombre. Y yo digo, las diferencias necesarias

que caracterizan distintamente á los dos pedazos del ser humano, serán tales, que puedan dar mayor primacía al uno que al otro? Cada uno en su puesto no está llamado á desempeñar funciones que, aunque distintas, son de igual vitalidad?—En cuanto á moralidad, la mujer nicaragüense, de las clases superiores, tiene corazón modelado para corresponder severamente, pero sin nada de mogigatería, á las leyes de la dignidad y del honor. Ahora es hija dócil, y mañana será esposa cumplida y madre llena de ternura para los frutos de su cariño.

La plebe, ó sea la clase ínfima, sí me parece tanto en los hombres como en las mujeres, muy inferior á lo nuestro. Nosotros no tenemos esa gerarquía infeliz, sino en parte mínima, á no ser que pongamos en ese orden á los indios, que por vivir reñidos con la civilización, refúgianse allá lejos de los grandes centros, y sólo de tarde en tarde asoman para hacer algún comercio. El roto, en Nicaragua, es ignorante, pero discutidor y politiquero.—Gasta la mayor parte de su tiempo en comentar los artículos de periódico, cuando sabe leerlos. Habla de sus derechos con un aplomo de diputado mañoso, en tanto que no se preocupa de conocer y cumplir sus obligaciones. No tiene qué vestir ni qué comer, pero en cambio guerrearía por los fueros del ciudadano libre. Contáronme que el insigne periodista granadino, dijo de esa plebe, á propósito del resultado de unas elecciones: “Ni borracha pierde esa canalla su sentido moral”. Esa frase pinta como no podría hacerlo yo en muchas páginas, y no importa que sea un regalo de compatriota generoso lo del sentido moral.—No he hablado sin fundamento: he copiado lo que he visto y oído en las poblaciones que visitamos.—Ignoro cómo la pasarán las gentes de pueblos inferiores ó aquellas que hacen vida de campesinos ó de montañeses. Sucede frecuentemente que en las ciudades es donde se ve más golpe de gentuza proletaria y de mala catadura.—He dedicado más atención á Granada, porque ella es en mi concepto la mejor de las poblaciones que conocimos. Puede caber dos y hasta tres veces en León, y no importa que cuatro, si alguien lo quiere así; pero en

cambio, toda la savia vital que pudiera extraerse de León no alcanzaría á llenar todas las venas de Granada.—Pero hablemos de otra cosa.

La ciudad está un poco alejada del lago, y las brisas de éste apenas la acarician con sus ondas más perezosas. El aire inmóvil y enrarecido pesaba sobre mi cuerpo, como gravearía un gigante de los tiempos del rey Og echado sobre un enano de los que diz que vivían debajo de la tierra. Lo mismo dirían mis compañeros si se los pusiese en el potro para que cantaran. Tendrían que confesar que su enervación era tal, á causa del sudar continuo, que siempre fué preciso buscarlos en la cama, donde gustaban de yacer tendidos á la bartola; y que cuando no parecían abiertos en cruz, semidesnudos y roncando como deben roncar las almas justas, y, sobre todo, las que ya viven en el cielo sin ningún peligro de condenarse, entonces era bien seguro que se los encontraría muy divertidos jugando á la poca, y bebiendo cerveza ó apolinaris allí donde se permitía estar en traje poco á propósito para recibir visitas, como no fueran de las de gran confianza; y mucho menos para hacerlas ó recorrer las calles, sin que, á más de rechiflas, se echaran á vuelo los guijarros y la Policía á caza. Ni siquiera la noche nos era propicia, que los rayos caloríficos almacenados por aquel suelo arenisco durante el día, acostumbraba la maga del silencio desalmacenarlos y aplicárselos como remedio heroico contra sus resfriados.

Yo dormía en un cuarto grande, situado entre dos jardines, que me renovaban el aire por una puerta y una ventana mayúsculas, que siempre dejé abiertas, á pesar de las rabetas del Cónsul que prefería asfixiarse á coger un constipado; sobre una red elástica de alambres, tensa y suspendida de un marco de tirantes de hierro que, á su vez, lo estaba por las cuatro puntas de otras tantas barras bronceas y esmeriladas; sin más ropas para abrigo que una sábana gruesa que tendía sobre la flexible red y otra delgada sobre mi cuerpo; no digo de las almohadas, porque quién diablos duerme sin ellas como no sea en caso de grande apuro; pero sí diré de las cor-

tinias de gasa que pasaban por encima de los arcos de la cama y la envolvían por los cuatro costados para impedir que los zancudos se atreviesen á buscar posada en el interior; diré de ellas que, á pesar de los bichitos desvergonzados, siempre las dejé de par en par. Ahora bien, hais de saber, lector, que no obstante las ventajas de mi dormitorio, que ítem tenía agua manil cuyos jofaina y jarro derramaba por todo mi cuarto á tiempo de acostarme, y que á pesar también de muchas otras precauciones que yo tomaba antes de aplastar la llama con la cajita de fósforos, precauciones todas encaminadas á impedir que el martirologio se agrandara con mi nombre y santidad quemada; digo que á pesar de eso fueron muchas las veces que tuve que despertar lleno de susto y de congoja, por que solía soñar que convertido en pavo ó en *chum* ó *chompipe*, como se dice por acá, ó *guajolote*, (que todavía es peor) como dicen los mexicanos, me azaba relleno en el horno junto con la acemite, los roscones y otros amasijos. No sé cuál de nuestros mozos, que nunca fué sonámbulo en su casa, la dió por serlo en Nicaragua. Se levantaba desnudo, con los brazos, la boca y las narices abiertas, y caminaba con gran tino hasta llegar al baño, y donde lo había se bañaba, y donde no, tendíase boca arriba sobre la yerba húmeda y al cielo raso, imaginando tal vez que los rayos de las estrellas eran chorritos de agua que caían de la regadera. En una de tantas fué descubierto, meced á las carreras sospechosas, golpes contra las puertas y aullidos espeluznantes de un Califa rabón que estaba encargado de cuidar la casa, como perro viejo que no tenía, sin embargo, tantas canas como astucias. También contáronme que Juan Antillón, barbero del Jefe y además de la comitiva, solía amanecer dándose paseos al aire libre, sobre sus pantuflos chinos, y envuelto en una sábana delgada, que de vez en cuando flotaba sin consideración á los ojos castos de la noche. Y yo lo creo, porque el amigo Antillón se andaba soñoliento durante el día, tanto que una vez me jabonó la cabeza para cortarme el pelo, y otra tiró las navajas y echó mano del

estuche para afeitarme; y de todo esto era responsable el calor.

Pero como no todo es sudar en la vida, presentóse una de tantas tardes haciéndonos fiestas con sus atractivos. Su tibio delicioso alegraba la sangre y mantenía vivos en el corazón los deseos del placer.—¡Qué tarde tan soberana! Era una belleza de primer orden; lo habría sido en cualquiera de las cuatro partes del mundo. Su cutis transparente era suave como el de un melocotón que convida con su grosura y madurez; azul como el blanco porcelana que tienen algunas mujeres en sus ojos. Las sirenas del lago tejieron las gasas que la vestían, pero ella volaba por el ancho cielo sin cuidarse mucho de recatar los contornos más dulces, como tampoco lo hacen esas vírgenes fantásticas ó alegóricas que suelen pintar los Apeles. Mientras tanto el Sol, que majestuosamente declinaba, prendía fuego por todas partes al ricotisú de la orla de los cielos. Granada entonces, más que nunca llena de esplendor y de alegría, me hizo pensar en la sultana joven que se deleita en el baño perfumado contemplando con húmedos ojos los primores de su cuerpo, que conserva todavía el temblor recatado y la cosquilla eléctrica de las dulces caricias de su noche de boda.

No desprecié la ocasión de dar un paseo; de salir á respirar el aire dulce y abundante que se entraba por las puertas y ventanas, hinchendo las cortinas como para invitar á una buena sumergida en sus alegres ondas. La fortuna, que suele ser condescendiente á veces aun con los juguetes de los hados, me deparó un coche cuando apenas me había asomado á la puerta. Marché con tres de mis compañeros á recorrer las calles. La ciudad estaba de gorja: todo el mundo había salido á beber el oxígeno vivificante que de sus urnas de topacio, pródiga derramaba á grandes chorros aquella tarde pintoresca. Me acordé de San José y de aquellos amables paseos vespertinos que damas y caballeros elegantes, y hasta la gente de mal trapillo, acostumbran dar por la hermosa calle de la Estación, por la Sabana ó el parque coqueto, cuando el cielo sonríe. En poco tiempo registramos no sólo las

calles principales, sino también las últimas.—Ahora vamos al lago, dijimos todos; y el cochero sacudió el látigo sobre los brutos hasta hacerlos piafar y encabritarse en son de protesta. No tardamos en llegar. El cíclope tendido forcejaba por levantarse, y á cada golpe del tridente de Neptuno, juraba con insolencia; y, lo mismo que un mágico, echaba de su boca serpientes que se retorcían amagando, y mil cintas y banderas de colores de su enorme pupila azul.

¡Qué hermoso es el lago de Granada! Con mucha razón está tenido como uno de los mejores brillantes engastados en el anillo de la Tierra. Haciendo extremos de admiración, alabando á Dios en altas voces, que eran una profesión de fe arrancada á labios impíos por el solo poder de una faceta vulgar del diamante sin términos, fuimos á sentarnos en la punta del muelle. Por lo pronto nuestros ojos ofuscados con las aguas vivísimas de aquel líquido elemento, no pudieron penetrar en lo hondo de la lejanía. Y así sucedió que á medida que nos acostubrábamos á aquel juego de múltiples cambiantes, nos hacíamos la ilusión de que las islas más lejanas que íbamos descubriendo, eran esmeraldas gigantescas que, poco á poco, surgían de entre las quebraduras de las ondas.

El éxtasis se apoderó pronto de mis compañeros: desalmacenaban cuantos versos místicos y profanos dedicados á la belleza habían recomendado á sus memorias, y los iban recitando sucesivamente con voz y labios trémulos, tomados de la locura divina que, en mejores tiempos, solía inspirar á las pitias délficas. Queden ustedes con Zeus, y Apolo rubicundo les dé su protección, murmuré entre dientes, y fui buscando por la playa sitio que me conviniera para ajustar cuentas con mi memoria, respecto de lo ocurrido desde la salida de esta capital.—Hasta entonces no había tomado una sola nota. Recuerdo que en León, que es una marmita que siempre tiene abierta la válvula de seguridad, sudé de lo frío una noche. El Jefe quiso ver mi diario, pues alguien había dicho que yo no me cuidaba de llenar mi misión; y era *tan cierto*

el dicho, que en mi librito no se registraba otra nota que aquella que en una punta de la primera página decía: "vale \$ 0-50". Pues bien, me tendí de espaldas sobre un alto relieve de fina arena, que parecía polvo de zafir.— Desembolsé el cuadernillo, y con mi lápiz azul me puse á escribir. En tres páginas anoté todo lo pasado, según Dios me ayudó, sin dejar de fuera ni el deliquio poético de mis compañeros de lago, ni mi tendida prosaica sobre el banco de la playa, á eso de las seis y cuarto de la tarde; ni las brujas que pasaban por lo alto, metidas en camisolas blancas y capirotos pardos, rasgando las nubes y aventando las jiras, y diciéndome adiós con los faldones flotantes.

Para acabar de una vez con mis congojas y no tener que entrar después con la pachorra en nuevos dimes y diretes, me puse luego á tomar nota de lo que había de suceder hasta nuestro regreso á San José, pasando por la tierra del cacao, y por las aguas de los consabidos dragones escamosos y con alas. Calculé, pues, cómo podrían ser, sobre poco más ó menos, los brindis de un banquete de setenta y más cubiertos, donde no era posible que dejara de haber contrastes á lo Víctor Hugo, antítesis y paradojas á lo retórico fino, quites y reticencias á lo diplomático trasnochado, y corazones abiertos, palabras sinceras y voluntades amigas de la felicidad de los hombres y de los pueblos; y, por último, más colores que los que tiene la campiña. Apunté los platos por los nombres con que danzaron en mi fantasía, una vez que hube reflexionado sobre la calidad del anfictrión y su opulencia. Calculé el número de señoras que darían esplendor á la mesa, é hice el elogio de su cultura, de su decoro, amabilidad y modestia. No tuve empacho en fijar el número de botellas que se vaciarían, y tampoco falta de audacia para avivar la crónica con algunas mentiras garrafales.— Y así anoté que cierto prójimo de corpulencia *paquidérmica* ó por lo menos *tapírica*, y de enfadosa catadura, jurando entre dientes se lamentaba de que fuesen servidos contra toda regla de buen gusto, antes que los pavos y los azados, los postres; que tal le pareció debían ser

los artículos menudos y estimulantes, que en francés se llaman colectivamente *hors-d'œuvre*, y no se cómo en español. Y también anoté que *otro* que debía ser pariente del primero, no por la corpulencia y catadura, sino por lo demás, tomaba el *roast-beef* con *pousse-café* (cherry-brandy). Estos cuentecitos, que no pasaron de ser invención fantástica, música celestial y mera pamplina, me vinieron á las mientes empujados por los recuerdos de las *sanchadas* que he tenido ocasión de ver en los varios banquetes á que he sido convidado en esta vida. Y para que no se crea que me envalentono contra ningún *caballero particular*, ahora diré cómo yo mismo he de acusarme de mis pecados. En un día de agosto, allá para las fiestas de Cartago, fuí convidado á una gran comida. Acudí, y ¿quién no se pone alas cuando recibe una invitación semejante, sobre todo cuando en su casa tiene poco que engullir? Los concurrentes estaban sentados á la mesa, y ¿qué hice yo? me presenté en el comedor con sombrero y bastón, y ya con la corbata desanudada y el chaleco y los pantalones desabotonados, para que el apetito no me riñera si no podía hartarse á sus anchas.— Qué de veces no he visto en esos grandes festines que concierta la maña para tender lazos á los conejos, á alguno de los orejones menear la sopa con el dedo y luego enguantarse para tomarla!

Luego pensé en lo que podría ser un baile de casino que está sustentado en la flor y nata; y alabé las elegantes decoraciones del salón y la excelencia del ambigú. Emití opinión sobre las vírgenes, anotando que, por su hermosura y trapío, cualquiera habría dicho que eran bajadas del sétimo cielo. Reñí á las abuelas adustas que se engrifaban y escocían mirando el salero imantado de los ganchos, ó sea, de las hijas tentadoras de aquellas madres zalameras, que se diferenciaban de los retoños en que sus sonrisas de placidez y satisfacción ya sabían un poco á agua salada; y nadie se incomode, que otro tanto sucede por acá, y en todas partes se cuecen habas. Por último, llené la página quinta de mi diario con algunas consideraciones sobre los colados (que en to-



da parte los hay aunque no sean curas): apunté que atravesaban el salón como gallinazos en pelea, y que á veces, por parecer de buen tono, y como gente convidada y no metida á fuerza de estrujarse en los huecos de la criba, se echaban sobre el champagne de la *gente*, y rasgaban con sus botas fuertes las faldas de las señoritas, y por ende, las telillas finas de sus corazones. Y dí comienzo á la sexta, declarando que me arrojé al lago..... Poco á poco, lector; no os imaginéis que cometí la locura de dar un brinco desde mi lecho de arena para zabullirme en las ondas; que aunque ciertamente era locura bien grande apuntar lo que no había ocurrido, en todo lo demás funcionaba bien mi cerebro. He querido decir que me puse en el caso de entrar en el vaporcito con ánimo de emprender viaje para San Jorge. Anoté desde luego que almorzamos alegremente en las faldas ondosas de la Zapatera, cuyos cambiantes, frescura y bizarría se llevan los ojos y el alma. Debe entenderse que hablo de la bella isla, reina del lago de Granada, y no de Friné, que nada me importa á mí lo sea de cualquiera. Creyendo por rara alucinación que de veras iba navegando, sentí en mi cabeza los vaivenes del piélagos, y pronto al compás del fantástico balanceo, me fuí quedando dormido hasta que no me dormí. Y ahora recuerdo que no tuve ni la precaución de quitarme de la boca una mal envuelta tagarnina que me había regalado el susodicho Ramoncito.

Gracias á la niebla en que el lago me envolvió, pude despertar á eso de las diez de la noche, con gran sobresalto que me hacía brincar el corazón como caballo chúcaro. Un olor fuerte á chamusquina me asfixiaba, que tal era el de aquellos vahos que se colaban de rondón hasta mis pulmones. Parecióme ver en sueños que mi cuarto se quemaba, y desperté dando voces al cónsul y á Mr. Biolley, quienes, como ya he dicho, en Granada compartían mi alcoba. Entre dormido abrí los ojos, y la luna, que en ese momento entraba en el cenit, resplandeció á través de la niebla como una inmensa llama de plata, que el miedo me la hizo ver de color de fuego. El reventar de las olas me pareció ruido sordo de techos que

se desploman, y aquel viento húmedo, que me cortaba con sus lenguas afiladas, el soplo venenoso de la muerte. El amor á la vida, que por perra que ésta sea siempre tendrá más atractivos que el espeluznante queso de tierra que estruja en la sepultura, me dió fuerzas; y salté de mi catre, que tal me parecía el relieve de arena sobre que reposaba, y eché á correr sin norte, y muy luego me sentí abrazado de la ola capitana que reventaba con estrépito para hacerme recordar el sitio de mi desgracia.— Desde esa noche creo en el influjo de los santos, de los dioses ó de los milagros. Me salvé por un prodigio. Aun me parece sentir aquella mano robusta y misteriosa que me asió por los cabellos, y con poderoso aliento me lanzó á la playa enjuta.—Qué triste situación!—Sin sombrero, sin diario, perdidas las notas, causa de mi desventura, aturdido, maltrecho y cabizbajo, me puse en camino, y á las diez y media, cuando mis compañeros en torno á la mesa se regocijaban con fiambres y dos botellas de champagne, yo procuraba entrar en mi cuarto, escurriéndome como una anguila por entre los arbustos del jardín, y maldiciendo á los alcaravanes que se empeñaban en delatar mi infortunio con su algazara y sus carreras.

Me cambié de ropa; pues, ¿cómo, lector, había de quedarme hecho una sopa, expuesto á que cualquier tragaldabas me metiese su cuchara á guisa de burlas? Vestidito de la seca, corrí á colocarme entre mis amigos, cuyo buen humor me atraía como la miel á la mosca. El hambre no devoraba, pues no había comido. Dichosamente pude sorprender algunos restos de la cena: medio pollo, dos rebanadas de jamón, un pedazo de queso y media docena de aceitunas. De lo potable no pude lograr pizca; pero Carlos Alberto Lacayo, que notó mi desazón, inquirió luego la verdadera causa de mi desgracia.—¿Qué le pasa á V?—No me atreví á contestar, pero puse una mirada llena de lástima sobre los cascos vacíos.—Ah! ya comprendo, dijo, y sin más, fué y vino con una botella del tinto, que era para relamerse.—

Ahora diré cómo Carlos Alberto es uno de los mozos más gentiles que tiene Granada, así por su porte y

figura, como por su índole simpática y educación esmerada. Alto, delgado y recto, tiene el triple anzuelo con que toda muchachita, sea alta ó baja, avisada ó candorosa, esquiva ó halagüeña, se deja prender hasta del corazoncito. Pero ahora recuerdo que es casado, y que, á la verdad, no puede desear mayor fortuna. Mejor que él es su joven esposa: mujer admirable; y con esto, que lo dice todo, acabo de comprobar que el amigo Carlos es garrido y bien inteligente: de otro modo, cómo habría hecho capitular á plaza tan poderosa?—Alberto ha viajado por los Estados Unidos y Europa; y ya que me hallo en este punto, no me parece fuera de tiesto decir que apenas habrá nicaragüense rico y de buena sociedad que no pasee frecuentemente por esos mundos anchos, y busque el pan del entendimiento en los mejores focos de la cultura y la sabiduría. No creo que los costarriqueños sean más aficionados que los nicaragüenses á viajar por el gran mundo.

Daba fin á mi tarea, que tanto quiere decir esto, como que ya mondaba el hueso de mi aceituna postrera y con sorbo fuerte atraía las reliquias de mi gloria, cuando se presentaron en escena mis tres amigos de marras.

Recordaréis, lector, que los dejé en la punta del muelle, tan pronto como pude observar que ya se calzaban el coturno. Pues bien, así que se cansaron de estar en pie, tomaron asiento, y cuando no les pareció cómoda la posición, determinaron acostarse, como que nadie podía impedirles, y mucho menos en Nicaragua, el libre ejercicio de sus derechos individuales. Pero hasta aquí todo fué bicoca; que lo grande del caso está en que luego se durmieron del mismo modo que lo hizo el humilde servidor vuestro. Cuando yo desperté para arrojarme en las ondas, ellos despertaron también á mis gritos de alma que lleva el diablo; y, llenos de susto, pusieron pies en polvorosa, creyendo tal vez que algún fantasma nocturno se andaba por allí estrangulando á los míseros mortales. Erraron el camino y mucho fué el trabajo que les costó orientarse, según luego confesaron; pues cuando los interrogamos por vez primera sobre la causa de su jadeo y

espeluznamiento, anduviéronse remisos en decir lo cierto.—Afirmaban que tan pronto como yo había regresado á la ciudad, (primera mentira) ellos habían seguido caminando por la playa, hasta que dieron allá lejos con una casita, vivida por un matrimonio sencillo, productor de unas cuantas doncellas guapas, fuera de menudencia; y que, con tal ocasión, allí se habían entretenido al amor de la lumbre, á cuyas llamas elásticas cantaba haciendo gorgoritos la olla de la cena. Que cuando abrieron los ojos notaron que la noche había tomado vuelo alto, y que entonces se pusieron en marcha; pero que apenas habían avanzado bien poco, cuando oyeron unos gritos espantados que salían del lago. Que regresaron, á la casita, y luego volvieron con el hombre al punto del desastre; y que todo resultó ser la desgracia de una vieja atrapada por un tiburón ó cualquier otro animal de andanas cortantes en las fauces.

Cuando llegaron á lo de la vieja, ya no pude soportar tanto disparate. Y así les dije: “habéis hablado mil desatinos, y os conjuro para que rectifiquéis”. La vieja de que habláis soy yo. Referí mi aventura; la hilaridad se paseó regocijada por todos los rostros; y con esto los tres embusteros tuvieron que desembuchar la verdad.

Y el carruaje y el cochero, qué fué de ellos? preguntó un curioso; y ninguno de los cuatro pudimos responder; pero al día siguiente supimos que la alborada había hallado al azotador de caballos hecho en tres dobleces y dormido sobre los cojines del vehículo. La renegada que el pobre dió fué grande, como que dos días después, manaba todavía mucílago de entrambos ojos.

Eran las once ó las once y media, y nadie pensaba en dejarse abrazar de la imagen espantosa de la muerte; y digo así con perdón de un amigo que ha afirmado en su precioso artículo “Una noche de insomnio,” que no hay sobre la tierra mayor felicidad que dormir á pierna suelta. No me opongo al dicho, pero distingo: si durante el sueño pueblan la fantasía imágenes de oro bullidoras, confirmo; pero si la oscurece el diablo y en su fondo tenebroso se destaca la figura tétrica de una vieja aulla-

dora que se retuerce en los colmillos de una tarasca acuática, entonces *nego suppositum*, y me atengo á lo que reza el soneto de Bartolomé. Por lo demás, aunque el dormir tiene entre otras, la ventaja incomparable de redimir de los *acreedores*, todo dormido parece muerto, mientras algún animalejo no lo pincha y lo hace pegar un brinco y crujir los dientes. Y á propósito de animalejos aborrecibles, y ya que hemos hablado de acreedores, pulgas y chinches, hablemos ahora de aquellos enemigos que me hacían cobrarle más horror á la cama en Nicaragua.—Eran los tales unos zapitos minúsculos, alados y revoltosos, que así se me tiraban encima en las horas diurnas como en las nocturnas, ávidos de beber mi sangre. Llámánlos por allá zancudos ó mosquitos: pero yo ni les ví figura de mosca, ni tampoco zancas largas. Más bien me parecieron buitres degenerados en todo, menos en la malicia y la maldad. Tanto como era preciso usar de gafas para descubrir á los bribones agazapados entre los pliegues y puntos de las cortinas, y hacerlos crepitar en la llama de la bugía, así era necesario tomar muchas precauciones para resguardar el pellejo de sus picadas, arañazos ó mordeduras; que yo nunca supe si esa canalla tiene dientes, garras ó aguijón, ó si es que dispone de las tres armas á la vez. En algunas partes preséntanse los bichos con todos los caracteres de una plaga. Y tenga usted las manos quietas y déjese de tirar puñetazos, porque todo ello es dar golpes contra el aguijón: la nube se espesará más, y, mal que le pese, los duendecillos se le introducirán por ojos, orejas, narices, boca y hasta por lo más celado, si se descuida.

Para que se tenga mejor idea de las picardías de esos malditos, referiré una historia, que para mí siempre será fantástica, á pesar de las protestas que la abonaron de parte del narrador.—Sucede, nos dijo el capitán Lacayo, (el mismo del *molto caldo*) que allá un poco lejos de Granada hay un pueblo que no parece sino que es de dominio de los mosquitos (hablo de los trompeteros zancudos y no de los indios). Y sucedió que la noche de boda de quienes se deseaban con el alma, la doncella acu-

dió á ponerse bajo el amparo de la sábana, antes que su marido. La razón de ello no viene al caso; y lo que importa saber es que la doncella tendió su cuerpecito tierno en la cama, no sin haber enrollado la cobija cuidadosamente á su cuerpo, pues sin embargo de ser extranjera, tenía ya noticia de la fisga de los mosquitos.—Ahora vienen los zancudos. La niña, tal vez por su misma inocencia, no se cuidó de echar las siete llaves á la puerta, que antes bien la dejó apenas á medio entornar: acaso pensó, y eso nada tiene de malicioso, que la mamá podría llegar á preguntarle por su salud. Pero fueron los mosquitos en grueso y formidable batallón los primeros en invadir la alcoba. Los perversos agarraron la limpia Holanda con todos sus garfios, y..... lo demás ya lo sabréis.—Ahora, entra el marido respirando apenas: camina trémulo sobre las puntas de los pies y midiendo los pasos; toca el lecho; encuentra las cortinas entreabiertas, y con mano que se resiste quiere sondear la cama, y..... ¡Santo Dios! da con el vacío, con el abismo. ¡Horrible chasco! El mozo corre, da voces, alborota la casa, los vecinos acuden, y ya no se oía más que 'le han soplado la dama! le han soplado la dama'!, cuando un *boca abierta* ó sea un tonto (que nunca falta del artículo en casa) logró divisar en los aires un bulto entre blanco y parduzco, que se mecía como una hamaca. Y aquí viene la gorda; el trillón de zancudos, disputándose la presa, la habían elevado al techo. La cándida niña no despertó á pesar de la música y del balanceo.

Hicimos gestos, nos miramos con sonrisas de incredulidad, y el capitán juró por la cruz de su tizona, que como se lo contaron lo contaba.

Nos disponíamos á matar el tiempo con la poca, pues el sueño se resistía á llegar, no obstante lo avanzado de la noche, cuando recibimos aviso de que el señor Presidente, nuestro Jefe, no podía dormir con tamaño alboroto. Arrojamós las cartas y los botoncillos, pusimos punto en boca, y cada cual salió silenciosamente haciendo voto de no dormir antes de poner como chamisós á los pícaros zancudos.

El día siguiente fué todo actividad y entusiasmo. Algunas corporaciones oficiales, como la Suprema sección judicial de Oriente y la Municipalidad cantonal, visitaron al Jefe. Hubo discursos, que luego insertaré en mi apéndice con todo lo demás que pueda ser insertable; hubo protestas recíprocas de consideración, y todo aquello que en semejantes casos es siempre moneda en giro.

El Presidente, de su parte, correspondiendo á invitaciones que oportunamente había recibido, visitó varios establecimientos públicos: entre otros el hospital y las escuelas de letras de ambos sexos. Hubo refrescos y más discursos. Los nicaragüenses son muy dados á perorar. El maestro y la maestra y también los alumnos, y cualquiera Jefe de hospicio y Presidente de asociación, aunque sea privada, no perderán nunca la ocasión de echar á relucir su palabra. Generalmente calculan y escriben anticipadamente sus discursos, pero también se lanzan por los escollos de la improvisación. Sin embargo, confesemos que la gente nicaraguana, que no es del mero rezago, posee el don de la palabra y de la pluma. No todos tienen corrección, escuela y abundancia de ideas, pero eso no puede ser cargo serio. A lo más podría decirse que no cuadra bien con la estética, que quien es poco diestro en el arte de hablar, hable demasiado, hasta hacer que los bostezos rompan las mandíbulas de los oyentes. Pero en Nicaragua no siempre se corre ese peligro, pues allí casi todos saben expresarse con alguna gracia y facilidad. Los más humildes tienen, á lo menos, sobre los que no lo son, la incomparable ventaja de ser ingenuos. En las venas de los nicaragüenses hay mucha sangre andaluza, y por eso son vivaces é imaginativos. Pero nosotros, con ser más descendientes de gallegos, no dejamos por ello de ser intemperantes en el uso de la palabra. Sucede que aquí no podemos visitar oficialmente ninguna escuela de aldea, sin que el maestro y la maestra nos rompan los oídos y la paciencia con algún discurso de tres leguas, campanudo y rimbombante, si es de ajena mano, y si de propia, más insufrible todavía. Costumbres estrañalarias de gentes sin meollo, que acostumbradas al graznido de

los gansos del corral, ignoran que la palabra es pájaro que canta dulcemente pero sólo en jaula de oro ó por lo menos de plata.

Estuvo el Jefe en el Colegio de señoritas, plantel interesante, que tiene á la cabeza de su personal docente hábiles maestras norteamericanas. Algunos granadinos afirman que es el mejor establecimiento del género que hay en Centro América. Yo no me atreveré á decir tanto, pues no conozco lo que tienen en ese orden los otros Estados; pero sí puedo asegurar que ese colegio de Granada es bueno, aunque este calificativo no signifique en modo alguno que aventaja á lo que nosotros tenemos en el ramo. Es indiscutible que Costa Rica está hoy muy bien servida en materia de enseñanza, y que nuestro Gobierno dedica cada día mayor atención al negociado; y es sabido también que la prensa del exterior ha consagrado muchas alabanzas al esmero con que aquí se protege el adelanto de la juventud. En ese Colegio de señoritas hubo tal entusiasmo de nuestra parte, que don Ezequiel Gutiérrez, que difícilmente deja caer de su boca una alabanza, no pudo resistir á los ímpetus de su inspiración en presencia de aquel grupo de pimpollitos, tesoro de esperanzas granadinas y por ende nicaragüenses. El Doctor Ulloa tegió también unas cuantas frases en inglés. Yo no entiendo palabra de este idioma, pero aplaudí. Hice lo que cierto personaje, orador, periodista y literato, en un banquete. Brindaba el Jefe de su partido político, tan en voz baja, que ni los más vecinos escuchaban lo que decía. Pero el literato, que se hallaba á buena distancia, aplaudía, sin embargo, estrepitosamente con hurras y palmoteos.—Y ¿qué dice el orador? le preguntaron algunos, y el costestó: nada, yo no escucho lo que dice, pero debe ser cosa muy buena!—Yo tampoco supe lo que decía el señor Ulloa, pero pude presumir que sus palabras se encaminaban á felicitar á las maestras por sus dotes, y á las alumnas por su aplicación y su adelanto.

Terminadas las visitas, que llamaremos de cumplimiento, nos dirigimos á las casas de algunos de nuestros buenos amigos. Por lo pronto nos entramos en la de los



señores don Pedro Joaquín Chamorro y su hermano don Dionisio. ¡Cómo podré olvidar jamás la manera como se dignaron acogernos y agasajarnos esos dos jefes respetabilísimos de familias tan principales! Los Chamorros son de lo mejor que hay en Nicaragua, y á no dudarlo, en Centro América. La alta posición social que ocupan en su país la mantendrían en cualquiera parte. Son hombres que no valen por la ocasión, sino por sus méritos intrínsecos. Bastante acaudalados, tienen la primera condición para vivir con independencia, y ser dueños de su albedrío, ya se trate de los asuntos más pequeños como de los más altos y trascendentales de la política; á la que son bien dados, como que en ella han tenido que ejercitarse, así por índole como por motivo de las diversas funciones públicas que han desempeñado. Don Pedro Joaquín ha sido Presidente, Ministro de Estado y diplomático. Jefe de partido, su palabra influye poderosamente en los destinos de su país, cualquiera que sea el puesto donde se encuentre. Las familias de ambos próceres son excelentes: cultas, simpáticas y bondadosas, no será posible conocerlas sin aficionárseles. Conocí una señora mayor, que revela, hasta en los últimos detalles de su porte, ser, en realidad, una *señora*. Los hijos y las hijas son otros tantos títulos de orgullo para la casa. Margarita se distingue por su belleza: ¡qué mujer tan admirable!; su tipo es clásico á lo griego antiguo. Ví otras muchas jóvenes también casadas, y sin embargo dulcísimas y cautivadoras.

Fuimos después á casas de otros amigos, y conocimos á la joven consorte de Benjamín Barillas; mujer amable y llena de gracia, con un rostro aguileño, que me hizo recordar el tipo romano de los tiempos de Lucrecia; á la bondadosa madre de Rosario Vivas y de unas cuantas niñas adorables por la suavidad de su índole, por la corrección de sus líneas, y sobre todo por la viveza y dulzura de sus ojos, brillantes negros engastados en porcelana. Conocimos, en fin, á la apreciable señora de don Roberto Lacayo, y á su niña deliciosa, flor fresquísimas que apenas principia á desplegarse, y ya es la urna don-

de la aurora deposita sus perlas más peregrinas.—Yo visité luego á don Anselmo Rivas; al hombre inteligente, docto y sagaz, que tantos laureles tiene ganados con su pluma de periodista. El “Diario Nicaragüense”, conductor de sus ideas y del pensamiento político de su partido, es un periódico famoso. De hoy lo será más, como que él lanzó el grito de alarma contra el renombrado pacto Soto-Carazo; y lo será, mal que nos pese y aunque la historia condene lo sucedido: sólo que en tal caso tendrá que serlo tristemente.

A las cinco de la tarde de ese mismo día, el General Soto se trasladó con toda su comitiva al Colegio de segunda enseñanza de varones. Desde que estábamos en Managua había recibido anuncio nuestro Jefe de la fiesta que en ese establecimiento se preparaba en honor suyo. Y si he de hablar la verdad entera, diré que la grande y variada exhibición de ejercicios escolares que nos distrajo hasta las diez de la noche, me pareció lo más selecto del género que hasta entonces hubiera visto yo. No fué aquellos exámenes para medir los progresos de la juventud. Nada de eso. Tratábase solamente de que los alumnos dieran una función llena de gracia y de matices vivos, para tener en regocijo constante á los espectadores. Y así fué. Cuando llegaron las diez de la noche á nadie se le había ocurrido que el tiempo hubiese avanzado tanto. Nosotros que estábamos sin comer, tampoco tuvimos un solo bostezo.—El Colegio tiene dos grandes patios cerrados por corredores anchos y las salas necesarias para el buen servicio, una de las cuales es notablemente espaciosa.—La concurrencia llenó en todas partes el edificio. Tan pronto como el General Soto y el Presidente Carazo se presentaron, dióse principio á los ejercicios militares. Con las últimas chispas del crepúsculo terminaron éstos, y entonces vino un precioso y artístico juego de luces encerradas en farolas de colores dispuestas para figurar diversas cosas: los nombres de los Jefes, el de Costa Rica y el de Nicaragua; los escudos y las banderas de ambas naciones, y algunas leyendas en honor del General Soto, etc., etc.

Vino en seguida la función literaria, que tuvo lugar en la gran sala de los actos públicos. El señor Director del Colegio abrió el acto con un elocuente discurso. Se presentaron después varios alumnos y fueron recitando sucesivamente trocitos en prosa y en verso, tan simpáticos, tan adecuados, y magistralmente dispuestos, que no sería fácil decir cual de todos fué mejor. Los niños por su parte desempeñaron su papel con una gracia y compostura cautivadoras. Cada una de esas bellas esperanzas de Nicaragua, me pareció ciertamente un revelador del porvenir dichoso de ese país. Ese acto fué cerrado con un discurso del General Soto. Por último vino la representación de un juguete cómico de gran interés, y perfectamente elegido para actores infantiles.—No he tenido en mira describir, y mucho menos con prolijidad. En el apéndice podrá verse la crónica que sobre la hermosa fiesta de la niñez y la juventud publicó el "Diario Nicaragüense." Es completa, y yo no podría hacer cosa que se le pareciera como no fuese copia.— Ese Colegio de Granada está bien montado y bien servido. Corresponde en buena medida á su objeto. La dirección está confiada á un cubano de altas dotes, al señor don José María Izaguirre. En el cuadro de profesores figuran jóvenes tan inteligentes como aprovechados; tales como don Trinidad Cajina y don Alberto Gámez.

Nuestro Jefe recordará siempre con gratitud inquebrantable las finas distinciones de que fué objeto en la ciudad de Granada. Los hombres de más significación, cualesquiera que fuesen sus credos y colores políticos, lo rodearon solícitamente, y á porfía y á competencia lo colmaban de miramientos y festejos.—En todas partes hubo ovaciones más ó menos ruidosas para el Jefe de Costa Rica, es verdad; pero ni en Managua, donde permaneció nueve ó diez días, fué visitado y agasajado de tantos hombres independientes como en Granada; que en esta población los cumplimientos y ceremonias oficiales, no se sobrepusieron en nada á las pruebas de simpatía y consideración rendidas hasta por los más ale-

jados del Gobierno, y, según pude entenderlo, también por personas opuestas á la política nicaragüense actual, ó por lo menos al Gabinete.

Tiempo es ya de ir pensando en el viaje para Rivas, á través del hermoso lago de Granada. Mas, no podré despedirme de la simpática ciudad sin hacer antes mención especial de los dos grandes acontecimientos que fueron, por decirlo así, como la cumbre de los festejos hechos en honor del General Soto. Me refiero á un banquete y á un baile. El primero fué costeadado y ofrecido galantemente por el cumplido caballero de que tanto he hablado, por el General don Pedro Joaquín Chamorro; y el segundo por los socios del casino. El "Diario Nicaragüense" publicó sobre ambas fiestas descripciones magistrales, con las que tengo en mira hermohear mi apéndice; pero esto no impide que yo me dé el gusto de encarecer aquí la excelencia de tan valiosos obsequios, que para serlo en grado máximo, fueron ofrecidos del modo más espontáneo.

El señor Chamorro pasó invitación finísima al señor Presidente y á cada miembro de su comitiva; y la tarde del día fijado, presentóse con distinguido acompañamiento en nuestra sala de recibo. Cortés y delicado hasta en los últimos detalles, él mismo quiso conducir á sus convidados.—Llegamos á la casa del señor Chamorro.—Paso por alto las finezas amables de la familia y los ricos manjares y vinos; y llamo la atención sobre el grupo de señoras exquisitas que tomaron puesto en la mesa, que fueron orgullo y gala del banquete; y sobre los setenta caballeros, próximamente, que empeñaron para atenderlas, todos los recursos de su educación. Paso por encima los brindis del señor González Víquez, que era entonces nuestro Ministro de relaciones exteriores, del señor Aragón, que lo fué de hacienda, del señor Gutiérrez, magistrado de nuestra suprema corte de justicia, del señor Mora, gobernador de San José, y del Doctor Ulloa, cirujano mayor de nuestro ejército; que probablemente fueron de poca monta, pues el señor don Anselmo H. Rivas, que hizo relación tan detallada de los brindis nicaragüen-

ses, sin omitir el suyo propio, no consideró necesario ni mencionar siquiera qué costarriqueños tomaron la palabra. No puedo atribuir al señor Rivas falta de cortesía; antes bien lo disculpo, pues demasiado trabajo tenía él con las producciones de sus compatriotas, para acordarse de las de los huéspedes, quienes por otra parte, nada dijeron que fuese digno de recuerdo.

Paso, pues, por encima nuestras pobres alocuciones, y llamo la atención sobre los brillantes ejercicios de palabra practicados por lo más selecto de los nicaraguanos allí reunidos, y sobre el sencillo brindis con que el General Soto expresó su alegría y el agradecimiento á que lo obligaban tantas finezas incomparables.—De las peroraciones que más me gustaron, recuerdo las de los señores Chamorros, jefes de la casa, las sentidas palabras del Presidente de Nicaragua, las brillantes é incisivas frases de don Enrique Guzmán, los discursos de los señores Rivas y Paúl, los amables conceptos del General Urtecho, y las ardientes cláusulas de los señores Guridí y Pedro Ortiz.

Entre las gratas remembranzas que de esa fiesta espléndida me quedaron, coloco en lugar saliente y con orgullo fundadísimo, la dicha que tuve de conocer al famoso escritor don Enrique Guzmán, y de cambiar con él algunas palabras afectuosas. Ignoro si el señor Guzmán tiene algún diploma académico, de facultad ó literario; pero eso no me importa un ardite, pues que para mí valdrán siempre más que el título mejor pintado, su talento, su chispa, sus ironías y su ilustración.—Cuando llegué á Granada, uno de mis deseos cardinales fué encontrarme frente á frente con el hombre que de reputación me era tan conocido, y que muchas ocasiones me había hecho reír y pensar con la gracia, agudeza y flexibilidad de su pluma terrible.—Figuraos, lector, si no me sentiría feliz, cuando después de haber tomádome, extra banquete, pero en la misma casa del señor Chamorro, una ó dos copitas de marrasquino delicioso que acabó de poner viva mi sangre,—me dirigí al crítico, terror de las plumas cojas como la mía, y le dije: “yo soy Pío Víquez, su humil-



de servidor, y usted es don Enrique Guzmán, orgullo y gloria de las letras centroamericanas, persona que desde mucho tiempo ha me viene siendo queridísima”.—Acogióme con benevolencia y hasta con galantería. Es un hombre de mucho talento y de mucho mérito; pero esa ventaja no se opone á que sea también fino y bien educado. No llega quizás á cuarenta años, y, sin embargo, tiene la cabeza perfectamente blanca. Cuando ví su cutis fresco y tenso y su cabello encanecido, me dí á pensar que por alguna rara *excentricidad*, de esas que suelen ser tan corrientes en los hombres de letras, gustaría de usar peluca blanca como los nobles de tiempos alejados.

Muchos otros hombres importantes me fueron conocidos con ocasión de esa fiesta. Y ya que hablo de notabilidades granadinas, ¿no será mejor que enumere por lo menos, todas aquellas de Nicaragua que en este momento van asomando á mi memoria? Habrá algún peligro y descortesía en no apuntar más que los pocos nombres que puedo recordar?—No lo creo. Nicaragua tiene muchos personajes distinguidos; pero aquellos que no entren en mi cuadro, no por eso tendrán motivo para resentirse: la circunstancia de que yo no los conozca ó los recuerde no será parte para que sus merecimientos queden menoscabados.

De León, recuerdo á los Doctores Roberto Sacaza.—Vicente Navas.—Francisco Baca padre y Francisco Baca hijo.—Pastor Valle.—Licenciado Buenaventura Selva y Domingo Salinas.—Este último, que es un hábil y rico comerciante, estaba nombrado para ministro de hacienda cuando llegamos á Nicaragua; luego supe que él no había querido aceptar el nombramiento.

De Managua, á los Doctores Adán Cardenas.—Benjamín Guerra.—Adrián Zavala.—Santos Zelaya y Serapio Orozco.

De Masaya, á los Doctores Julio César.—Enrique Solórzano.—Eugenio Mendoza.

De Granada, á los Generales Joaquín Zavala.—Fernando Guzmán.—Pedro Joaquín Chamorro.—Licenciado Benedicto Meneses.—Enrique Guzmán.—Fernan-

do Lacayo.—Federico Marengo.—Carlos Selva.—Vicente Cuadra.

De Rivas, á los Licenciados Salvador Castrillo.—Francisco Padilla.—José Dolores Gámez Gómez.

Tuve también noticia de los señores Benito Morales é Ignacio Chaves, que no sé de dónde son.

Debo un recuerdo muy cariñoso, y me complazco en consagrarlo, á mis excelentes amigos los jóvenes Chamorros: Pedro Joaquín, Pedro José, Fruto, Dionisio y Diego Manuel; á éste no tuve la dicha de verlo porque estaba ausente, pero sí de ofrecerle todo el caudal de mis afectos en la persona de su joven consorte, la simpática y bondadosa Lola Bolaños.

El baile fué de lo más ruidoso que hasta entonces hubiera tenido Granada. Gran concurrencia, primorosas decoraciones, música esmerada, rico ambigú. Nuestro Jefe no se retiró hasta eso de las cinco de la mañana, cuando ya los primeros albores del día pintaban de azul los rostros de aquel mundo delicioso. ¡Cómo crece la hermosura de las mujeres jóvenes y lozanas á la dulce claridad de la aurora! Cómo sube de punto la poesía de las bellas, y cómo hasta las desgraciadas logran entonces parecer bonitas y encontrar novios!

El baile se verificó el treinta y uno de julio; y el primero de agosto, á las siete de la mañana, salimos para Rivas. Pero antes de emprender el viaje, debo recordar la visita hecha al Presidente por el cuerpo militar, por los artesanos representados en una comisión, y por el Prefecto. Y también debo recordar el precioso concierto que le fué dedicado por el profesor de canto, el señor Restivo, y el cual se verificó en casa de don Roberto Lacayo: función que nos tuvo dulcemente deleitados durante una buena parte de no recuerdo qué noche.

A las siete de la mañana del primero de agosto, abandonamos nuestra preciosa morada granadina para ir á tomar el vaporcito que debía conducirnos á la ciudad de Rivas. No puedo recordar sin cierta alegría que estuve á punto de quedarme. Con motivo de la gran trashedada y de mi calma natural, en gran parte, mientras

que todos se alistaban, salían y llegaban al muelle, yo hundí mi frente en las almohadas, como quien no quiere ver, ni oír ni darse cuenta de lo que pasa en torno. Mas, hubo de entrarse en mi cuarto una criada de la casa, que principió á barrer y sacudir por todas partes. No me dí por entendido, y seguí haciendo el zorro, procurando respirar queço para no ser sorprendido, aunque en secreto juraba y tronaba contra la intrusa, que de tal modo me impedía seguir reposando sin zozobra. Acércase de repente al lecho, y sin advertir que en él estaba mi persona, toma de las puntas la sábana que me cubría, la avienta con fuerza por allá arriba y, luego la sacude sobre mis lomos con tal rigor, que me escocieron los latigazos. Hubiérase creído que la pícara mulata tenía en mientes flagelarme muy de veras por perezoso. Solté una maldición que no tuve tiempo de ahogar; de un brinco me puse derecho sobre la cama; la criada, llena de susto, echó á correr; en un decir amén me vestí, y muy de capa caída fuí atravesando lleno de rubor por aquellos corredores, cuartos y salas que estaban ya ocupados por la familia. Creo que de nadie me despedí, que no osé mirar á nadie; que tal era la pena que me mordía el alma. La bondadosa señora de Vivas me había regalado una *jicarita* preciosamente esculpida, por mano diestra de artífice leonés: *jicarita* que, á no dudarlo, hubiera sido un alegato maravilloso para que mi mujer echara en olvido todas las malas partidas que, según sus cálculos y suspicacia de hembra, le jugué (sin que nadie se lo quite de la cabeza) allá por Nicaragua. Pues bien, lector, tan precipitada y aturdidamente salí de mi cuarto, que cometí el insigne disparate de no acordarme de recoger mi *jicarita*, mi tabla de salvación en el mar proceloso de las acusaciones terribles de mi cara mitad. Y cómo lamento mi descuido cada vez que la señora implacable me invade con sus sospechas infundadas, que ya son convicciones que me acusan, que me emplazan, que me juzgan, que me sentencian, que me penan, y me obligan á descontar de turbio en turbio y de claro en claro la abominable condena!

Apenas me ví en la calle, tomé un coche y eché á



volar con dirección al muelle. La fortuna me fué propicia. Los viajeros habían tenido que demorarse, y á mí me quedó tiempo todavía para despedirme de la multitud de amigos y huríes adorables que habían tenido la fineza de llegar hasta el lago con el fin de darnos el último adiós. Recuerdo que el amigo Paúl se conmovió tanto cuando lo abracé, que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Este colombiano apreciableísimo, de quien por ser tan conocido entre nosotros, no he creído necesario hacer descripción, fué uno de nuestros compañeros más constantes, así en Managua como en Granada. Con su talento, su bella índole y benevolencia contribuyó en gran manera á hacernos amable la vida en esas dos ciudades.—El temor de ser tildado de presuntuoso, me obliga, muy á mi pesar, á no descubrir que algunas de las hijas más predilectas de los lagos, se enternecieron al extremo cuando me vieron partir, cuando el buquecito zarpó. Yo, de mi parte, no pude menos que emocionarme grandemente, luego que al través del velo de la tristeza que ondeaba sobre sus rostros como bandera enlutada, al compás de suspiros entrecortados, llegué á notar el afecto entrañable que me profesaban. Cuando perdimos de vista el muelle, cuando ya los pañuelitos blancos no se divisaban, mi corazón se oprimió y mis labios se crisparon con los sollozos que salían de mi pecho como culebras que se retuercen. Adiós! adiós, Granada encantadora! adiós tal vez para siempre, oh simpática ciudad de mi cariño!, dije convulsivo, y fuí pronto á esconderme donde nadie pudiera interrumpir el libre curso de mis lágrimas y de mis quejas.—

Aquí me parece oportuno insertar el precioso estudio que el Señor Biolley, se ha servido ofrecirme. Lo acojo con verdadero gusto, pues sé que la lectura de esas notas importantísimas sobre el suelo y productos de Nicaragua, ha de parecer al lector una perla fina incrustada en mi árida relación. Mi buen amigo el inteligente y laborioso profesor de nuestro Liceo de Costa Rica, pudo haber escrito en español, pero prefirió hacerlo en su propia lengua, el francés. Quise que otro, y no yo, hi-

ciese la traducción, pues he de confesar que me distingó por mi ignorancia casi redonda del idioma de Voltaire. Sin embargo, correspondiendo á los deseos del autor, emprendí la traducción que presento.

---

## El suelo.

La formación volcánica, cuyos rastros aparecen donde quiera, ya antiguos ó recientes, es lo primero que atrae la mirada en toda aquella parte de Nicaragua que nos fué conocida.

Las provincias meridionales observadas desde ese punto de vista, pueden ser consideradas como del mayor interés para el geólogo, al cual ofrecen campo de estudios inagotables.

Desde Corinto, dominado por el volcán *El Viejo*, hasta el de *Madera* continuación del *Ometepe*, en pleno lago de Granada, todo es una serie de cimas volcánicas, que en su época de actividad debieron ceñir á los lagos fúlgida banda de estrellas. Algunas, y principalmente el *Momotombo* y el *Ometepe* permanecen en actividad. Nosotros sólo pudimos notar en las cumbres la presencia de ligeras nubes de humo, pero nos consta que esos volcanes hacen de tiempo en tiempo grandes erupciones acompañadas de temblores de tierra, cuyos sacudimientos alcanzan á lo lejos. Las ciudades que atravesamos desde León á Granada, muestran todavía en sus edificios,—las iglesias en particular—las huellas de la violenta conmoción que se produjo en octubre de 1885.

Sin embargo, el trabajo volcánico parece hoy en su período de apaciguamiento. Todas estas terribles hornazas,—el imponente *Viejo*, el *Telica*, el *Asosasca*, el *Momotombito*, miniatura de volcán, el de *Masaya*, el *Mombacho*, que descuella en Granada, de cimas tan curiosamente desgarradas,—el *Ometepe*, que surge de las aguas delante de Rivas como un gigante amenazador,—el *Madera*, de pendientes deliciosas por la vegetación magnifi-

ca que las borda;—todas estas cimas surcadas antes por corrientes de lava abrasada, empenachadas de humaredas, y salpicadas de chispas, se nos han presentado generalmente verdes y tranquilas, coronadas solamente de blancas y perezosas nubes.

De las grandes erupciones sólo quedan rastros, pero rastros innumerables. Apenas habrá roca en aquel territorio que no haya sido formada por la lava que se enfrió. Es una piedra de construcción, del género de nuestra *pedra de Cartago*, pero que no presta los mismos servicios, pues es mucho menos dura, por ser de formación mucho más reciente. El inmenso campo de lava que se extiende al pie del volcán de Masaya y que toca en la línea del camino de hierro que une á esta ciudad con Managua, según se me dijo, sólo data de un siglo, y ahora comienza apenas á cubrirse de algunos arbustos dispersos.

Antiguos cráteres se han llenado de agua y tienen hoy la apariencia de lagunas, ricas varias de éstas en sales minerales, principalmente de yodo y de azufre. Las más conocidas de estas aguas minerales son las de las lagunas de Nejapa, Tescapa y Asososca, en las inmediaciones de Managua, y las de los terrenos pantanosos que se extienden en la base del Momotombo, por el lado N. La laguna de Masaya, en el fondo de un circo de rocas volcánicas que se eleva á cierta altura, tiene esa belleza misteriosa del agua tranquila y sombría, propia de estanques de regiones setentrionales. Desciéndese á ella por un sendero abierto en la lava, bordado de grandes árboles, y, gracias á la humedad que reina constantemente en esos sitios, tapizado con profusión de finos helechos, de musgos y líquenes que forman un sendero encantador.

En la bajura del precipicio, desde donde yo contemplaba la laguna, las lavanderas en fatiga producían un ruido que me pareció ensordecedor, gracias al eco; y la ropa que habían tendido sobre la roca del ribazo, resaltaba por su blancura admirable en aquel fondo de agua negra, de rocas de gris subido y de vegetación de verde sombrío. La laguna de Masaya, tal como la ví, es uno

de los puntos más pintorescos de Nicaragua, tan rica, sin embargo, en sitios admirables.

El examen solo de las orillas de los dos grandes lagos, el de Managua sobre todo, bastaría para demostrar ampliamente, la parte enorme que los fenómenos volcánicos han tenido en la formación de sus respectivas cavidades. Son estas series de colinas de figura cónica, de cima redonda ó ligeramente achatada, resultado evidente de conmociones y levantamientos. Ciertas curvidales del ribazo hacen pensar que uno se encuentra en medio de circos inmensos, formados por el estallido súbito de alguna gigantesca hinchazón, ó por cualquiera otra causa de igual origen.

Cerca de Granada, en una profunda garganta abierta en los flancos del Mombacho, se encuentra en pleno lago un archipiélago de miles de islotes que verdean: *las Isletas*. Están formadas de trozos de lava amontonados, que la vegetación ha cubierto poco á poco, y que parecen caídos como en lluvia de nuevo género, á tiempo de una erupción del volcán de donde provienen. La ancha grieta hace, sin embargo, suponer que han nacido de otro modo, y que uno se figure un torrente impetuoso de agua hirviente, brotando del cráter y arrastrando hacia el lago todo lo que encuentra al paso, al mismo tiempo que se abre cauce largo y profundo por entre las escorias que cubren las pendientes de la montaña. Las rocas que ese raudal rueda, llegan á la bajura de la montaña y lentamente forman una especie de dique á la corriente. Pero el agua, más poderosa que las materias hacinadas, rompe el muro, lo hiende por todas partes, se escurre por una infinidad de canales entre los que se yerguen muchas cimas salientes; y he aquí los primeros fundamentos de las actuales *isletas*.

Si mediante la imaginación nos trasladamos ahora á los tiempos más lejanos que fueron testigos de tales conmociones y semejante lucha de los elementos, quedaremos aterrados en presencia del espectáculo que se ofrece á la consideración. De esta parte del lago se levanta una inmensa columna de vapor, resultado del con-

tacto de aguas de diversas temperaturas. Un bramido espantoso sale de esta suerte de caldera donde hierven y chocan las rocas y los troncos de árboles gigantescos.— El Mombacho retumba sordamente y el raudal de agua que surge de su cráter activo, salta por sus flancos, casi invisible, á través del vapor denso que á guisa de velo cubre la montaña: Colocad este cuadro en el marco que le conviene, haced revivir en las orillas del lago, en medio de la vegetación antediluviana, las grandes paquidermos cuyas osamentas guarda el suelo de Nicaragua; los cocodrilos y las serpientes monstruosas que debieron ir acompañados del *dinotherium*, de que se ha encontrado una tibia enorme en *Nandaimé*,— y decid si es posible quedar indiferente ante semejante espectáculo, imaginado es verdad, pero que ha podido existir en toda su grandiosa realidad!—Son semejantes visiones las que muy á menudo nos hicieron soñar en tanto que pisamos el suelo de Nicaragua, los ojos fijos en la cima abrasada de los grandes volcanes, ó bogando por entre las islas de verdor resplandeciente que salen de las aguas de ambos lagos, algunas como carenas de navíos enguirnaldados, otras, como palacios sombreados, residencias de encantadores; otras, en fin, como el lomo luciente y escamoso color de esmeralda de algún monstruo acuático.

## Los cultivos.

Este suelo volcánico y por lo mismo necesariamente fértil, no brilla, sin embargo, por sus cultivos.

Lo que sí puede ser motivo de orgullo para Nicaragua son sus pasturajes frescos y lozanos, bajo los grandes árboles que se tiene cuidado de conservar para que den sombra á los animales durante las horas de más calor. Algunos *sacates*, como el de *guinea*, que por la sola pujanza del terreno se extienden como bellísima alfombra á ambos lados del camino de hierro entre Managua y Masaya, crecen con abundancia increíble y perma-

necen verdes todo el año. Otros como el *zacate de Pará*, aunque menos estimados, no por eso son forrajes menos maravillosos.

Aparte de los *potreros*, el país presenta pocos cultivos bien desarrollados. Hay café en las cercanías de Managua, en las faldas de las colinas que no llegan hasta el lago, pero en pequeña cantidad. También se cultiva medianamente el añil ó *jiquelite*, en las provincias de Granada y Rivas; pero esta industria está abandonada casi por entero. El tabaco se produce bien, y es de calidad bastante buena, pero su cultivo monopolizado por el Gobierno, está reducido á la sola producción indispensable para el consumo del país. El cacao, en fin, cuya reputación de excelente es tan grande, es riqueza de Granada y Rivas; pero no parece que su cultivo haya alcanzado todo el ensanche que podría tener. Las *haciendas* más famosas están concentradas en los alrededores de Nandaime, donde las propiedades de Cuadra y de los Chamorros, y el valle Menier, todavía superior, merecen ser visitados. La regularidad y la grosura del grano de cacao que produce el país, le dan tal precio en las mismas fincas ó en Nicaragua, que su exportación ha llegado á ser imposible. El *medio*, ó sea las ocho libras de primera calidad, vale en el país seis ó siete pesos fuertes; mientras que el cacao de Venezuela se paga en Europa á razón de cien á ciento diez francos cada cincuenta kilos; es decir, cuatro veces menos. El cacao de segunda, la *pacha*, vale de cuatro á cinco pesos. Separa da la *pachita*, mediante una tercera clasificación, queda todavía una basura que se vende á real la libra.

Los cacahuales que hemos citado principalmente, son explotados con inteligencia; otros, sobre todo los que están en los alrededores de Rivas, rendirían igual ventaja á ser atendidos con más cuidado. El árbol que no comienza á dar fruto dentro del quinto año, y que no produce siquiera una libra de cacao seco anualmente, debe ser vigilado con mayores detenciones, si se quiere que rinda á lo menos la escasa cosecha que he indicado.

Un cacaotal en buen estado con sus *madriados*

bordados de mangos y su floresta de *madera negra*, de *elequeme*, (la *Erythrina*, que llamamos *poró* en Costa Rica) ó de enormes *bucares* introducidos de Venezuela, bajo los cuales se abrigan las plantas cargadas de *mazorcas*, (caboche) verdes, rojas ó amarillas, es un espectáculo de los más deleitadores, así como también toda plantación que denote, de parte del que la cultiva, aquellos cuidados y labores que nunca quedan sin su recompensa.

Nicaragua es el paraíso de los árboles frutales. Los *aguacates*, los *nísperos*, los *mameyes*, los *zapotes*, las *anonas*, los *mangos*, esto refiriéndome tan sólo á lo que ví de más común en los mercados. Allí se dan frutas de grosura y sabor incomparables. La piña es excelente; y todas las frutas menudas como *jocotes*, *nancites*, *mamoncitos*, *icacos*, sin olvidar la pitahaya teñida de magnífica púrpura, se encuentran en abundancia. Parece que falta una buena calidad de naranja.

Como curiosidad se encuentran algunas plantas de viña en los cercados de las casas. Podadas convenientemente producen bastante.

También se cultiva la *pita* y la *cabulla*, para la extracción de fibras, que sirven para el tejido, en particular, de las famosas hamacas, de que Masaya se enorgullece; así como las provincias de León y Rivas, de tener el monopolio del trabajo delicado de los *cocos*, y de los *guacales* y de las *jicaras* esculpidos en el fruto del calabacero.

El *cardón* (cactus *cereus*) suple en muchos lugares la piñuela para las cercas, y se eleva á menudo á la altura de cuatro á cinco metros.

Las *milpas*, los *cañaverales* y los platanares (*chagüites*) son más raros que en las mesas de Costa Rica; aun en los puntos más inmediatos á las poblaciones, el potrero es lo más común.

La jardinería y la cultura de legumbres están en la infancia; y esto es tanto más extraño, respecto de la jardinería, cuanto que el pueblo nicaragüense es muy aficionado á las flores, si hemos de juzgar, á lo menos, por la costumbre que tienen las mujeres de llevarlas en sus

cabellos. En la campaña no se ve casi otro árbol de ornato que el *frangipanero* de flor muy diversa y tan olorosa, que la gente del pueblo, lo denomina simplemente *palo de flor*.

Como legumbre ordinaria del país, mencionaremos el *pipián*, que desempeña en Nicaragua, poco más ó menos, el mismo papel que el *chayote* entre nosotros, y que por otra parte es planta de la misma familia que éste.

La flora medicinal es excesivamente rica, y la enumeración de las plantas de virtudes curativas sería fastidiosa por lo extensa. Además, casi todas las hierbas, arbustos ó árboles, cuya corteza y raíz y grano usan las familias como medicamento contra ésta ó aquella enfermedad, son conocidos y utilizados del mismo modo en Costa Rica.

Para concluir, digamos que Nicaragua podría sacar provecho de la extracción de aceites del grano de algunas plantas que abundan en su territorio. Mencionemos á este respecto, el *Marango* muy común en Managua, donde apenas habrá casa que no tenga por delante un árbol de esa especie; y también se le ve en todo el trayecto hasta Granada. El grano, que, según parece, nadie ha pensado en utilizar, da el precioso aceite de *Ben*.

En resumen, el suelo de Nicaragua, gracias á su riqueza inagotable, produce un poco de todo, casi sin cultivo. Se puede decir, pues, sin traspasar los límites de lo verosímil, que comprende en germen, mejor aún que todos los proyectos de canal, la prosperidad y grandeza futuras del país. De nuestra parte, estamos persuadidos de que muchos nicaragüenses inteligentes tienen este pensamiento: hacer de las provincias meridionales de su patria un verdadero "Jardín de los lagos," más abundante en productos de toda especie que cualquiera otra parte del suelo americano; porque del futuro cultivo del país depende en gran parte su riqueza en el porvenir.





A las diez y media de la mañana se detuvo el vaporcito junto á la isla que, ya dije, se llama la Zapatera, y á punto y seguido dió principio el almuerzo. Como la mesa era estrecha, no era posible que todos tuviesen puesto al mismo tiempo, y fué preciso dividir la función en tres épocas, como la historia, ó en tres actos, como las comedias ó dramas bien hechos. Yo no quise ser de los primeros, aunque no faltó quien me importunara para que lo fuese: atención que agradecí mucho, y tanto más cuanto que, debido á la timidez de mi índole y cortedad de mi carácter, siempre anduve en todo por las puntas, algo así como olvidado, ó desencajado del núcleo de la comitiva principal, á pesar de que los factores de las listas de los compañeros del Presidente tuvieron la fineza de colocar mi nombre en la número primero. Uno de los motivos que me movieron á esperar fué el haber recordado la posición angustiada que mantuve en aquel almuerzo de marras, cuando el prefecto, no recuerdo si de León ó Managua, me hizo entrar á golpe de mazo entre el clérigo y el concejal.—No fuí tampoco de los segundos, que por haberme andado un poco lerdo ó distraído en ver subir y bajar las ondas, llegué tarde, es decir, cuando ya no quedaba asiento desocupado. Pero en cambio tuve no sé si la dicha ó la desventura, de no ser tampoco de los terceros, que nuevos descuidos se burlaron de mí.—Cuando ya todos habían cumplido con su deber, defendiendo á capa y espada los fueros de sus estómagos, y cuando ya todos habían abandonado la mesa, me presenté en la cocina y rogué al cocinero me hiciese el favor de proporcionarme algún puntalito, pues la debilidad me estaba sacando de quicio. El demonio del zambo se negó á mi pretensión con un gesto y una mirada que me decían claramente, vaya usted y no incomode. Acudí á Manuel Antonio Carazo y le confíé mis sinsabores, que nunca lo fueran más, como que la falta de comestible entraña necesariamente la de sabor. Echó mi buen amigo tamaño verbo contra el pícaro cocinero, y encendido en ira me dijo: “vamos, pero que quiere usted que yo haga si el zambo no quiere complacerlo? se imagina usted que por-

que soy hijo del Presidente, tengo derecho para ser qui-jote? El negro manda en su cocina, y yo no soy des-pensero, ni dueño del buque ni cosa que se parezca. Acuda usted á quien corresponda, que lo más que puedo pro-meterle es abogar en su favor. Amigo mío, dispense que así le hable; pero ha de saber que, aquí en Nicaragua, los príncipes no somos más que ciudadanos como cualquiera otro".—Me calaron las reflexiones, y el hambre me caló más, pues tuve que aguantarme á estómago enjuto has-ta la llegada á Rivas, (tres y minutos de la tarde). Pe-ro ahora recuerdo que sí me desquité, á lo menos en par-te; pues me comí unos bananos maduros y me tomé unas dos medias de cerveza, todo lo cual me produjo un dolor de estómago abominable.

Seguimos caminando. El buquecito corría veloz-mente, pero podíamos contemplar bien todas aquellas ca-denas y grupos de isletas encantadoras que encontrába-mos al paso. Navegamos siempre costeados. Las aguas se revolvían con violencia, y muchas olas trepaban hasta entrarse en la embarcación. El balanceo era fuerte, y los débiles de cabeza no pudieron resistirlo. Fueron mu-chos los mareados; recuerdo que el señor Presidente Ca-razo permaneció acostado hasta San Jorge. Para mí fue-ron provechosas las marejadas, pues mediante ellas, lo-gré expulsar fácilmente la cerveza y los bananos, y que-darme tan limpio como quien no tiene ninguna culpa, sin haber tenido que recurrir á la ipecacuana. A tiempo que así me quedaba, poníase de lleno á la vista el *Ometepe*, majestuoso volcán, digno de cualquier oda que truene y relampaguee. Oh qué demonio tan altanero! Luzbel no lo sería más, ni tampoco más soberbio ni más dueño de su voluntad. Alto, de base espaciosa y de flancos ve-lludos, donde á trechos vense, sinembargo las áridas cicatrices más ó menos profundas de las desolladuras cau-sadas *in illo tempore* por el látigo flamífero de Jove.— El dios de las iras, no satisfecho de haberlo herido con su anatema, lanzóle á la cabeza la pipa enorme de sus di-vinos labios; y allí está incrustada en la coronilla del re-belde, llena de tabaco y humeando todavía. La modo-

rra del Monstruo no es tal que le impida de tiempo en tiempo rugir y lastimarse de sus desdichas con estrago y amilanamiento de la vecindad. Confieso que soy cobarde, y que ahora no me haría feliz ver mis pulmones henchidos de la ceniza de una cachimba titánica, ni tampoco subir á las nubes montado en la cresta de una ola empujada por fuelle del inferno; pero os ruego, lector, me creáis que cuando pasaba al lado del *Ometepe*, fué tal la locura de mi entusiasmo poético, que habría considerado como la mejor estrofa, cualquier sarta de blasfemias terríficas que hubiera salido de la boca sanguinolenta de aquel viejo desdeñoso y renegado. Pero se contentó el maldito con hacer gala de algunas bocanadas de humo plomizo que surgían afectando la forma de una coliflor tan grande, que me dí á pensar que tal debieron ser aquellas que cultivaba Adán en las eras maravillosamente feraces de su huerta paradisiaca.

Acompañaban á nuestro Jefe, además del Presidente Carazo, varios otros hombres del Gobierno, tales como el General Urtecho, el Doctor Angulo Guridi, Pedro González y Pedro Ortiz; y también muchas otras personas, acerca de las cuales ignoro ó no recuerdo si eran empleados públicos. Con tan buenos compañeros, no pudo menos que ser muy agradable la navegación, que por otra parte, tuvo del principio al fin, los atractivos de una costa bellísima, llena de variedad, y de las muchas islas é islotes, de formas tan distintas y caprichosas, que no podría describirlas, pero ni siquiera bosquejarlas, sin llenar un libro. El señor Biolley ha dicho perfectamente, que parecían moradas de encantadores.

Quisiera referir una ó dos cosas muy notables, de gran sensación; que no deja de ser ingrato para mí tener que arribar á San Jorge de un modo tan rutinario, tan prosaico. Pero bien, lector, y qué podría decirlo yo, si hasta el susodicho puertecito nada ocurrió digno de ser contado como una novedad? Queréis que me ponga á falsear la historia de esa jornada como pudiera hacerlo un bobo, cuando hasta la fecha he sido tan respetuoso con la verdad? El que alguno de los nuestros, eterno mole-

dor de la paciencia de su prójimo, se hubiese complacido en aprovechar el mareo y somnolencia del Doctor Angulo Guridi para desencajarle de las narices los espejuelos azules que protegían á la sazón sus ojos enfermos, podrá ser de algún interés para vos, que yo tenga que referirlo? Y qué os puede importar el hecho de que el señor Guridi hubiese creído á pie juntillas que era yo y no otro el autor del injurioso desafuero? Y qué tampoco que el pobre se la hubiese tenido que pasar con los ojos guardados en su pañuelo, lamentándose de mi falta de acatamiento, hasta que el verdadero raptor de los espejuelos no tuvo á bien devolvérselos, que era lo mismo que ponerle ojos para que reconociera mi inocencia y me pidiera excusas?— También podría referir que Rosendo López nos hizo correr precipitadamente de sobre cubierta al piso bajo, con haber anunciado, lleno de estupor, que una ola acababa de arrojar en el buque un monstruo deforme que se retorecía furioso, y amenazaba la vida del cocinero y la tripulación. Confieso que si me hubiesen regalado una onza de oro americano, no me habría puesto tan jubiloso como me puse con el dicho de López. Me alegro por el pícaro zambo, causa del hambre que me come, dije en mi corazón;— y esperando encontrarlo haciendo *morisquetas* entre las mandíbulas de la fiera, me eché por la escalerilla arrollando á cuantos me habían precedido. Un negro borracho yacía por allí, cuando la ola altanera se derramó con estrépito sobre el puente, y bañado por sorpresa, despertó iracundo dando saltos como una tintorera en seco. Rosendo, que vió entrar y salir la ola, vió luego también las contorsiones del negro casi desnudo, y sin más, salió al escape gritando: “un monstruo feroz se entró al piso bajo por sobre las crestas de una ola!”—Me haréis el favor, lector, de admitir que todo esto es muy sin gracia, y que yo me niegue á relatarlo. Mas, no me quedaré sin recordaros, por si acaso lo habéis olvidado, que el Doctor Guridi, el de los espejuelos azules, es aquel mismo portorriqueño que moró entre nosotros hace ya algún tiempo; hombre versado en el derecho, escritor de política, (tiene un libro sobre la materia, listo para darlo á la es-



tampa), y, lo que es todavía mejor en estos tiempos, reinado del positivismo, amante de las musas, poeta heróxico y elegíaco. Qué de ratos agradables no pasé con el amigo Guridi, hablando de versos mal ó bien medidos, alimentando el cerebro con esos tules tan nutritivos, hechos de vapores de agua y hermoseados con los colores del iris. Puede haber oficio de resultados más prácticos para que el estómago no se desbarate en vértigos, que recitar estrofas, siquiera sean de Calderón de la Barca, tales como aquella que dice:—Nace el pez que no *respira*—aborto de ovas y lamas;—y apenas bajel de escamas—*sobre* las ondas se mira,—cuando á todas partes gira—midiendo la inmensidad—de tanta capacidad—como tiene el centro frío;—y yo con más albedrío—tengo menos libertad!—El Doctor Guridi, lo mismo que el infrascrito, está entendido de la inutilidad de los versos, á lo menos en estas regiones, donde no se lee todavía ni la prosa; pero, ¿qué hacer, si por decreto que no redactamos nosotros, nacimos tocados de la fiebre de Apolo?—Guridi siquiera tiene en cambio la ventaja enorme de ser también escritor de política liberal, cosa que á las mil maravillas se acomoda á la república, al Gobierno de todos &.<sup>n</sup>, &.<sup>n</sup>

Desde muy lejos divisamos el muelle de San Jorge, que había aumentado bastante sus proporciones con el diluvio de gente que lo coronaba y oprimía. No me alegré, lo confieso; antes bien, estuve tentado de llorar á la vista del puerto. No pude contener los recuerdos, y en tropel se entraron en mi cabeza, desde donde conmovieron mi corazón. Allí principia la tierra que más regada fué con la sangre de nuestros valientes, dije, y mis nervios se crisparon al influjo de tantas memorias dolorosas. Y por qué han de ser alegres antes que fúnebres? Será que hemos de ser tan egoístas que demos preferencia al brillo de las proezas que nos lisonjean, y no á los horrores múltiples que experimentaron en la lucha los defensores de la patria? Desembarcamos, y yo me alejé de la muchedumbre; fuí á buscar un pedazo de suelo escondido



dido para besar el polvo santificado por el heroísmo de mis mayores.

Por lo pronto nos acomodamos, ó mejor dicho nos estrujamos de pie entre los paredones desgraciados de una casucha, cuyo techo, si bien paraba los rayos del sol, tenía colgados en bandas abominables todos los murciélagos más feos que podáis imaginar. Por allí ví una especie de tarima alta que servía de asiento á un grupo de mujeres, que no recuerdo si me parecieron muchachas ó señoritas, ó bien así como una mezcla de algo semejante á lo uno y lo otro. Lo que no olvido es que, señora entre aquellas formas juveniles bastante apetitosas, se estaba un figurón que en todo y por todo era el de una vieja salada, pero á manera de tasajo. Paréceme que hubo discurso, y casi me atrevo á asegurar que sí lo hubo, por aquello que ya dije. No creo, lector, que tan mala sea vuestra memoria, que no recordéis que somos inclinados á la peroración, sea noche ó día, haga calor ó frío, que me el sol ó llueva, se esté de pie ó sentado, se bostece ó se coma, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>.

No hay cosa como tener amigos, y tan sencilla que es la receta: ver á los otros del mismo modo que uno desea ser visto de los demás; y también ésta un poco más complicada, pero no menos eficaz: Eres inteligente? Pues deja que los demás lo adivinen. Eres sabio? Pues deja que los demás lo echen de ver. Eres rico? Pues no pases tu bolsillo por los ojos de nadie, y menos por los ojos del pobre. Eres galán? Pues no te afeites en demasía? Eres joven? Pues no seas viejo. Eres viejo? Pues no seas muchacho.—Y ahora al contrario: Si eres escaso de entendimiento, ocúltate tras la modestia. Si eres ignorante, no seas discutidor ó abogado. Si eres pobre, procura no pedir prestado. Si eres feo, aficionate al arte de ser amable. Si no eres ni joven ni viejo, busca una mujer fea que sepa ser señora de tu casa.—He dicho y repito que no hay como tener amigos. No siempre las cosas están arregladas como debieran estarlo, ó á medida del deseo. En tales casos la amistad suple las faltas. Cuando ya nos dispusimos á marchar hacia la poblacioncita de

San Jorge, separada del puerto por una distancia corta, pero entonces llena de polvo y de un tejido insufrible de ardientes rayos de sol, no hubo cabalgaduras prontas para toda la comitiva. Varios tuvieron que caminar á pie; pero recuerdo que alguno que no pensó nunca en montarse antes que sus compañeros, y mucho menos en que tenía derecho perfecto para exigir bestia ni mular ni caballar, fué rogado luego para que aceptara un excelente cebruno que no entraba en el número de los animales proporcionados por la prefectura.

Llegamos á la poblacioncita en pocos minutos.— Nos entramos en una sala de regular tamaño, donde el Prefecto, (creo que el Prefecto) tenía preparado un refresco. Tocóme por desgracia que el cura se me pusiese á la par, y; francamente, si algún deseo llegué á tener de probar aquel jarabe *incierto* y aquella cerveza *sospechosa*, lo perdí tan pronto como el clérigo abrió la boca para decir sandeces. Nada digo del hábito, porque, en fin, el hábito le iba bien al monje, cuya cabeza liviana como un globillo de caucho, fué siempre tan aborrecedora de la vanidad, que no se peinó jamás.—Nos aburrimos un par de horas. La severa vejez del refresco era tal, que nadie se atrevió á faltarle al respeto, sino fueron el sudodicho cura y el sacristán. Llegada la hora de la partida, quienes la emprendieron á caballo ó mula y quienes á carruaje. Manuel Antonio me hizo saber que el camino *real* era un río de polvo insoportable, y que tal vez sería mejor que tomase con él otro rumbo. Acogí la idea, y cuando ya todos iban por el ancho, nosotros sesgamos por el angosto arrastrados en un cochecito. A las tres entramos en la ciudad, y fuí conducido por el mismo Manuel Antonio á la casa del hospedaje, cuando no asomaban todavía los Presidentes y su enorme acompañamiento; y antes de que nuestro Jefe tomara posesión de la morada, tuve tiempo para estrenar una jofaina y un paño de manos, y para sacudirme y arreglar mi cabeza no tanto con el peine, cuanto con algún comestible que la señora encargada de la dirección de nuestra cocina tuvo la

fineza de proporcionarme, tan pronto como le insinué el apuro en que llegaba.







## V.

### DE RIVAS A SAN JOSÉ.

No fueron los cañonazos los que me dieron la señal, que éstos los había venido oyendo desde poco antes de nuestro arribo al puertecito de San Jorge; fueron el hervir de las gentes que se estrujaban en la calle con vaivén de onda, y el ruido de vivas y de cascós, y el *chiiif* de los cohetes y la detonación de las bombas, lo que me hizo salir á la esquina para presenciar la entrada triunfal de los Presidentes. Rivas y las vecindades se habían puesto en movimiento, y así marchaban los Jefes con poca dificultad entre aquel mar de curiosos que los envolvía y disparaba sobre ellos todas sus miradas.—No ví los arcos, pero supe que los hubo en profusión, y que uno de ellos representó una escena linda. Sus lados figuraban mazorcas de cacao, que se abrieron en el instante que los Presidentes se aproximaban; y no tenían por dentro almendras, pero sí niñitas muy bien apuestas que batían banderolas. Aquí debo recordar, que cuando llegábamos

al muelle de San Jorge, una de las cosas que más llamó mi atención fué la larga fila de escolares, que con banderitas en las manos cubrían un buen trecho de la playa.— En todas partes hicieron gala los nicaragüenses de exhibir su juventud estudiosa; y tenían razón, que nada pudiera haber sido más simpático para nosotros, que la presencia de la genuina sinceridad en las ovaciones hechas á nuestro Jefe.

Vino la hora de comida, y creo que ninguno pensó en dejarla pasar en seco. Luego se hizo la distribución de piezas, y yo, que no estaba presente cuando tal se hacía, quedé fuera del gremio. Cuando se me notificó que en el hotel estaba mi lugar, pude sin embargo responder, que, sin perjuicio de ser agradecido, tenía que preferir un cuarto que estaba á mi disposición en la casa propia del Presidente Carazo. Manuel Antonio, como si hubiese previsto lo que había de suceder, se anticipó á llevarme á su casa y mostrarme el cuarto que me estaba destinado. Aparte de la dicha que tuve de escapar del hotel, que es bien malo, tuve la gran satisfacción de dormir acompañado, durante los tres días que pasamos en Rivas, del señor Ministro Castrillo y de otro amigo rivense cuyo nombre he tenido la desgracia de olvidar, á pesar de la intimidad y buena inteligencia en que estuve con él; culpa de la infundada confianza que suelo tener en mi memoria, por aquello de que á veces me deja de buen grado que registre y lea en su libro los datos que deseo. Pero tiempo es ya de que yo comprenda que la perezosa no se cuida mucho de anotar los nombres propios y las fechas. He notado que se complace más en levantar largas actas de lo que menos importa ó viene al caso; y cuando le preguntan cómo se llama fulano y cuándo sucedió tal cosa, se queda muda. Para lo sucesivo hago voto de no recomendarle nada que no sea bailes, comidas, paseos, caracteres, índoles y menudos detalles; que en tratándose de esto, ella está pronta á soltar la sin hueso y á aturrullarme con noticias que poco me importan. Ahora, nada menos, me está refiriendo cosas, que si yo á mi vez me atreviera á relatar,

daría testimonio evidente de haber perdido el juicio, de querer que mi cuento insípido sea todavía más fastidioso para el lector.

Como las gentes de los otros lugares, así se mostraron los rivenses llenos de amabilidad y cortesía para con el Jefe y su comitiva. La sala de recibo no se desocupó hasta las diez de la noche. Las autoridades, la gente principal, todos acudieron á ofrecer al general Soto sus respetos y su simpatía.

El señor Chamorro, Prefecto del departamento, hombre entrado en edad, bondadoso, fino y sencillo, pero sin nada de candidez, tuvo la amabilidad de disponer un baile en su casa, la primera noche de nuestra permanencia en Rivas, con el solo fin de obsequiar á los huéspedes recién llegados. Él en persona se dignó hacer la invitación al Presidente y sus compañeros. No pudieron, sin embargo, concurrir todos. El Jefe se sentía un poco mal, y buscó el lecho tan pronto como las visitas se retiraron.—Al día siguiente supe por medio de los señores Gutiérrez, Ulloa y Mora, que el baile había estado precioso, y que en la familia del señor Chamorro figuraban no recuerdo si dos ó más niñas, que eran una verdadera tentación para los corazones impresionables, y por lo menos un dulce motivo de contento para los apáticos. No ví las niñas, no tuve ocasión de presentarme en su casa; pero creo lo dicho, si he de tomar en cuenta que no sin causa de poderosa atracción, volvieron mis amigos á bailar la noche siguiente en la misma casa; y creo que otro tanto habrían hecho la tercera, si otra fiestecita no se hubiera interpuesto. Yo quise ver siquiera de paso la primera de esas inocentes distracciones de que me privé siempre ¡con tanto pesar!, debido á que no tengo ligereza de pies, á que sólo puedo moverme á la antigua y mal. Daba con Manuel Antonio y Rosendo López un paseo por la población, (hacía tan bonita luna) y cuando pasamos por la casa alegre, quisimos inspeccionar; pero no lo permitió el grupo apretado de gente no convidada que cerraba la puerta: también las ventanas estaban cubiertas por los curiosos de afuera. *En Rivas, lo mismo que en*

nuestras pequeñas poblaciones, no hay esperanza de poder bailar, sin que la turba se crea obligada á tomar parte en la fiesta, á lo menos, invadiendo puertas y ventanas; y si no me equivoco, algunas veces llevan su audacia los pie en tierra hasta querer que las señoritas más distinguidas y delicadas consientan en acompañarlos para acabar de marearse dando vueltas y revueltas al compás de la música. Costumbres propias de los pueblos en que la burda sencillez no ha sido todavía arrinconada por una línea divisoria de trazo bien hondo.—Como no podíamos pescar ni un solo reflejo de los ojos negros, azules ó garzos de las caritas de ángel almibarado, dimos unos cuantos bostezos, juntamos las manos, que se apretaron bastante y subieron á tocarnos la barba con las puntas de los pulgares, y luego calladitos y cabizbajos nos fuimos en derechura á la cama.

Sea que en Rivas no hay zancudos, chinches ó cucarachas, sea que esa ciudad es un poquito menos caliente que las otras, ó sea otra cualquiera la causa, ello es lo cierto, que esa noche y las demás dormí bastante á mi placer. A las siete de la mañana ya estaba levantado.—Tomé café con bizcochitos y luego me despedí de los compañeros de alcoba para ir á reunirme con los otros de casa. Estaban éstos todavía tendidos, pero ya empezaban á desperezarse y tomar impulso para dar el salto que, según los poltrones es el de Alvarado, y caer sobre las chinelas ó las pantuflas. No se le pegaron las sábanas al Jefe; que cuando salí del cuarto de Gutiérrez y Mora, ya lo encontré en el corredor, sentado á la mesa, listo para salir y con más razón para tomar el refrigerio matinal, como efectivamente haciéndolo estaba. Lo saludé, me saludó, me ofreció una tacita de café con leche, le dí las gracias y me despedí.

Me acompañó Mr. Biolley á dar un paseo. Recorrimos una buena parte del sur de la ciudad, y llegamos hasta una hermosa finca de cacao que por allí cerca tiene la familia de Maliaño, la más acáudalada de Rivas, y, según lo que me dijeron, tal vez de Nicaragua. Figuros, lector, que, á ser exacto el dato, posee más de un

millón de fuertes, y calculados á precio muy bajo los bienes que le pertenecen. Pero ese capital va á ser dividido, pues con haber muerto el jefe de la casa, son varios los herederos que lo han de compartir. Los Maliaños poseen muchas fincas rurales y urbanas dentro y en los alrededores de la población. Las mejores casas son suyas, algunas tan buenas que contrastan con las demás. Pero en San José, apenas tendrían lucimiento para llamar un poco la atención.—Pues caminamos bastante por dentro de la susodicha hacienda. No la encontramos en buen estado. Parece que la sequía de varios años seguidos la tenía un poco marchita. Las fincas de Nicaragua no tienen generalmente sistema de riego: esperan que el cielo les envíe su lluvia, y cuando ésta se resiste á caer, entonces se quedan á secas y sufren gran perjuicio. Regresamos contentos de haber conocido algo, pero poco satisfechos del calorcito que nos hacía sudar á mares.

Después de almuerzo, cuando calculé que la digestión iba en buen camino, corrí á la casa de comercio de Rosendo. Hay en ella un buen baño, es decir, un gran aljibe que contiene una gran cantidad de agua que da abasto para todo el año; una tablita de pino para pararse frente á la llave; un cubo debajo de ésta, y un *guacal* de lata. Rosendo que es un buen muchacho (apenas contará unos cuarenta y pico del Tenerife de años) me condujo desde el día de nuestro arribo, á esa su casa, y puso á mi disposición el dicho baño y todo lo demás que podría serme útil y que en realidad me lo fué. Luego que hube refrescado un poco el cuerpo, cogí las calles por mi cuenta, y no regresé á la morada hasta que no hube satisfecho mis deseos de conocer toda la población.

Es ésta bien pequeña y bien sencilla. Su cielo despejado la baña en luz clarísima. Esta circunstancia y la blancura de sus casas encaladas me hicieron ver las calles llenas de alegría, á pesar del escaso movimiento.— Hay mercado, creo que de propiedad de Maliaño; poco vivo, probablemente, pues cuando yo lo visité á las nueve ó diez de la mañana, el comercio se había concluído.—

Hay un casino, algunas casas de mediana condición, y una iglesia bastante buena; pero los alrededores de Rivas son muy bonitos. Una mañana caminé por ellos bastante, como que iba bien montado y mejor acompañado, y digo que me parecieron una delicia.

No la pasamos en Rivas tan alegres como debimos haberla pasado. Los elementos para una vida llena de animación no escasearon; lo que faltó fué voluntad de parte de nosotros; la nostalgia principió allí á mordernos el alma con gran furia, y cada cual no se ocupaba sino en pensar cuándo llegaría el momento de pisar la tierra patria.

Principiaron las dudas y las vacilaciones. El General Soto había deseado desde mucho antes atravesar el lago, descender por el San Juan, y desde Greatown dirigirse á nuestro puerto de Limón. Pero sucedió que, á pesar de los esfuerzos hechos por nuestro Ministro de Hacienda para que un buque de la Mala Real pasara á San Juan del Norte con el fin de recoger allí á los viajeros, se hizo difícil conseguir el objeto. Pero cuando el Jefe se disponía á emprender el viaje por San Juan del Sur, se presentó el señor Pellas, asegurando que él se comprometía á conducirlo cómodamente hasta el puerto del San Carlos (sabemos que éste río es afluente del San Juan), desde donde podía luego proseguir á caballo la marcha hasta San José. Con esto no hubo ya que discutir más, y un día de tantos, cuyo número no recuerdo, pero sí que era del mes de julio del año que gobierna, el Jefe, previas las despedidas ó adioses de cajón, se puso en camino para San Jorge y de allí para Costa Rica, por donde Dios diera paso. Ya veremos como fué más afortunado de lo que pudo esperar; que nadie sabe qué es lo que los hados guardan para cada cual, ni tampoco puede decir *de esta agua no beberé*. Y tan evidente es esto, que el General Soto no sólo surcó las aguas dulces del lago y del San Juan, sino también las saladas del Atlántico para llegar á su tierra y á su casa.

Varias fueron las personas que hicieron compañía al Jefe hasta el puerto de San Jorge: citaré al señor Pre-

sidente Carazo, al Ministro Castrillo, á don Pedro Joaquín Chamorro y á don Anselmo H. Rivas. Los dos últimos llegaron de Granada con el señor Pellas, y siguieron con el General Soto hasta el punto donde principia el curso del San Juan. Pero el General Urtecho, veremos cómo llegó mucho más allá. El hecho de que los señores Chamorro y Rivas se hubiesen ausentado de Granada, con el sólo fin de encaminar al Jefe hasta el extremo del lago, merece ser muy considerado y agradecido.

Ahora digamos, en tanto que el señor Biolley, mi inteligente colaborador, prepara un nuevo artículo sobre el viaje del Jefe, cómo con gran sentimiento se quedaron en Rivas algunos de la comitiva. Fueron los desdichados: el cónsul don Faustino Viquez, los dos edecanes don Rodolfo Rojas y don Alberto Soto, el infrascrito y algún otro.

Confieso que todavía me dura la queja, y no contra quien decidió que yo regresara á Costa Rica por la vía de San Juan del Sur, sino contra la pícara enfermedad, que aunque bien pasadera, fué bastante para que el Jefe se determinara á no llevarme consigo, ya que todos sabían perfectamente que el camino de tierra por San Carlos era bastante penoso, y de no escaso peligro para quien no estaba en paz con la salud. Hoy me duelo con más abundancia de razón de ese incidente desventurado, pues ya sé que á haber salido de Rivas con el General Soto, habría podido divertirme mucho, conocer el lago y el río y llegar á mi casa con más comodidad que no la tuve por San Juan del Sur y Puntarenas.

Para esta mi crónica ó *relación* me habría servido de mucho ver con mis propios ojos aquella naturaleza rica que á ambos lados del San Juan, según se me ha dicho, forman la seducción más importante del viajero; haber conocido de cerca al señor Pellas, y tratado más á fondo al General Urtecho, personas de quien todos se hacen lenguas al hablar de su índole, de su educación y de la sinceridad de sus afectos. Afortunadamente, y ya lo he dicho, el amigo Biolley ha querido poner sobre sus hombros, que son de joven vigoroso, la tarea de desempeñar-

me; es decir, de formar la relación de cuanto merezca ser contado acerca del tránsito del Presidente desde San Jorge á Greatown. En cuanto al resto de la jornada, alguien se encargará de suministrarme datos, para no dejar trunca esta mi historia verdadera.

Quedé, pues, en Rivas para buscar el camino de San Juan del Sur, el día siguiente. Todo me pareció un desconcierto, una tristeza, algo semejante á una ruina en aquella casa, morada alegre de tantas personas, tan pronto como éstas se ausentaron. En dos esquinas de la sala había sendas poltronas mecedoras: Faustino ocupó una, yo ocupé otra. Mudos nos miramos un momento, como si quisiéramos decirnos con los ojos: vaya una soledad aborrecible en la que nos hemos quedado, y sabe Dios en qué tristeza nos tocará terminar un viaje que todavía es largo. Nos echamos sobre los espaldares, y cada cual se entregó á sus meditaciones. Las del cónsul no sé á que género pertenecerían. Faustino ha penetrado ya en el frío del polo; yo tengo el espolón duro y hasta mocho, y él me lleva la ventajita de una década; es algo romántico, soltero é inclinado á buscar carbón para su estufa, que ya se apaga. Con estos datos, posible sería acertar con el género de sus meditaciones.—En cuanto á mí, puedo asegurar que medité un rato sobre la muerte, sobre aquel *tuum* horrible con que el fondo de la sepultura recibe el cajón que los vivos, para evitar molestias al olfato, tratan de ocultar pronto bajo unas cuantas capas de tierra: sobre lo que habrá más allá de la última pestañeada: sobre lo aburrido de la existencia que ha gastado neciamente la mayor parte de su savia sin proveerse de colchones y de tiendas para el invierno, como doña hormiga de municiones de boca para la misma fría estación. Medité, por fin, sobre las aventuras de mi juventud: ni una sólo me hizo gracia, pero todas me pusieron tan de mal humor, que luego me levanté como galvanizado y corrí á la cantina en pos de una copa de brandi.

Torné á sentarme, y aunque el desabrimiento seguía haciéndome muecas, me dispuse á tomar nota de algunas cosas que me interesaban. Apunté en mi nuevo



librito, (ya recordaréis que el otro fué sorbido por el lago en aquel mi lance de marras) apunté, pues, el paseo que el día anterior habíamos dado á la hacienda de Malliño, y la fiestecita con que en ella nos regalaron los rivenses. No quise dejar en la punta del lápiz que, á pesar de los amagos de la lluvia que no pasaron de ser intencionadas, nos divertimos bailando á la intemperie hasta las doce de la noche en el hermoso patio de secar cacao; y no eché en olvido aquel refresco variado y abundante, que no porque así lo era, dejó de pasar á todo escape como las ilusiones, merced á la voracidad con que fué acometido por aquella falanje sin zapatos que temprano invadió la cantina con todo el empuje de la macedónica.— Quise recordar los brindis del Presidente Soto y del General Urtecho, pero, por más que sacudí la memoria, sólo pude recoger algunas chispas de esas llamaradas del regocijo y de los afectos más cordiales.

Luego tracé otras notas sobre el paseo al cementerio. Es éste todavía un problema apenas planteado, un campo desierto de superficie varia bellamente quebrada, lleno de colinitas y de senos que convidan á morir, á la paz del sepulcro; pero la ciudad de los muertos no ofrece otro interés; está casi deshabitada, no tiene aún moradas modestas y menos palacios soberbios. Alguna cruz medio oculta entre la yerba anuncia de tiempo en tiempo, que debe hablarse muy quedo, que allí hay gente que duerme y no quiere despertar. Desde la cumbre de la colina más alta domínase un vasto paisaje, hermoso por demás. Mis ojos se deleitaron con el lago, con grupos de sus islas y con las velas que lo surcaban. Algunas cimas que alcancé á ver en el fondo Sur me parecieron costarricenses.

Dí un par de bostezos de á cuarta, que en poco me desquijaran, pero no por eso solté el lápiz ni el cuadernito, antes bien, enjugué de prisa las lágrimas, y proseguí el trabajo. No era posible dejar en olvido á don Francisco Castro, sin cometer una injusticia. Fué tan bondadoso, fué tan excelente con todos nosotros! Cuando llegamos á Nicaragua, él fué el primer costarricense

que se nos presentó: caminó casi siempre en nuestra compañía, y fueron distintas las ocasiones en que dió testimonio de su gran devoción por el Jefe.—También tomé nota de las visitas que en Managua y Granada nos hizo don Félix Pérez, otro compatriota nuestro.—Luego dediqué un grupito de dulces recuerdos á la bella y simpática Elena Ramírez, tan echada de menos en esta sociedad, y á la otra costarricense Amalia Ulloa, que fué gala de Heredia como Elena de Cartago y San José. Ambas se quejan con el dolor de la patria, pero enamoradas siempre de sus maridos, esconden pena y lágrimas en su corazón. Iba á poner punto á mis recuerdos, cuando me asaltó de repente la memoria de mi querido amigo y conciudadano Juan Rojas Román, que tuvo la dicha de ornar la corona de su juventud con una malva olorosa, crecida en la ciudad de las flores, ó sea Masaya.

Mientras yo escribía, Faustino guardaba el más profundo silencio; habríase dicho que no respiraba temeroso de incomodarme. Pero la verdad del caso es que, amigo de los sueños, se había dormido en persecución de los alitas diáfanas.—Faustino! señor cónsul! vamos, despierte usted, déjese de ilusiones, abandone el mundo de las quimeras y piense en las realidades; aprenda á ser positivista, que es lo que hace al caso: los sueños, usted lo sabe bien, no pasan de ser sueños, vacío y más vacío, Calderón lo dijo después de haber estudiado mucho; y el estómago no simpatiza con la nada: oiga, señor cónsul, es hora de comer, la señora ha anunciado que la mesa está puesta: pues, ¿no despierta usted, pues me voy, he salvado mi responsabilidad; luego comerá usted fantasmas que son tan nutritivos. Me resolví á darle un par de pellizcos y entonces hubo de despertar. Cuando llegamos á la mesa, la sopa estaba fría, y dejé escapar por entre los dientes media docena de palabras que obligaron al cónsul á restregarse los bigotes con la servilleta, á servirse de prisa las dos alas de un pollo y á mirarme de soslayo. Por lo demás, estuvo paciente como no suele parecerlo; no murmuró palabra.

Después salimos, nos paseamos un poquito. Las

tintas de la tarde hermoseaban de un modo maravilloso el horizonte, y así fué que caminamos vueltos al ocaso hasta que no se desvanecieron los magníficos matices y caprichosos fantasmas, que de visiones, más extraordinarias aún, poblaban mi fantasía, tan dada siempre á lo quimérico, por mi desgracia.—Sedán, qué horrible batalla!— el historiador no ha logrado pintarla bien. Oh, yo ví estremecido; pero no pude contemplar, cerré los ojos lleno de horror. A veces me parecía que reventaban en mi propio oído, aquellas armas enemigas de la humanidad. No lo fué tanto el demonio astuto, causa de nuestra perdición. Aquellas monstruosas bocas de fuego no se contenían, y caballos y caballeros, filas enteras de soldados, y carros y baluartes rodaban por el suelo. La sangre chorreaba de las colinas y colinitas humeando, y sus vapores de púrpura manchaban el cielo balanceándose sobre los ejércitos. Pero el olor de la sangre caliente, parece que provocaba más la cólera de los combatientes. Hasta la naturaleza se vió que tomaba parte en aquel desorden espantoso; peñascos enormes saltaban de su base é iban rodando por el valle, aplastando escuadrones de infantes y caballeros. De repente un hombre se meza de los cabellos en medio de tanta ruina; es Napoleón que cae prisionero; los alemanes se apoderan del infeliz; el desastre de los franceses está consumado.—Pero todo ello pasó en un minuto, en menos de un minuto se despedazaron aquellos poderosos combatientes; el telón cayó y volvió á levantarse y nuevas y extraordinarias figuras se presentaron á mis ojos.—El mar, cruzado aquí y allá de numerosas escuadras, de buques mercantes de vela y de vapor. A veces alguna ballena prodigiosa saltaba de las ondas, y tras ella el monstruoso pez espada que quería aserrarle el vientre, y luego caían pesadamente las deformes moles sacudiendo las aguas y echándolas á vuelo en chorros gigantescos. Ví también el desierto con sus oasis, con sus pintorescas palmas, sus aduares y sus caravanas; árabes con su gran turbante, montados en camellos colosales, familias enteras sobre los lomos de elefantes que parecían montes. Y ví también ciudades nuevas

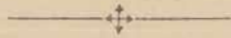
y ciudades viejas, muros soberbios, fortificaciones grandiosas como las de París, palacios de ahora y castillos arruinados; ferrocarriles y tranvías, locomotoras humeando y apagadas, muchachos vendiendo periódicos y distribuyendo la correspondencia. Hubo un momento en que pensé que estaba en Nueva York, y que la Equitativa y la New York Life se presentaban á mis ojos.

La luz iba palideciendo poco á poco, y el panorama perdía entonces muchas de sus visiones magníficas.— Todo fué desvaneciéndose hasta que ya no quedó en el horizonte sino filas de montañas escarpadas, plumizas y calvas que me hicieron recordar algunas series de montes mejicanos. Sobre uno de los picos más altos se presentó una vieja de talla de Goliat, envuelta en un manto color de ceniza, de pie y apollada en un báculo, que debía ser el tronco de una palma real. Echaba de su boca algunas chispas amortecidas y grandes cantidades de humo gris. Tenía misterio la vieja, y pensé que sería la noche que desde lo alto convocaba las sombras. Cuando ya caían éstas sobre la tierra, regresamos á nuestra morada, llevando sobre el rostro los halagos de una brisa tibia y blanda como una madeja de seda.

A las doce del día siguiente nos pusimos en camino. Aprovechamos la fresca, tuvimos talento para sacarles suerte á los rayos más perpendiculares del sol.— Por fortuna íbamos montados en bestias no buenas, pero sí malas como otros tantos delitos. Agrego á la hora y al trote y pachorra insufribles de los animalejos, la odiosa circunstancia de ser el camino vía de condenados. Sólo después de haber atravesado por breñas más ó menos intrincadas que nos hacían guerra con bejuco y espinas y con los pantanos escondidos bajo la yerba, encontramos paso desembarazado y hasta bonito, algo que parecía ramblas enjutas de contornos indolentes; pero esta culebra tendida entre montes y colinas que daban variedad encantadora al paisaje, apenas viene á ser la tercera parte del camino: las otras dos son infernales, tan enmarañadas, que alguno de nosotros hubo de recordarnos á aquel Absalón de la biblia, con haber quedado suspendi-

do por los cabellos, hasta que no fueron escuchados sus gritos, de la punta de una rama tronchada. Cuatro horas de fatiga habían trascurrido cuando llegamos al puercecillo: no merece otro nombre aquel caserío desconsolado, y aquella ensenada pobre en extensión y abrigo.— Dos á tres casas bonitas hacen el gasto de recreo para los ojos, y nada más. Nos asilamos en un hotel lastimoso. Comimos no recuerdo qué, cualquier cosa, y luego nos echamos en las camillas, pidiendo al cielo la luz del día para salir huyendo de aquellos calabozos miserables, pero no tan cerrados que el viento y los rayos de la luna no penetraran á su antojo. La luz llegó, y llegaron las nueve ó diez de la mañana y corrimos á embarcarnos, y aquí abandono á mis compañeros y á mí mismo, á pesar de lo mucho que me estimo. El resto del viaje hasta San José, lo hicimos por el mar, en una carreta desvencijada, que tiene las apariencias de buque; y por tierra, desde Puntarenas, como es costumbre, en mulas y caballos de pacotilla.

Ahora, lector amigo, volved los ojos á San Jorge. El Presidente y sus compañeros van á ser conducidos desde allí hasta Greatown por el señor Biolley. He aquí su delicioso trabajo.—



Habíamos navegado doce horas, y era por tanto noche cuando despertamos en el Fuerte de San Carlos, ó sea en el punto donde se juntan las aguas del río Frío que se arroja en el lago y el San Carlos que sale de éste. Hasta aquí nada ocurrió digno de ser referido, como no sea la magnífica caída del sol detrás de los volcanes de *Madera* y de *Ometepe*.

Saltamos de las *tijeretas* donde yacíamos dormidos en el fondo del *Victoria*, que tal es el nombre del vaporcito, y en tanto que el día avanzaba poco á poco, me ocupé en tomar nota del paisaje que apenas se dibuja como en una penumbra, entre bruma ligerísima que refrescaba de tal modo el ambiente, que nos pareció casi gla-



cial la temperatura, no en verdad por baja, sino porque durante un mes nos habíamos acostumbrado á otra mucho más alta.

*Buum!*..... Los venerables cañones, pues que yo me los imagino en estado de chochez, nos dieron los buenos días tan pronto como nos sintieron, desde el fuerte susodicho. El súbito estampido de las vetustas bocas de fuego, pudo orientarme en cuanto á la situación exacta del fuerte, con más seguridad que no lo habían hecho las indicaciones de aquellos que pretendían estar al corriente de la topografía del lugar.

Cuando entraba el día echamos de ver que nuestro Victoria, buque de hélice, estaba mancornado con otro buque de vapor, "El Managua", con dos grandes ruedas colocadas á popa, que le daban aire de máquina montada en el borde del río.

Por un puentecillo de balaustrada nos trasladamos á la nueva embarcación, y entre seis y siete de la mañana nos despedimos de nuestros últimos compañeros nicaragüenses. Pero me equivoco, pues el General Urtecho siguió en nuestra compañía. Tenía que hacer en San Juan del Norte, nos dijo; pero preferimos creer que el excelente General deseaba solamente no abandonarnos. Con nosotros estuvo desde que pisamos el suelo de su país: lo conocimos al desembarcar en Corinto, y no dejamos de verlo entre nosotros hasta que definitivamente dijimos adiós al pabellón de Nicaragua. Urtecho es hombre muy natural, pero de una amabilidad delicada y de cortesía que tiene el perfume de flor rara.

Tuvimos otro compañero de viaje en la persona de Mr. Pellas, propietario de toda la flotilla de vapores que hacen el tráfico por el lago y el río, y el solo concesionario de esa línea de trasportes comerciales. Lo que Mr. Pellas fué para nosotros desde Rivas, donde nos recibió á bordo del Victoria, hasta Limón á donde fué el único que llegó con el Presidente de Costa Rica y su comitiva, no podría decirlo. La palabra no tiene bastante fuerza para significar el goce que nos hizo experimentar su amable compañía. Mr. Pellas considerándonos como

visitas y huéspedes suyos—pues el río le pertenece un poco—nos brindó á bordo y en su casa de San Juan del Norte una hospitalidad árabe. Agasajador y cortés como no es posible serlo más, y.....pero será mejor guardar silencio ya que no es fácil agradecerle lo bastante.

Prosigamos nuestro camino.

Los primeros momentos de la navegación fueron extraordinariamente deliciosos. Una brisa fresca halagaba nuestros rostros y rizaba ligeramente las aguas del río, cuya superficie brillante semejaba una placa de acero pulimentada. Pero, poco á poco el viento se desvanece; la fuerza del sol aumenta y nos obliga á descender de la plataforma superior del buque, sobre la cual nos habíamos instalado por lo pronto, en busca de sombra y de fresco sobre el segundo puente.

El sentimiento que nos animaba á todos, fué el de una felicidad y alegría perfectas. Después de tantos días de fiestas, de bailes y visitas; después de más de tres semanas de vida *oficial*, á lo menos por parte del mayor número de entre nosotros, era bien grato poder saborear muellemente *il dolce far niente*, á bordo de un vapor que descendía con reposo por uno de los ríos más bellos de la tierra.

Las orillas del San Juan, en la primera parte de su curso, se presentan cubiertas de plantas, cuyos largos follajes se balancean en los bordes del agua, y de una especie de palmeras muy escalonadas, entre las cuales levántanse también árboles de vario follaje, cuyas ramas menores y flexibles, se inclinan sobre las aguas como faldones flotantes de rico terciopelo. Cuando faltan estas cortinas naturales, preséntase en la margen un bordado de hierbas acuáticas que se extiende á lo largo como una gran cinta de verde claro en que las garzas inmóviles ó que vuelan lentamente, parecen á distancia puntos blancos luminosos. Nuestra presencia hacía de tiempo en tiempo levantar de entre las hierbas gallos de agua de plumaje metálico, que desfilaban en línea recta con gritos agudos.

La superficie del río, desde que la brisa matinal se

amodorró, tomaba el aspecto de un espejo perfectamente liso, que deslumbraba con el sol. Los solos lunares que de vez en cuando se notaban, eran producidos por las lechugas acuáticas de hojas carnosas que brillaban con el sol á manera de láminas de plata. Las islitas que á intervalos rompen la corriente, y todavía más, las curvas frecuentes del río, dan variedad al paisaje, impiden que el espectáculo sea jamás monótono.

Como ya lo dijimos, abunda una especie de palmera típica á uno y otro lado, en la primera parte del curso del río San Juan. Es un árbol de mediana altura, cuya cumbre está coronada de un ramo de palmas recortadas, unas verdes y derechas, otras color de herrumbre, que se inclinan del lado de las aguas. Un curioso de nosotros inquirió del General Urtecho el nombre de esa palmera, y el General refirió que las gentes la denominan *yolillo*, y que esta voz es una alteración de la palabra francesa *joli*, que fué oída por los nativos de boca de un extranjero que así dijo en tono de exclamación á la vista de la preciosa planta, y que luego fué repetida y españolizada por las gentes. La etimología del General es muy ingeniosa; pero me inclino á creer, aunque de ello no estoy bien seguro, que el árbol es el *jolio* (alfonsia oleífera), que varios autores citan como muy abundante en el valle del San Juan.

Hízose provisión de leña á la entrada del río Závalos, en la orilla izquierda del río, y continuamos la marcha; nos detuvimos después en el raudal del *Toro*, poco rápido pero de una extensión longitudinal de 2,600 metros.

Nada digno de ser anotado se presentó por algún tiempo, como no hubiese sido la aparición de uno que otro *rancho*, depósito de leña ó compañero de alguna milpa, cuyo verde tierno, en hora de cosecha, llamaba por lo particular, fuertemente la atención.

La entrada de los ríos que desembocan en el San Juan, es digna de ser tomada en cuenta. Un grito de admiración salió de boca de todos nosotros cuando pasamos delante de la desembocadura de la pequeña corriente denominada Santa Cruz, en la orilla izquierda. Sus aguas



se confunden serenamente con la masa del San Juan, sombrías, casi misteriosas bajo una bóveda magnífica de ramas entretejidas, de donde caen las lianas en cordones que se columpian al menor soplo.

Entre diez y once llegamos á *Castillo Viejo*, donde un raudal del mismo nombre se opuso al paso del buque. Fué necesario trasbordar. En tanto que se verificaba la descarga del Managua y que los vagones que corren á la orilla trasportaban nuestros bagajes á bordo del Irma,—pequeño vapor de dos ruedas que esperaba al pie del rápido—ascendimos á la colina algo abrupta, en cuya cúspide se levanta el antiguo fuerte. Hacía un calor atroz; pero el deseo de ver de cerca el edificio y frente á frente aquellos cañones cuyos estampidos rodaban sordamente por el estrecho valle, nos dieron vigor para arrosarlo todo.

El fuerte, mirado de lejos, tiene actitud soberbia; y debió inspirar profundo respeto á las embarcaciones que pasaban al alcance de sus fuegos, allá cuando las chalupas cañoneras, así como los mismos cañones, estaban á mil leguas del perfeccionamiento que tienen hoy. Compónese el fuerte de una serie de construcciones bastante vastas que circuyen otra cuadrada y almenada que constituye lo principal, y sobre la cual ondea la bandera azul-blanca-azul de Nicaragua. Ese baluarte, que ya cuenta doscientos años de existencia, poco más ó menos, tiene en su historia una página que bastaría para hacerlo célebre, si no lo fuera por lo que es en sí mismo. Fué tomado—no recuerdo en que año—por el gran Nelson, cuando éste apenas se encontraba al comienzo de sus gloriosos hechos de armas.

El fuerte, custodiado hoy por una pequeña guarnición, es ya una ruina, pero no deja de tener algo de pintoresco. La yerba y el musgo cubren los peldaños de las escaleras por donde se sube á las plataformas más elevadas. Algunos lienzos de la muralla están destruidos. Las almenas de la parte central están ornadas de arbustos verdes, que parecen nuncios de paz, y los lagar-

Castillo Viejo  
1672 a 16  
En el nombre  
Castillo Viejo  
managua  
aproximadamente  
Castillo Viejo  
del Reino de  
España de E  
Castillo Viejo  
del Reino de Ja

178

tos inofensivos, son los únicos habitantes de la mayor parte de aquella antigua fortificación.

De lo alto del fuerte, que tiene una vista soberbia, admiramos los caprichosos serpeos del San Juan, cuyas aguas en el punto del raudal hierven sobre una extensión de ochocientos metros, y calculamos la anchura del río que según parece alcanza allí á tres ó cuatrocientos metros. Blanchet dice que cuando el río tiene menos caudal de agua, su anchura en lo general varía entre ciento cuarenta y quinientos metros, y su profundidad varía entre dos y doce; ésta última es, sin embargo, con más frecuencia de cuatro á cinco.

Algunas casas, en número de cincuenta, cubiertas de hojas de maíz, bordan la vía por donde corren al pie de la colina los vagoncitos de que antes hablé.

El Irma zarpó después de medio día. Los Yolillos desaparecieron, y las márgenes principiaron á presentarse bordadas de grandes árboles cargados de parásitas y de bejucos, todo lo cual forma una masa compacta de verdura sombría, en medio de la cual se yerguen como delgadas columnatas de mármol, los troncos blancos de los guarumos.

La navegación llegó á ser un poco difícil á causa de los rápidos, que son numerosos. El más violento es el de Machuca, que pasa á la derecha del pequeño islote, de aspecto encantador, que se denomina *el Diamante*, contra el cual, según se nos dijo, hace algunos años se estrelló un buque. Viene luego el peligroso paso del Infiernito, donde las piedras obstruyen el lecho. Con la mayor prudencia navegamos allí por un canal estrecho y sinuoso, pero ya fuera del peligro volvimos á encontrar las aguas tranquilas, que apenas se turbaban á nuestro paso.

Ninguna vida sobre aquellas ondas, fuera de ciertos pajarillos pintados de blanco y gris que de tiempo en tiempo pasaban rozando la apenas movable superficie de las aguas. En vano interrogamos á los troncos de árboles tendidos á lo largo de la ribera: el silencio y la soledad respondían; ni un pequeño caimán.

Verdad que la hora era poco propicia para las distracciones de esos interesantes animales. La tarde se desvanecía y con esto el paisaje iba tomando un carácter más grave y misterioso, y las emociones que su contemplación despertaba en nosotros eran más íntimas y más poéticas.

El cerro de San Carlos se levanta de improviso cubierto de grandes árboles cuyo follaje comienza á perderse en la sombra, y más de uno de nosotros, fijos los ojos en aquella mole, reflexiona probablemente que allí está la tierra de la patria, la tierra cuna de todas las dulces afecciones.

Volviendo los ojos al río, parécenos que la vegetación de las orillas es más frondosa, el agua más profunda y la corriente más majestuosa. Gracias á los recordos frecuentes y bien pronunciados creemos á cada instante que vamos entrando en un circo enorme de paredes formadas por la masa de árboles que se reflejan en las aguas y nos circundan; masa oscura pero á trechos adornada por los últimos rayos del sol con bandas anaranjadas y grandes estrellas de oro.

Pasada la última curva, llegamos al punto donde el San Carlos, de aguas más verdes, se arroja en el San Juan.

Sólo un rancho hay sobre la orilla costarricense, pero un rancho en fiesta. Su propietario prevenido de nuestra llegada, decoró su cabaña de palmas, frutas, espigas de flores rojas, y acompañado de dos ó tres vecinos, nos acoge con alegre salva de fusilazos. El Irma se orilla apenas, cuando nosotros saltamos á tierra, experimentando no se qué dulce emoción al pisar ese suelo que ya podíamos apellidar costarricense. Encontramos allí un árbol de pan, un naranjo, un limonero y un guayabo, tan cargados de frutas, que sus ramas se doblaban en desaliento, lo que prueba con abundancia de razón la riqueza del terreno. Creo que apenas alguno de nosotros se abstuvo de morder y gustar por amor al suelo natal, alguna naranja, limón ó guayaba verde.

Pero nuestro buque tenía que proveerse de leña,

y así tuvimos que reembarcarnos de prisa para ir al depósito que estaba un poco lejos. La descarga nos ocupó una buena parte de la noche. No teníamos luna, pero el cielo estaba magníficamente estrellado. Como entonces tuvimos la buena fortuna de no ser inquietados por los mosquitos, nos tendimos en las *tijeretas* con un placer puro, producto natural de la más agradable navegación, y del contento que nos daba la idea de que pronto nos encontraríamos en nuestros queridos hogares.

Despertamos en el punto de bifurcación del San Juan, ó sea allí donde una gran parte de su caudal se echa en territorio de Costa Rica para formar el río Colorado. La luna rayó á eso de la media noche, y el Irma se aprovechó de ella para continuar su camino. Deplo-ro no haber visto esa parte de camino, sobre todo, la confluencia del Sarapiquí y el San Juan.

El Capitán del Irma, á quien preguntamos cual sea la longitud total del río, la calcula en ciento sesenta millas del fuerte de San Carlos á San Juan del Norte, dividiendo esta distancia del modo siguiente: cuarenta millas del Fuerte al Castillo, cuarenta del Castillo á la boca del río San Carlos, y de aquí á la mar ochenta próximamente. Otros calculan esa distancia en ciento ochenta y dos kilómetros. Nosotros no decidiremos si la razón está de parte de los capitanes ó los ingenieros, gentes ambas muy dignas de crédito siempre que no yerran.

Otra cuestión se presentó. Del punto donde el Irma está amarrado vemos perfectamente la desviación de aquella parte de aguas que forma el Colorado y el gran delta de la desembocadura del San Juan. Que la mayor masa de éste entra en el Colorado, por territorio de Costa Rica, está fuera de duda. Pero se trata de saber en qué proporción se dividen las aguas. Unos opinan que se desvían las cuatro quintas partes, otros que las siete octavas. Nos inclinamos al último cálculo, tanto más cuanto que pudimos comprobarlo mediante el reconocimiento que hicimos luego de ambos brazos.

Cerca del punto de bifurcación es donde podrían emprenderse los trabajos de distribución de aguas por i-

40 millas = 64,360 Km	55 Km = 34.7 millas
40 " = 64,360 "	40 " = 24.8 "
80 " = 128,720 "	85 " = 52.8 "

160 = 257,440

Cálculo del Capitán del  
Vapor Irma —

180 Km = 111.7 millas

Cálculo —

guales partes, que haría tal vez nuevamente navegable en cualquiera estación el brazo del San Juan. Decimos *tal vez* porque para poder llenar de nuevo el lecho del río, habría que desembarazarlo antes de la enorme cantidad de arena y materiales de todo género que acumulados día á día, hoy casi lo tienen obstruído. Los trabajos de bragaje así como la construcción del dique enorme que tuviera por objeto forzar parte de las aguas del Colorado á seguir por la madre del San Juan,—violentando además el curso natural que aquel río ha elegido libremente por el curso poderoso de su caudal,—estos trabajos, digo, constituirían una obra colosal practicable sin duda por los ingenieros modernos, pero seguramente erizada de dificultades materiales, muy larga y muy costosa.

Abandonamos el Colorado para entrar un momento en el Caño Bravo, que nos evita una curva del río, y entonces tenemos la fortuna de descubrir de tiempo en tiempo algún caimán que se calienta al sol. Y es lo cierto que ya íbamos teniendo duda de la existencia de ese anfibio, con motivo de no haber encontrado ejemplar ninguno el día anterior. Los disparos con que saludábamos al que se presentaba lo distraían un poco de su siesta, pero no pareció que les causaran mucho enojo á esos animales las balas que se aplastaban en sus escamas.

Divertidos así, llegamos casi hasta la mar, ó bastante cerca á lo menos para poder distinguir perfectamente la barra del río, que nos pareció un poco alta, y después de una parada de algunos minutos, mientras visitamos el rancho de una familia alemana, establecida desde largo tiempo en la boca del Colorado, enfilamos un canal de agua casi negra que nos condujo á la laguna de Samaï. Ambas orillas del canal ostentan las mismas maravillas de vegetación que no dejamos de admirar atrás. La laguna propiamente dicha, no es muy ancha y está bordada del lado derecho hasta la mar, de un gran potrero de zacate muy verde y muy tupido, á la extremidad del cual elévase una buena casa con todas sus dependencias. Algunos altos cocoteros se yerguen á la orilla del agua y en torno á la casa.

A pesar del placer que experimentábamos recorriendo caños y lagunas, fué necesario pensar en el regreso. Volvimos, pues, á remontar el Colorado, y á las dos de la tarde nos encontrábamos de nuevo en el punto de bifurcación.

Al salir de Rivas se había convenido en que después de visitar la desembocadura del Colorado, regresaríamos á la confluencia del San Juan y el San Carlos, para subir por éste último río, ya en buquecito de vapor, ya en canoa hasta el muelle, y seguir de aquí á San José por tierra.

Con no poca angustia pensábamos en el resto del viaje. Si hemos bajado el río en dos días, no gastaremos menos de otro para volver al San Carlos, y de su desembocadura hay que contar por lo menos cuatro ó cinco al muelle: esto decíamos con notable tristeza: muy agradable ha sido conocer el río como lo hemos hecho en el Irma, pero es muy probable que no tengamos igual placer pasando largos días mientras se sube penosamente por el San Carlos. Los cálculos y estas consideraciones nos ponen en el caso de escuchar las propuestas del General Urtecho que nos compromete á acompañarlo hasta San Juan del Norte, donde; quien sabe? podremos encontrar tal vez un navío anclado que se decida á repatriarnos conduciéndonos en algunas horas á Limón. La perspectiva de tan dichoso suceso nos halaga bastante para que dudemos largo tiempo. En camino, pues, para San Juan del Norte.

Ahora es cuando podemos hacer la comparación de los dos brazos que forman el delta del río. Nuestro buque cala apenas diez y ocho pulgadas, y, no obstante, corre con frecuencia el peligro de encallar; tan poca cantidad de agua sigue teniendo el San Juan. Notad que estamos en la estación lluviosa, un poco seca fuera de costumbre,—es verdad—y que en el verano el nivel de las aguas ha de bajar más todavía. Grandes bancos de arena se presentan sucesivamente cerrando el lecho, y el fondo plano del Irma, revuelve el fondo del río diversas ocasiones.

También las márgenes cambian de aspecto. Están cubiertas principalmente de grandes cañas cuyos penachos secos dan un carácter particular al paisaje. Se ven también pequeñas palmeras y plátanos; de tiempo en tiempo algún árbol grande de ramas cargadas de nidos de oropéndolas que parecen frutas enormes. Sobre ambas orillas hay muchos *ranchos*, pero también muchas fincas abandonadas á consecuencia del mal estado del río.

Al cabo de tres horas, más ó menos, de agradable navegación, descubrimos, primero la mar y un navío cuya presencia nos llenó de lisonjera esperanza, después las graciosas casas de madera, de San Juan del Norte, empavesadas y brillando al sol. Para llegar al punto de desembarque tuvimos que dar una multitud de vueltas, siguiendo el curso del río que serpea á través de una extensa llanura de terrenos de aluvión que ocupa hoy el sitio de lo que fué en otro tiempo el vasto puerto de la ciudad. Los terrenos, naturalmente senagosos, están cubiertos de yerba y de grandes helechos cuyas frondas esporíferas, brunas dan un aspecto de chamusco al llano, sobre el que vagan algunas bestias.

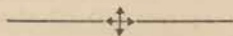
Hémos ya en San Juan del Norte, ciudad que se parece algo á Limón, aunque más grande. Basta media hora, para notar que su comercio está en plena decadencia.

He terminado. ¿Será preciso que hable todavía de la hospitalidad de Mr. Pellas, de aquella solicitud con que se empeñó para conseguirnos pasaje á bordo del *Warrior*—buque que divisamos al momento del arribo? Será preciso que diga cómo pasamos la barra, y cuáles fueron nuestras emociones agradables de la última jornada, y aquellas más gratas del instante en que pusimos el pie en nuestro suelo de Limón?.....

Esta última parte del viaje apenas podrá tener escaso atractivo para el lector, que la ha oído referir cien veces desde el día en que, llenos de regocijo por el regreso, le dimos precipitadamente nuestros brazos en la estación de San José, cuando toda la población estaba allí reunida para festejar dignamente la vuelta del jefe

Supremo de la Nación, de uno de sus Ministros amados, y de los más ilustres representantes de la tierra fértil y hospitalaria de Costa Rica.

Permítasenos añadir una palabra de puro agradecimiento. Hemos hablado de las atenciones que el señor Pellas tuvo para los viajeros durante la navegación hasta San Juan del Norte. Pero debemos agregar que el excelente empresario dejó á su cuenta todos los gastos de conducción. Gratis fué también nuestro viaje de San Juan del Norte á Limón. El Gobernador de aquel puerto tuvo la delicadeza de anticiparse á cubrir el precio de nuestros pasajes. Tampoco debo dejar en olvido las exquisitas muestras de aprecio que el Jefe costarricense recibió de parte de las autoridades y vecinos más importantes de la población desde el momento de su llegada hasta el de su partida.



### CONCLUSIÓN.

El trabajo del señor Biolley ha completado mi obra. Hemos llegado á Costa Rica, el señor Presidente ha pisado el suelo de Limón, y el viaje está concluído.— Cierta que el recibimiento que se le hizo, principalmente en esta capital, es asunto que ofrece mucho interés.— Pero sobre eso, que ya no es cosa perteneciente al viaje, se han hecho publicaciones extensas que insertaré en el apéndice. Considero que nada hay que agregar á esta relación, y que antes bien podría quitársele mucho que la prolonga sin gracia é inútilmente. He escrito de prisa, y apenas he tenido tiempo para entregar mis cuartillas al operario tan pronto como las ha soltado la pluma. Si peligroso es dar á la estampa un trabajo corto, sin haberlo examinado muchas veces, (el consejo de Horacio es excelente) el peligro sube de punto cuando se trata de una producción que casi es de largo aliento, siquiera



por su tamaño. La explicación no me excusa, pero tampoco la hago para que ella me gane indulgencias. Si mi trabajo es malo, si no tiene cosa que se pueda leer, ya sé que ningún pretexto podrá salvarme. Mas como quiera que sea, yo puedo decir que escribí como suele hacerlo cualquiera otro que no tiene pretensiones de escritor, ni esperanza de ganar fama.





## VI.

### APÉNDICE.

---

#### NOTA.

En este apéndice ponemos algunos telegramas que es bueno tener á la vista para comprender mejor cómo el General Soto, Presidente de Costa Rica, pudo alimentar con fundamento la esperanza de que su viaje á Nicaragua no sería infructuoso. Ponemos también algunas crónicas y juicios del "Diario Nicaragüense," y otros documentos interesantes.



## APÉNDICE.

---

### TELEGRAMA DE MANAGUA.

Recibido en San José el 15 de julio de 1887 á las 12¼ p. m.

Al señor General don A. de Jesús Soto.

Tengo la honra de participar á U. que hoy á las 9 de la mañana desembarcó en Corinto el señor Presidente Soto y su comitiva.—He tenido la pena de no ir á recibirlo al puerto personalmente, como era mi deseo, por tener mi salud un tanto quebrantada.

Su afectísimo amigo,

E. CARAZO.

---

### TELEGRAMAS DE LEON.

Recibido en San José el 17 de julio de 1887 á las 8½ a. m.

Al señor Presidente de la República.

He llegado bien.

Las ovaciones hechas en mi honor desde Corinto han sido espléndidas; la recepción que se me ha dispensado en la ciudad de León ha sido brillantísima: cuatro ó cinco mil personas aguardaban en la estación del ferrocarril la llegada del tren.—No puedo menos que agradecer vivamente estas distinciones de simpatía, que traduzco como otras tantas prendas de gratitud á que quedo obligado.—Probablemente permaneceré aquí dos ó tres días.—El señor Presidente Carazo no pudo venir á mi encuentro por hallarse un poco indispuerto.

Su afectísimo,

BERNARDO SOTO.

Recibido en San José el 17 de julio de 1887 á las 8 a. m.

Al señor Presidente de la República.

Indescriptible es el recibimiento hecho á don Bernardo de Corinto á León: ha sido fiesta espléndida.—Hasta los más pequeños pueblos han sido expresivos en manifestaciones de simpatía.—León ha estado admirable; calles cuajadas de gente; mucha suntuosidad y mucha cordialidad.—En Corinto había doce buques lujosamente empavesados.—El vapor de guerra americano disparó muchos cañonazos.—Oficiales de alta graduación vinieron á tierra á visitar al Presidente.—El pagó la visita y fué recibido y obsequiado con exquisita finura.

Pío VÍQUEZ.

---

Recibido en San José el 17 de julio de 1887, á las 8½ a. m.

Al señor Presidente de la República.

Llegamos á esta ciudad á las 6 de la tarde.  
Espléndido é inmejorable recibimiento: 4 ó 5 mil personas acompañaron al General desde la estación hasta su residencia.—La más sincera cordialidad acompañada del gusto más refinado y exquisito han animado en esta ocasión al respetable vecindario leonés.—El General Soto deséale salud.

Su afectísimo,

MANUEL ARAGÓN.

---

## TELEGRAMA DEL PALACIO DE MANAGUA.

Recibido en San José el 18 de julio de 1887 á las 5½ p. m.

Al señor don A. de Jesús Soto.

Me es sumamente satisfactorio comunicar á U. la buena nueva de que el Presidente Soto llegó á esta capital hoy á las cinco y media de la tarde.

Su afectísimo amigo,

E. CARAZO.

## TELEGRAMA DE MANAGUA.

Al señor Lic. don Andrés Venegas.

Recibido en San José el 18 de julio de 1887 á las 11½ p. m.

El pueblo y el Gobierno de esta República nos han recibido espléndidamente, nos han llenado de atenciones.—Esta generosidad la traduzco como prueba inequívoca de las simpatías que se profesan al pueblo costarricense; y veo que estamos correspondidos, porque Costa Rica dispensa, como tú sabes, iguales sentimientos á esta hospitalaria nación.—Los compañeros te saludan.

B. SOTO.

---

## TELEGRAMA DE MANAGUA.

Recibido en San José el 26 de julio de 1887.

Al señor Presidente de la República.

Tengo el gusto de participar á U. que acabo de firmar con el Presidente Carazo el convenio de arreglo. Bases=Validez tratado límites:—permiso de desviar aguas del Colorado en la parte necesaria para mejorar navegación del San Juan:—contribuir Costa Rica con cuarta parte de gastos á la mejora de dicho río en la parte que corre abajo del Colorado:—derecho perpetuo de libre navegación comercial en el río y lago:—reconocimiento de nuestros derechos en el Canal:—explicación de puntos de dudosa interpretación del tratado, dada desde ahora:—reconocer á Costa Rica voto consultivo cuando en concesiones de canal ó tránsito no se perjudiquen derechos:—permiso para navegar en aguas de Nicaragua sin ejercer jurisdicción:—término señalado para nombrar comisiones para fijar línea divisoria y para que ellas concluyan trabajos:—subsistencia convenio arbitral mientras el hoy firmado no se canjee.

B. SOTO.

---

## CONTESTACION

Al señor Presidente Soto.

*Managua ó el lugar de su destino.*

En nombre de Costa Rica y en el mío propio, felicito á U. y al Presidente Carazo por el tratado que han celebrado.—Creo que concilia los intereses de ambos países y que será aprobado por los Congresos respectivos.—Como costarricense y como amigo de Nicaragua, en unión de las personas que forman el Gabinete de Costa Rica, hago votos porque este tratado ponga término á la antigua y enojosa cuestión de límites, que nunca ha debido

existir entre dos Repúblicas amigas y hermanas.—Es motivo para mí de gran satisfacción, que á los actuales Presidentes de ellas les haya cabido la gloria de concluir tan importante asunto.—La historia les reservará una página muy gloriosa por su acendrado patriotismo.

El Primer Designado en ejercicio  
del Poder Ejecutivo.

A. DE JESÚS SOTO.

---

En el Alcance al número 23 de este Diario Oficial decíamos: “Son tan importantes las noticias contenidas en el telegrama que á continuación insertamos, dirigido por el señor Presidente Soto al señor Designado en ejercicio del Poder Ejecutivo, que para conocimiento del público lo damos á luz desde luego en este alcance. El Pueblo costarricense hoy estará de plácemes, porque se anuncia la aurora de una nueva era de paz y verdadera fraternidad entre dos Repúblicas hermanas y limitrofes, que trabajarán aunadamente en la conquista de sus grandiosos destinos.

No nos equivocábamos, porque en ésta y en las otras provincias se ha recibido con satisfacción y aplauso la noticia de haberse firmado un arreglo que tiene por objeto terminar las antiguas y graves desavenencias entre Costa Rica y Nicaragua.

Aquel estado de cosas era un mal para los dos países, y varias veces llegó á inspirar serias inquietudes. El tratar de poner término á ese malestar, y el haber establecido ya, por mutua avenencia, las bases para ello, honra sobremanaera á los Jefes de dos Repúblicas hermanas. Los nombres de los señores Presidentes Soto y Carazo, aun cuando no tuvieran más título á la gratitud nacional que ése que motiva estas líneas, ocuparán una página muy honrosa en la historia de Centro América, y el benéfico resultado de su labor patriótica lo empezará á sentir la actual generación.”

(De la *Gaceta Diario Oficial*.)

---

A las 4 p. m. del domingo 17, llegó á esta capital el Excmo. señor General Soto, Presidente de la República de Costa Rica, acompañado de su propia y lucida comitiva, y de los señores Ministros General Guzmán y Licenciado Castrillo, Subsecretario Licenciado González, é Inspector del Ejército, General Urtecho, quienes con la debida anticipación, y según lo dispuesto por el Gobierno, se habían constituido en Corinto para recibir al distinguido viajero.

Hasta allá fueron también, con el mismo objeto, el señor Licenciado Selva, en representación del Supremo Tribunal de Justicia de Occidente; el señor Doctor don Roberto Sacasa, en representación del Protomedicato de la República; los Licenciados don Miguel Granera y don Mariano Barreto, como comisionados de la Municipalidad de León; don Bernabé Mejía, de la de Managua; los señores don Silvano Matamoros, don Miguel Ramírez G., y don José Madriz, por el Instituto de Occidente; y otros muchos caballeros distinguidos de varias partes de la República.

Desde el momento de su arribo à Corinto, que fué à las 9 a. m. del 15, por el vapor *San Blas*, de la Mala del Pacífico, se han dispensado al Excelentísimo señor General Soto, todas las atenciones y consideraciones que se merece, como jefe de un pueblo amigo y hermano.

En el muelle de esta ciudad fué recibido por el señor Presidente Carazo y el señor Ministro Padilla, acompañados del señor ex-Presidente Cárdenas, de los funcionarios públicos aquí residentes, y de considerable número de ciudadanos, y gentes de todas las condiciones. La capital se había engalanado para recibir dignamente al distinguido huésped. La artillería le saludó con tres salvas de 21 cañonazos; y el alborozo general daba muestra del unánime sentimiento que prevalecía por tan feliz ocasión.

Del muelle, los señores Presidentes, los señores Ministros, el señor ex-Presidente Cárdenas, las comitivas unidas, y cuanto pudo alcanzar del numeroso concurso allí presente, fueron conducidos por tren, à la estación frente à la plaza principal; y de este lugar marcharon à pie hasta el Palacio, en donde se habían preparado habitaciones para el Excelentísimo señor Soto.

He aquí la lista de los personajes que componen su comitiva:

- Lic. don Cleto González Víquez, Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores.
- „ Manuel Aragón, ex-Ministro de Hacienda.
- Lic. „ Ezequiel Gutiérrez, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.
- Lic. „ Gerardo Castro, Magistrado Fiscal de la Corte Suprema de Justicia.
- „ Camilo Mora, Gobernador de la provincia de San José.
- „ Pío Víquez, Director de la Imprenta Nacional y Redactor de *La Gaceta Oficial*.
- Dr. „ Juan J. Ulloa, Cirujano Mayor del Ejército.
- „ Pablo Biolley, Profesor del Liceo de Costa Rica.

Vienen también en la Comitiva:

- el Teniente Coronel don José S. Aguilar,
- „ Sargento Mayor, don Rodolfo Rojas,
- „ Sargento Mayor, don Manuel Ulloa,
- „ Capitán don Alberto Soto,
- „ Tesorero don Manuel Vargas R.,
- don Juan Antillón, barbero,
- don Isidro Incera,
- don Francisco Ugalde,
- Y siete asistentes.

(De la *Gaceta Oficial* de Nicaragua).

---

ECOS DE MANAGUA.—Julio 21. Se ha animado nuevamente la capital con la llegada de los invitados por el Gobierno para tomar parte en las conferencias de Costa Rica. El tren de esta mañana trajo de Granada à los señores General don Pedro Joaquín Chamorro, Senador don Anselmo H. Rivas y Magistrados Licenciados don Benedicto Meneses y don Isidoro López de Masaya, los señores don Eugenio Mendoza, General don Enrique Solórzano y Licenciado don Néstor Rodríguez, de Jinotepe. Un ayudante del señor Presidente esperaba en la estación, y saludó à los recién llegados en nombre del señor Ministro de Relaciones, anunciándoles al mismo tiem-



po que la conferencia se verificaría en su despacho mañana á las dos de la tarde.

Cuando el tren pasaba por la estación de carga, los invitados de León y Chinandega, que acababan de desembarcar de "El Progreso," se dirigían con gran acompañamiento hacia ese sitio. Los ciudadanos de León y Chinandega son los siguientes: Licenciado don Vicente Navas, Licenciado don Francisco Baca, Doctor don Roberto Sacasa, don Domingo Salinas, Diputado don Basilio Marín, Licenciado don Francisco Baca hijo, don Benito Morales y Licenciado don José M. Rojas.

Todas las noches desde que está en la capital el señor Presidente Soto, hay espléndidas retretas al frente del Palacio. La de anoche fué excelente, no sólo por las brillantes piezas que tocó la banda marcial, sino por la gran concurrencia de señoritas y caballeros que hubo en los salones y en las galerías de Palacio. Los dos señores Presidentes, lo mismo que los caballeros costarricenses, se mostraron muy obsequiosos en aquella reunión.

---

## TELEGRAMA DE MANAGUA.

Julio 21.

A "El Diario Nicaragüense."

Hoy á las tres y media p. m. visitaron al Presidente Soto y á los individuos que con él viven en el Palacio, los señores General don Pedro J. Chamorro y Senador don Anselmo H. Rivas. Los visitantes salieron sumamente satisfechos.

Se hacen grandes preparativos para el baile que se dará el sábado, en honor del señor Presidente Soto, quien piensa llegar á Granada viernes ó sábado de la entrante semana.

CORRESPONSAL.

(De *El Diario Nicaragüense.*)

---

## TELEGRAMAS NACIONALES.

---

Depositado en el Palacio á las 4 p. m. del 14 de julio de 1887.  
Recibido en Corinto á las 4 del 14 de julio de 1887.

Señor don Bernardo Soto.

Su presencia en el país es para el Gobierno y para mí justo motivo de honra y de satisfacción. Yo me apresuro á enviarle, à nombre de la República y en el mío propio; el más cordial y amistoso saludo y à significarle los más vivos sentimientos de cordialidad hacia el pueblo que U. dignamente dirige y representa. Sea U. bien venido en unión de las honorables personas que le acompañan y acepte mis votos en favor de la paz y prosperidad de Costa Rica y mis protestas de alta consideración y estima personal.

El Presidente,  
E. CARAZO.

---

Depositado en Managua á las 2 del 14 de julio de 1887.  
Recibido en Corinto á las 2 del 14 de julio de 1887.

Señor Presidente de Costa Rica.

El personal de la Dirección General de Telégrafos de la República, tiene el honor de presentar sus respetos á V. E. y de poner á su disposición, en nombre del Gobierno, las líneas telegráficas nacionales.

ALEJANDRO CANTÓN.

---

Depositado en Tegucigalpa el 20 de julio de 1887.  
Recibido en Managua á las 7 y 50 p. m.

Señor General don B. Soto.

Por telegrama del señor Presidente Carazo me he impuesto de que U. ingresó antier á esa capital.

Deseo que haya llegado y continúe sin novedad. Confío en el patriotismo y rectitud de U. y del Jefe Nicaragüense, para esperar que sus conferencias tendrán por resultado el feliz término de la vieja cuestión de límites entre esa República y la de Costa Rica, y me permito manifestar á U. que el Gabinete hondureño hará de buen grado cuanto le sea dable en el sentido de alcanzar una solución pacífica que concilie los derechos é intereses de las dos partes contendientes.

Su atento amigo,  
LUIS BOGRÁN.

**Despacho oficial del señor Presidente de  
Costa Rica y su comitiva.**

Depositado en Granada á las 12 y 5 p. m. del 15 de julio de 1887.

Señor General don Bernardo Soto, Presidente de Costa Rica.

Me congratulo por su feliz ingreso á esta República. Le deseo buena salud y todo género de felicidades; y hago votos porque, al regresar á su país, lleve usted las más gratas impresiones de Nicaragua. Me pongo enteramente á las órdenes de usted.

Su afectísimo amigo,

P. JOAQUÍN CHAMORRO.

---

Depositado en San José, C. R. el 27 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 6 p. m. del 27 de julio de 1887.

Señor Presidente Soto.

La noticia sobre convenio firmado por U. y por el señor Presidente Carazo, merece una manifestación de sincero júbilo; mis felicitaciones para U. y para su Ministerio por la parte que han tomado en tan grato acontecimiento.—Su afectísimo,

JOSÉ ASTÚA AGUILAR.

---

Depositado en San José el 27 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 8 y 45 p. m. del 27 de julio de 1887.

Señor Presidente General don Bernardo Soto.

Costa Rica está de plácemes por el telegrama recibido hoy, y sus amigos nos sentimos orgullosos por el feliz éxito de su viaje á ésa. Reciba la más cordial enhorabuena.—Su afectísimo amigo,

ABEL SANTOS.

Depositado en San José el 27 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 8 y 45 p. m. del 27 de julio de 1887.

Señor Presidente Soto.

Acaban de publicarse las bases de convenio de arreglo.—No hay duda de que son de conveniencia recíproca. Permita U. felicitarlo por la parte activa y efectos que ha tomado en asunto de tanta monta. ¡Ojalá que los buenos auspicios con que este convenio empieza lleguen con él hasta los momentos anhelados de su canje. Saludo cordialmente á U. y compañeros.

TOBIÁS ZÚÑIGA.

---

Depositado en San José C. R. el 27 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 6 p. m. del 27 de julio de 1887.

Señor Presidente General don B. Soto.

El convenio arreglado hace honor à Nicaragua y Costa Rica y á sus dignos Gobiernos. Recibe mi entusiasta felicitación. Tu amigo,

JUAN V. QUIRÓS.

---

Excmo. señor General Presidente.

La Honorable Corporación Municipal de la ciudad de León, tan luego como tuvo conocimiento de vuestra próxima llegada á esta República, se reunió en sesión extraordinaria el 9 del corriente, y en ella se sirvió conferirnos el alto encargo de venir á recibiros, significándoos el placer con que aquel vecindario aguarda vuestro ingreso á la Metrópoli.

Nosotros que profesamos particular aprecio al personal de vuestro Gobierno, lo mismo que al noble y poderoso pueblo á quien con tanto acierto gobernáis, aceptamos con agrado tan honroso cometido, y venimos ahora llenos de la más viva complacencia á darle cumplimiento.

Servios, pues, Excmo. señor, aceptar el respetuoso saludo que por nuestro medio os envía el pueblo de León y los votos que personalmente hacemos por que durante vuestra permanencia en Nicaragua recojáis en unión de vuestra Ilustre Comitiva, motivos de justa satisfacción, para que al volver á vuestra Patria llevéis el íntimo convencimiento de que en los nicaraguenses todos, habéis encontrado amigos y hermanos de corazón.

Corinto 16 de julio de 1887.

MIGUEL G. GRANERA.

MARIANO BARRETO.

---

Excmo. señor Presidente.

Tengo la honra de dirigiros la palabra en nombre de la Junta de Fomento é Instrucción Pública de esta ciudad marítima, con motivo de vuestro feliz arribo al suelo nicaraguense.

Las ovaciones que habéis recibido en vuestro ingreso son muy humildes; pero tienen el gran mérito de ser muy sinceras, porque se trata del Magistrado de una República vecina y amiga, con quien el Gobierno y pueblo nicaraguenses desean estrechar los vínculos de confraternidad en provecho recíproco de los dos países.

La Junta de Fomento é Instrucción Pública por quien hablo, siente especial complacencia por vuestra permanencia en este país y os saluda con entusiasmo, deseando que cuando volváis á la República de Costa Rica, cuyos destinos os han sido confiados dignamente, llevéis el recuerdo de las simpatías, que justamente habéis merecido de los nicaraguenses.

Corinto, julio de 1887.

FRUTO PANIAGUA.

---

León, julio 16 de 1887.

Señor don Narciso Lacayo, Presidente de la Junta de Caridad del Hospital de San Juan de Dios.

*Presente.*

Sé señor, que el Hospital de San Juan de Dios de esta ciudad se mantiene por el cuidado que le dispensan algunas personas entre las cuales se cuenta U. en primer término, movidas por un espíritu de caridad y filantropía, digno de todo encomio.—Establecimiento tan importante y benéfico merece la protección general y llama desde luego la atención de quienes, como yo, por los deberes de su posición oficial, están al corriente de las necesidades y miserias de sus semejantes.

No puedo abandonar esta histórica y bella ciudad de León, metrópoli un tiempo de las provincias de Costa Rica y Nicaragua y educadora de muchas de las personas más notables de mi patria, sin ofrecer mi pobre óbolo á la noble Junta que con tanto acierto y abnegación tiene á su cargo la obra misericordiosa de curar en esta población á los enfermos y de dar hospedaje á los desvalidos.

Le remito mil soles con ese objeto, y le ruego los acepte como un recuerdo de mi breve pero grata estada en esta ciudad.

Soy de U. con respetuosa consideración, atento y seguro servidor.

BERNARDO SOTO.

---

León, julio 16 de 1887.

Excmo. señor General Doctor don Bernardo Soto,  
Presidente de la República de Costa Rica.

*Presente.*

EXCMO. SEÑOR:

He tenido la honra de recibir la muy respetable carta de V. E. fecha de hoy, manifestando el aprecio que le merecen los esfuerzos de la Junta de Caridad de esta ciudad en el sostenimiento del Hospital de San Juan de Dios, y enviando para esta obra mil soles como un recuerdo de su breve pero grata estada entre nosotros.

Inmediatamente convoqué á la Junta de Caridad, de que soy Presidente y le informé del valioso obsequio con que V. E. nos daba una prueba más de los altos y nobles sentimientos de filantropía que le animan; y ese Cuerpo unánimemente ha acordado: rendir á V. E. por mi medio las más expresivas gracias, por la caballerosa muestra de simpatía con que V. E. ha querido honrar á la ciudad que, como muy bien dice V. E. en su apreciable carta que contesto, fué un tiempo metrópoli de las provincias de Costa Rica y Nicaragua.

La Junta me encarga también manifestar á V. E., que jamás será olvidada en León la fina demostración que se ha dignado hacer aquí de su amor á la humanidad y de su aprecio por este vecindario que con tanto júbilo le ha recibido en su seno, como al digno gobernante del pueblo hermano de Costa Rica, que viene á honrarnos con su visita, haciendo de esta ma-

nera todavía más estrechos los vínculos que unen á ambos países, y avivando más, si cabe, las simpatías que siempre ha abrigado Nicaragua por aquella República.

Al trasmitir á V. E. esta sincera expresión de los sentimientos de la Junta, me cabe la honra de suscribirme, con muestras de la más alta consideración y respeto de V. E. atento servidor.

FERNANDO LACAYO.

---

León, 16 de julio de 1887.

Señora Superiora del Hospicio de  
Huérfanos de "La Reseccion."

SEÑORA:

Sírvase aceptar para el benéfico instituto que U. dirige la suma que le remito, de mil soles. Ella es seguramente muy inferior á la que, pudiendo satisfacer los impulsos de mi corazón, pondría á la disposición de U.; más á hacer este pequeño obsequio á establecimiento tan humanitario no me mueve un vano propósito de ostentación mundana, sino más bien el deseo de probar á U., siquiera sea pobremente, el profundo respeto que me inspira la abnegada caridad del noble regimiento á que U. pertenece, y la alta estimación que siento por U., cuyas virtudes y espíritu cristiano me son conocidos.

Tengo el honor de ser de U., señora, atento y seguro servidor,

BERNARDO SOTO.

---

León, julio 16 de 1887.

Excelentísimo señor:

Quedo confusa de su atenta carta y de la suma de mil soles que su generosa caridad se digna mandarme. Nunca olvidaré este beneficio y el nombre de su Excelencia quedará en bendición en esta casa.

Reiterando las expresiones de mi agradecimiento, quedo de U., Excelentísimo señor, su muy reconocida servidora.

SOR LUISA JOSEFA,  
Superiora de la casa de los huérfanos.

---

Managua, 25 de julio de 1887.

SEÑOR:

Próximo á salir de esta progresista capital, que tantas y tan significativas muestras de simpatía ha dado, en mi persona, al pueblo de Costa Rica, y deseoso de manifestar por ellas al pueblo de Managua mi reconocimiento vivísimo, he creído conveniente aprovechar este día en que celebra la fiesta de su santo patrono, á fin de donarle, para el establecimiento de caridad que U. dirige, la suma de cinco mil soles que le envío.

Ruego á U. los acepte como testimonio del aprecio que el pueblo de Costa Rica siente por la capital de su hermana Nicaragua, y como un pequeño recuerdo de mi visita oficial á esta República.

Soy de U. con distinguida consideración, muy atento servidor.

BERNARDO SOTO.

Señor don Vicente Solórzano, Presidente de la Junta de Caridad.

*Presente.*

---

JUNTA DE CARIDAD.

*Managua.*

SECRETARÍA.

Managua, julio 26 de 1887.

SEÑOR:

Con inexplicable entusiasmo ha recibido la Junta de Caridad vuestra generosa y filantrópica carta de fecha de ayer, haciendo el valioso donativo de cinco mil soles al Hospital que es á su cargo.

Una comisión de esta Junta se dará el honor de poner en manos de V. E. copia del acta en que se os dan las más significativas gracias, hoy á las 3 p. m., la que me tomo la confianza de anunciar á V. E.

De V. E. muy atento servidor.

RAFL. A. RIVAS.

Excmo. señor General don Bernardo Soto,  
Presidente de la República de Costa Rica.



Granada, agosto 1º de 1887.

Dr. don Francisco Alvarez Presidente de la  
Junta de Caridad del Hospital de Granada.

SEÑOR:

Tengo el gusto de enviar á Ud., junto con la presente, la suma de cinco mil soles que dono al Hospital de esta ciudad. Este pequeño obsequio no colma seguramente la medida de mis deseos; pero pobre como es, ruego á Ud. lo acepte como testimonio de mis simpatías por la ciudad de Granada y como un débil auxilio para el establecimiento de beneficencia que Ud. dirige con tanto acierto y con éxito tan satisfactorio.

Con toda consideración, señor, me es grato ofrecer á Ud. las seguridades de aprecio y respeto con que soy de Ud. atento servidor,

BERNARDO SOTO.

---

SEÑOR:

He tenido el honor de recibir la apreciable carta de V. E., de esta misma fecha, junto con la suma de cinco mil soles con que V. E., en testimonio de sus simpatías, ha querido favorecer al Hospital de esta ciudad.

A nombre de la Junta de Caridad, que tengo la honra de presidir, rindo á V. E. las más expresivas gracias por esta muestra de su munificencia en favor del Hospital de Granada.

Con toda consideración soy de V. E. muy atento seguro servidor,

F. ALVAREZ.

Excmo. señor General Presidente  
don Bernardo Soto.

*Presente.*

Granada, 1º de agosto de 1887.

---

Rivas, agosto 4 de 1887.

Señor don Donoso Maliaño, Presidente de  
la Junta de Caridad del Hospital de Rivas.

Yo no podría, señor, dejar esta bellísima ciudad de Rivas, donde tanta sangre costarricense se ha derramado, que tantas páginas llena de la historia de mi patria y en que cada cosa evoca un recuerdo de la guerra contra el filibusterismo, sin darle antes un testimonio de mis simpatías y de mi cariñoso respeto.

Juzgo que no podría llenar mejor mis deseos que depositando mi pequeño óbolo en la caja de un establecimiento de general utilidad, y por lo tanto, envío á Ud. la suma de dos mil pesos fuertes que le ruego acepte para el Hospital que maneja tan bien la Junta que Ud. preside.

Soy de Ud. con toda consideración muy atento servidor,

BERNARDO SOTO.

---

Rivas, agosto 4 de 1887.

EXCMO. SEÑOR:

He tenido el honor de recibir su atento despacho de esta fecha, junto con la suma de dos mil pesos fuertes que se ha dignado depositarme en beneficio del establecimiento de caridad de la Junta que presido.

Esta Junta, Excmo. señor, une este nuevo testimonio del Jefe de nuestra hermana República, á los motivos sagrados de gratitud que desde la campaña nacional la tienen obligada á Costa Rica; pues la sangre generosa y veneranda de sus hijos con que fué empapado este suelo, y los sagrados restos que aun se conservan de aquellos héroes, le recuerdan eternamente que la libertad de que se enorgullece Centro América, se le debe en gran parte á ella; y se complace esta Junta en manifestarlo á Vos por mi medio, rogandoos os sirváis recibir los votos más fervientes que hace por la felicidad de vuestra República y por vuestro bienestar personal.

Soy de S. E. atento servidor,

D. MALIAÑO

Excmo. señor Presidente de Costa Rica  
General don Bernardo Soto.

*Presente*

---

Depositado en Chinandega á las 9 p. m. del 31 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 10 y 20 a. m. del 1º de agosto de 1887.

Excelentísimo señor General don Bernardo Soto, Presidente de Costa Rica.

Damos á V. E. las más cumplidas gracias por su importante obsequio á la casa de Huérfanas.

Su nombre quedará inscrito como verdadero benefactor de las pobres huérfanas. Rogamos entregárselos á don Pedro J. Chamorro.

Sus atentas servidoras.

ELISA TIJERINO,  
Presidenta.

EMILIA NAVARRO,  
Secretaria.

---

Depositado en Chinandega á las 9 p. m. del 31 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 10 y 20 a. m. del 1º de agosto de 1887.

Señor General don Bernardo Soto.

Muy agradecido por su bondadosa atención y obsequio.—Ha hecho U. una verdadera y meritoria obra de caridad, que las huérfanas se la agradecerán eternamente. No podía esperarse otra cosa de tan cumplido y excelente caballero como U.—Felicidades.

Suyo afectísimo amigo,

P. NAVARRO.

---

Depositado en Tegucigalpa el 28 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 8 p. m. del 28 de julio de 1887.

Señores Presidentes Soto y Carazo.

Me congratulo con VV. EE. y con todos los centroamericanos por el feliz término de la vieja cuestión de límites que pendía entre Nicaragua y Costa Rica. Además de sentar VV. EE. honroso precedente para la solución de nuestras diferencias de familia, de hoy más quedarán afianzadas la amistad y la armonía de esas dos Repúblicas hermanas. Mucho tendrá que deber al patriotismo y cordura de VV. EE., la tranquilidad de estos países.  
Soy de VV. EE. atento servidor y amigo.

LUIS BOGRÁN.

Depositado en San Salvador el 30 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 6 p. m. del 30 de julio de 1887.

Señores Presidentes de Nicaragua y Costa Rica,  
Coronel don E. Carazo y Doctor don Bernardo Soto.

Con alta satisfacción he recibido la noticia que se sirven trasmitirme del arreglo de las enojosas cuestiones que en diversas épocas han estado á punto de alterar la paz y armonía de esas hermanas Repúblicas. No puede menos que complacer al pueblo salvadoreño y atraerse mis más entusiastas aplausos. Que esta civilizada y fraternal solución sea una prenda de tranquilidad y progreso para las Repúblicas de Centro América, es lo que desea su amigo afectísimo

FRANC<sup>o</sup> MENÉNDEZ.

---

Depositado en Guatemala el 31 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 6 p. m. del 31 de julio de 1887.

Excmos. señores don Bernardo Soto y  
don Evaristo Carazo, Presidentes de  
las Repúblicas de Costa Rica y Nicaragua.

Tuve el honor de recibir el atento telegrama en que VV. EE. se han servido comunicarme la feliz noticia de haber concluído por un tratado, todas las cuestiones pendientes entre las dos Repúblicas. Ha tocado á VV. EE. el honor de terminar controversias que ninguno de los Gobiernos precedentes desde el año de 1824 había logrado fenecerla. Paz asegurada hoy entre dos Repúblicas centroamericanas, es para Guatemala un acontecimiento venturoso. Felicito á los dos Gobiernos por haberlo obtenido, y me suscribo de VV. EE. leal amigo,

M. L. BARILLAS.

---

Depositado en San José, C. R., el 28 de julio de 1887.  
Recibido en Granada á las 7 y 30 p. m. del 28 de julio de 1887.

Señor Presidente General don Bernardo Soto.

Como centroamericano y costarricense de corazón, envío á Ud. mis expresivos plácemes por la satisfactoria solución que se ha dado á la cuestión de límites que tanto ha preocupado á Nicaragua y Costa Rica. Sucesos pacíficos como éste, en que resulta la fraternidad y el patriotismo, valen más que cien gloriosas victorias. Que ambos países inspirados en sus positivos intereses, mantengan siempre la más estrecha unión y armonía. Permítame suplicar á Ud. hacer extensiva esta felicitación al señor Presidente Carazo, y saludando á los apreciables amigos de la comitiva de Ud., reitérole mi estimación y respetos. Su amigo y servidor,

JOSÉ DURÁN.

Depositado en Granada á las 3 p. m. del 26 de julio de 1887.  
Recibido en Managua á las 3 p. m. del 26 de julio de 1887.

Señor General don Bernardo Soto, Presidente de Costa Rica.

Deseo que el sábado tenga efecto el banquete de que hablé á U. en ésa y que he dispuesto dar en honor de U. Espero que U. se dignará aceptarlo como un testimonio de mi particular afecto hacia U. y de respeto y simpatía al Gobierno y pueblo que representa, de quienes conservo recuerdos que jamás olvidaré. Su afectísimo amigo,

P. JOAQUÍN CHAMORRO.

## ILUSTRE HUÉSPED.

Anunciamos ayer el arribo á Corinto, por el vapor "San Blas," del señor Presidente de la República de Costa Rica, General don Bernardo Soto.

Acontecimiento es éste que ha llenado de júbilo á los nicaragüenses, que ven en este paso amistoso del Jefe Supremo de la vecina República un testimonio evidente de las simpatías de aquel país y su Gobierno hacia el pueblo y Gobierno de Nicaragua.

Así lo ha comprendido el pueblo nicaragüense, preparándose, en todas las poblaciones del tránsito, para hacer cordiales y respetuosas manifestaciones al ilustre huésped.

Una comitiva de ciudadanos de Granada, Masaya, Managua, León y Chinandega, acompañó la comisión del Gobierno; compuesta, como se sabe, de los señores Ministros Guzmán y Castrillo, Subsecretario de Gobernación, Licenciado don Pedro González y General don Isidro Urtecho, Inspector General del Ejército.

El entusiasmo de los vecinos del pueblo de Corinto, á la llegada del señor Soto y su comitiva fué grande, y varios ciudadanos le hicieron séquito hasta su llegada á León, en donde se le hizo un espléndido recibimiento, habiendo llegado á la estación á encontrarle cerca de 5,000 personas.

Aun no tenemos la crónica completa que nos han ofrecido nuestros corresponsales de la llegada á Occidente del señor General Soto, y de las manifestaciones de simpatía con que lo han acogido aquellos pueblos; sabemos sí que en León se hacían los preparativos necesarios para recibirle dignamente, y que se proponían tenerle de huésped en la ciudad, por lo menos hasta el día de hoy. ¡Honor al pueblo leonés que ha sabido interpretar el sentimiento de Nicaragua respecto del señor General Soto y del noble y virtuoso pueblo que representa.

"El Diario Nicaragüense" envía un cordial saludo al ilustre Jefe Supremo de la República de Costa Rica, y por su medio al digno, pacífico y laborioso pueblo que le ha confiado sus destinos.

Saluda también con toda cordialidad á todos los miembros de su ilustrada comitiva, deseando á todos una agradable residencia en esta República, y haciendo votos porque la simpática visita que Costa Rica hace á Nicaragua por medio de sus representantes más caracterizados, asegure la mutua prosperidad y el engrandecimiento de ambos pueblos.

De "El Diario Nicaragüense."

## Viaje del señor Presidente de Costa Rica á Nicaragua.

En medio de una inmensa concurrencia, como quizá no se haya visto aquí antes, hizo el domingo por la tarde su ingreso á Managua el señor Presidente de Costa Rica, General y Lic. don Bernardo Soto, junto con su comitiva.

El señor Soto es muy joven y su carácter digno y superior. Su modo de vestir es republicanamente sencillo. Comprende bien el alto é importantísimo papel que está representando en la política de Centro América. A primera vista se observa que al par de caballeroso, es el señor General Soto de carácter firme y acerrado, franco y sin pretensiones de ningún género.— Se da á querer sin rebajarse y se hace respetar sin emplear severidad ni dureza. Sus compatriotas que le acompañan se muestran muy respetuosos de tener un Jefe tan distinguido. Se le trata no sólo como el hombre que los gobierna, sino también como al condiscipulo y amigo de la infancia.

El señor Soto, lo mismo que sus compeñeros de viaje, viene animado de los mejores sentimientos en favor de Nicaragua, y desea arduosamente concluir en Managua la añeja y enojosa cuestión de límites.

Es llegado el momento de referir la inmensa é imponderable ovación que el gran pueblo leonés tenía lista para recibir al señor Presidente de Costa Rica y su acompañamiento. Todas las clases sociales se dieron cita en la estación para aclamar entusiastas el nombre de Costa Rica y su digno Representante. Las autoridades políticas, militares, locales y judiciales, el Colegio de Abogados, la Sociedad de Artesanos, estuvieron allí rodeando á los huéspedes y así los condujeron al local destinado para su alojamiento. Los señores Profesores y alumnos del Instituto Nacional no se quedaron atrás en sus demostraciones de simpatía, y organizados bajo la disciplina militar que los rige marcharon formando valla desde la estación del ferrocarril hasta el Hotel del León de Oro. ¡Qué cuadro tan interesante presentaba ese grupo de jovencitos con su arma al brazo y su espada á la cintura!

Por la noche la banda marcial y la leonesa, lo mismo que la Filarmónica, obsequiaron al señor General Soto con escogidas piezas de su repertorio, ejecutando con maestría singular, entre otras muchas, el Himno Nacional costarricense.

El aspecto que presentaba Managua, desde que amaneció el domingo, era magnífico. Todas las calles estaban convenientemente ascadas y todas las casas con banderolas.

A uno y otro lado del muelle se había puesto pacaya, y en el trayecto del ferrocarril, tallos de plátanos desde ese lugar hasta la estación de pasajeros. De aquí hasta el Palacio Nacional aparecía adornada la calle también con pacaya, palmas enlazadas, cuadros alegóricos y con las banderas de Nicaragua y Costa Rica estrechamente unidas.

Se notaba gran movimiento, animación y alegría, especiales de aquella fiesta, en toda la ciudad. Diríase que nadie quería aparecer indifetente en la solemne recepción de tan ilustres huéspedes, y por esta razón hasta de las clases inferiores del pueblo se presentaban jóvenes lujosamente vestidos con levita y *chapeau à la derniere*.

Leíanse significativas inscripciones, como en la casa de don Ezequiel Sándigo, frente al muelle, que decían en grandes y hermosos caracteres: "*Viva la unión de Centro América!*"

A las tres de la tarde la gente comenzaba á afluir á los alrededores del muelle. A poco llegó el vapor "*Isabel*" conduciendo únicamente á los in-

dividuos de la banda marcial, que debía hacer los honores correspondientes.

A las cuatro y media se aproximaba "El Progreso" en que venía el señor General Presidente Soto y su digna comitiva, lo mismo que los señores Ministros y demás caballeros que habían ido á encontrarlos á Corinto.— En el momento comenzaron á oirse los disparos de cañón anunciados, y un formidable silbido de la locomotora saludó la llegada del primer Magistrado de la República costarricense. El pito de "El Progreso" correspondió á ese saludo.

Inmediatamente tomaron el tren en la estación de pasajeros, con dirección al muelle, el señor Presidente Carazo, el señor Doctor Cárdenas, el Ministro Padilla, la Municipalidad, el Prefecto y muchos otros caballeros.

Del muelle se había retirado toda la gente, y esos señores fueron los únicos que penetraron hasta el lugar adonde acababa de atracar el referido vapor.

Algunos minutos después los representantes del pueblo de Costa Rica y de Nicaragua venían de regreso á tomar el tren.

Los señores Carazo y Soto venían del brazo y, como es natural, cambiándose expresiones de cordialidad y simpatía.

Se fueron por el tren acompañados por los acordes de la banda marcial, que ocupaba uno de los carros del mismo.

La inmensa concurrencia, apresurando el paso, marchó por la calle de las Camelias hasta por el cuartel principal, donde se incorporó al acompañamiento de los ilustres huéspedes.

Los niños de todas las escuelas públicas, dirigidos por sus respectivos preceptores, salvo una excepción, encabezaban la marcha perfectamente arreglados, vestidos con decencia y llevando en las manos banderolas dibujadas con los colores del pabellón costarricense.

La plaza principal y todos los alrededores del Palacio estaban atestados de gente.

Parecía que todos los habitantes de la capital habían abandonado sus hogares para juntarse allí, y verdaderamente difícil era cruzar por aquellos lugares en esos momentos.

Al entrar los señores Presidentes al Palacio Nacional el señor General Soto se detuvo, y dirigiéndose á aquella extraordinaria é imponente concurrencia, pronunció un entusiasta ¡VIVA NICARAGUA!

De "*El Diario Nicaraguense*."

---

## Nicaragua y Costa Rica.

El fraternal abrazo que estas dos Repúblicas se dan en la actualidad, mediante la visita que el Jefe Supremo de la República de Costa Rica hace á Nicaragua y á su Gobierno, es de mucha significación. Demuestra las disposiciones de uno y otro pueblo á dirimir amistosamente las antiguas diferencias, y proveer de una manera seria á su mutuo engrandecimiento.

No es la primera vez que el Jefe Supremo de Costa Rica honra á Nicaragua con su visita. Estuvo en otro tiempo el señor General don Juan Rafael Mora, y posteriormente el señor General don Tomás Guardia; pero las circunstancias de la primera visita eran aciagas, por cuanto se trataba de precaver á ambos países de nuevas invasiones filibusteras que los amenazaban; y la segunda se verificó á consecuencia de incidentes internacionales.

bastante penosos y desagradables. Además, esas visitas se verificaron cerca de nuestra frontera meridional en donde el pueblo nicaragüense pudo apenas aproximarse al de Costa Rica por medio de sus Representantes legales y en una parte poco considerable.

La visita de que hoy es objeto este pueblo presenta un aspecto más risueño y simpático: no pesan sobre ninguno de los dos pueblos amenazas de ningún género, y sus cuestiones pendientes han tomado un giro conciliador y civilizado, habiéndose estipulado solemnemente el someterlas al arbitraje del Presidente de los EE. UU. Por otra parte, la visita no presenta ese carácter de entrevistas clandestinas, cuyo objeto queda para la generalidad cubierto con el velo del misterio. No; el Jefe Supremo de la República de Costa Rica se dirige francamente á la capital de Nicaragua, atravesando el corazón del país; y el pueblo nicaragüense se apresura á recibirlo, desde el puerto, haciéndole una constante ovación hasta la capital.

¿De qué tratarán ambos Gobiernos? Aun no se sabe; pero el asunto debe ser de gran interés general, y sobre todo, público; porque el Gobierno de Nicaragua, antes de iniciar sus conferencias con el de la vecina República, ha hecho una extensa invitación á los principales ciudadanos de varios pueblos, que han correspondido al llamamiento y que en los momentos en que escribimos se hallan reunidos en la capital.

Según informe de nuestro corresponsal, las conferencias se iniciarán hoy, en el despacho del señor Ministro de Relaciones Exteriores. Esperamos que el resultado de ellas sea la unión más íntima de las dos Repúblicas y la más perfecta garantía de los vitales intereses de ambos pueblos.

De "El Diario Nicaragüense."

---

## CRONICA

### del gran baile en la capital, en honor del señor Presidente de Costa Rica, General don Bernardo Soto.

---

A las ocho de la noche en punto, los numerosos invitados á esa fiesta comenzaron á invadir los espaciosos salones del Palacio Nacional, lujosamente preparados para aquella ocasión. Las galerías estaban adornadas con exquisito gusto, y á lo largo de todas ellas se hallaban dispuestas mesitas redondas para el *ambigué*.

Como á las ocho y media la concurrencia había llegado casi á su plenitud. Los salones estaban enteramente coronados con bellezas de lo más elegante y simpático de la sociedad managüense, de la de Granada y Masaya; y los caballeros, en crecido número, ocupaban unos el centro de los salones, contemplando aquel bellissimo y simpático cuadro, y otros se paseaban por las galerías ó conversaban alegremente, colocados en cómodos sillones.

La música era magnífica. Cuando tocó la primera pieza de baile, la juventud masculina corrió entusiasmada hacia el sexo gentil y elegante, para lanzarse en el vertiginoso movimiento del vals. El señor Presidente Soto, caballero cumplido, fué de los primeros en tomar parte en aquel culto y a-



gradable pasatiempo: los caballeros de la importante comitiva presidencial siguieron el ejemplo de su digno Jefe y como por encanto aquellos salones se pusieron en un movimiento general, formando un verdadero torbellino al compás de las alegres armonías de la música.

Una cosa muy notable en fiestas de la naturaleza de la que se dió en el Palacio Nacional la noche del 24 del corriente: elegante, ordenada y respetable por la calidad de los concurrentes y por el objeto á que estaba destinada, ella, sin embargo, comenzó llena de animación, y esa animación fué creciendo de momento en momento, sin que disminuyera en un ápice el orden y la más exquisita compostura. Todo el mundo se sentía lleno de confianza, como si asistiese á una fiesta de familia: reinó en ella la más completa cordialidad, y los caballeros atendían á las señoras y señoritas con la civilidad más esmerada. Los señores Presidentes de Nicaragua y Costa Rica estuvieron obsequiosos y expansivos, correspondiendo con su afabilidad característica á las manifestaciones de respeto y simpatía que se les hacían.— La señora del Presidente, doña Engracia Hurtado de Carazo y su apreciable hija, señorita Lola Carazo, hicieron los honores en aquella simpática fiesta con civilidad irreprochable.

Como á la una de la noche comenzó á servirse el *ambigué*, que continuó hasta las cinco de la mañana, llenándose sucesivamente las mesas, á medida que las iban desocupando los concurrentes.

Hacia las dos de la mañana se sirvió una sena especial para los señores Presidentes, á la que fueron invitados los señores don Pedro Joaquín Chamorro, Licenciado don Benjamín Guerra, el Cónsul de Costa Rica don Faustino Víquez, el Cónsul del Salvador don Roberto Lacayo, y don Anselmo H. Rivas. Hacía los honores la señora del Presidente, y el rato se pasó de la manera más agradable.

En uno de los momentos de mayor entusiasmo, durante el baile, se formó grupo en torno del señor Presidente Soto, y el señor General don Isidro Urtecho propuso que se tomara allí una copa en honor del ilustre huésped. Gran parte de la concurrencia de ambos sexos se acercó á ese grupo: se hizo círculo en el que entraron el señor Presidente de la República, el señor Ministro de Gobernación, Licenciado don Salvador Castrillo, Licenciado don Benjamín Guerra, don Ezequiel Gutiérrez, don Manuel Aragón y varios individuos de la comitiva costarricense. A la derecha del señor Soto estaba don Pedro Joaquín Chamorro, á la izquierda el señor Licenciado don Cleto González Víquez, Secretario de Relaciones del Gobierno de Costa Rica.— Cuando el champagne espumaba en las copas, el señor Licenciado Castrillo tomó la palabra en nombre del Gobierno de Nicaragua: hizo el ofrecimiento de aquella fiesta, como un ligero testimonio del aprecio y simpatía que al pueblo y Gobierno de Nicaragua inspiran el pueblo de Costa Rica y el digno ciudadano que preside sus destinos. Hizo la debida justicia á aquel virtuoso y heróico pueblo, mencionando la grande altura á que, en circunstancias difíciles, se había levantado en defensa de la libertad é independencia de Centro América, y recordó con mucha oportunidad la noble y decidida actitud que el digno Presidente de Costa Rica había asumido en el conflicto centroamericano de 1885.

El señor General don Isidro Urtecho tomó la palabra y pronunció un discurso corto, pero notable por su forma, por su oportunidad, por la sencillez y galanura de la frase, y por la espontaneidad y sinceridad del sentimiento. Ese discurso impresionó desde la primera palabra á nuestro ilustre huésped y á toda la concurrencia. Siendo el señor Soto el objeto de aquella manifestación, ¿á quién debieran consagrarse los brindis sino al distinguido ciudadano con cuya presencia se honra el país? Sin embargo, el señor Urtecho, con admirable maestría le dice: "Permitidme, señor, que en este mo-

mento os postergue, (sensación en la concurrencia, actitud expectante del Presidente de Costa Rica): sí, porque quiero consagrar mi primer brindis... . . . á la República de Costa Rica, vuestra patria. (aplauzo entusiasta de la concurrencia: el señor Presidente Soto acoge con agradable sonrisa aquel concepto que tanto halaga su sentimiento patriótico).”

En los momentos en que escribimos estas líneas, recibimos copia textual del discurso que nos ocupa, y que ofrecemos á nuestros lectores para que lo juzguen por sí mismos. He aquí esos notables conceptos:

*“Señor Presidente de Costa Rica:*

Mi primer brindis debiera ser para Vos exclusivamente, para Vos nuestro ilustre huésped, para Vos que tantas simpatías habéis sabido inspirar al pueblo nicaraguense.

Pero permitidme que os posponga un momento, porque antes quiero brindar por Costa Rica vuestra patria; por ese noble pueblo tan sencillo, tan modesto, tan laborioso en la paz; pero que en las grandes ocasiones de la patria, se yergue altivo y de simple agricultor se transforma en guerrero y se hace heroico como soldado; y después. . . . . después, vuelve sencillamente á sus faenas agrícolas, sin pretender nada, contento con la satisfacción del deber cumplido.

Yo amo ese pueblo que es para nosotros una lección constante; yo admiro sus grandes virtudes. Brindo por él y por Vós su representante; brindo por los honorables caballeros que os acompañan.”

En seguida tomó la palabra el señor don Pedro Ortiz, Secretario privado del señor Presidente de la República: pronunció un extenso discurso, con énfasis y animación, abundante en tropos, en merecidos elogios al pueblo y Gobierno de Costa Rica, y en aspiraciones ideales respecto del porvenir de los dos pueblos vecinos y de todos los Estados de Centro América.

El señor don Fabio Carnevalini pronunció cuatro palabras enérgicas, pero abundantes en sentimientos patrióticos, que arrancaron vivos aplausos de la concurrencia: expresó la idea de que Nicaragua y Costa Rica están ligados á un común destino; y que su indisoluble fraternidad quedó sellada con la sangre que los hijos de ambos pueblos derramaron en los campos de Rivas, Jocote y San Jorge en circunstancias solemnes.

El señor General Soto correspondió á esos discursos con uno muy expresivo, en el que manifestó el entusiasmo con que había aceptado la invitación del señor Presidente de Nicaragua para pasar á esta República á arreglar definitivamente la cuestión de límites entre Nicaragua y Costa Rica: manifestó su profunda gratitud por las muestras de simpatía que había recibido del pueblo y Gobierno de Nicaragua desde que puso los pies en estas playas hospitalarias, y dijo: que estos dos pueblos hermanos están ligados por vínculos, intereses y sentimientos muy caros que no pueden romperse ni comprometerse por una cuestión de límites territoriales. “La conducta tradicional de Costa Rica, agregó, ha sido de fraternidad para Nicaragua: en todo conflicto serio se ha levantado hombro con hombro con este pueblo, en defensa de las libertades y de la independencia: esa ha sido su conducta pasada, esa será la de siempre.” (Aplausos entusiastas).

Después, lanzando una mirada en torno suyo, é inspirándose en el destello simpático que despedían los hermosos ojos de las señoritas que lo rodeaban, propuso un brindis en honor de las bellas y elegantes hijas de los lagos, en el que realzó las altas virtudes que las distinguen. Tan galantes conceptos fueron acogidos con frenético entusiasmo por aquella sociedad.

Invitado el señor Licenciado Guerra para brindar, expresó en cortas y sentidas frases el placer que experimentaba, en unión de todos los nicara-

guenses, por la visita que el señor Presidente Soto hacía á Nicaragua, y manifestó el vehemente deseo de que ella fuese fecunda en bienes para ambas Repúblicas.

El señor don Anselmo H. Rivas brindó en honor del señor Presidente Soto, manifestando la viva satisfacción que experimentaba porque el pueblo de Nicaragua, comprendiendo en todo su valor la significación del paso amistoso que daba el Jefe Supremo de Costa Rica, se había apresurado á hacer á tan digno huésped manifestaciones explícitas de sus simpatías hacia él y hacia el virtuoso pueblo que gobierna. Terminó proponiendo un brindis en honor del ilustre Presidente de Nicaragua, que al recibir al señor Soto de la manera en que lo hacía, interpretaba fielmente los sentimientos del pueblo nicaragüense. El señor Rivas lanzó un "¡Viva Costa Rica!" que fué contestado por todos con entusiasmo, y el señor Soto correspondió con un entusiasta "¡Viva Nicaragua!", que resonó en los salones de la misma manera.

En seguida la música llamó con sus acordes al baile, y la juventud de ambos sexos se precipitó en la arrastradora vorágine del Vals, la Mazurka y la Polka. La Galopa, los Lanceros, las Cuadrillas estuvieron animadísimos: el bello sexo ostentaba sus gracias, su donaire, haciendo que pasasen las horas rápidas como son todas las de placer y de dicha.

Raro apuro sería para el cronista, si pretendiera puntualizar quiénes fueron las figuras más culminantes en esa espléndida reunión de nuestro bello sexo, que se ostentó en la noche del 24 como un espléndido jardín de las flores más escogidas, y muy perplejo se hallaría si se le interpelase seriamente para que dijese quién fué la leona en aquel certamen de la hermosura.— No hallaría que responder: aquello era un hermosísimo *bouquet*, en el que cada flor ostentaba toda su gala y todo su perfume. Allí lucían, como la rosa en el pensil, las Lolás, las Matildes y Esmeraldas; las Rosas, Rosa-Marías, las Gollitas, las Mercedes, las Juanitas, Josefinas, las Adelas, las Emilias y las Celias; Angelinas, Amelias y Enriquetas; Esteres, Anitas y.....Sería interminable la relación de los nombres de tantas bellas y simpáticas señoritas, entre las cuales figuraban notables muestras del sexo gentil y culto de la Gran República norteamericana.

Después de un baile animadísimo, se volvió á formar grupo en torno del señor Presidente Soto á quien se ofreció una nueva copa. El Director del *Diario* dirigía al señor Soto en lo privado algunas palabras de simpatía, cuando pasó por ahí el señor General Urtecho: entonces el señor Rivas suplicó al señor Urtecho dijese al señor Soto algunas de aquellas sentidas y oportunas frases con que sabía cautivar á su auditorio. El señor Urtecho correspondió galantemente á la invitación, y pronunció las siguientes oportunas palabras:

#### Señor Presidente de Costa Rica.

Hace poco brindabais por la parte más bella de nuestro corazón, por las hijas de los hermosos Lagos de Nicaragua. Pues bien, señor: las Ondinas de estos Lagos hablan en secreto á mi oído y me dictan los conceptos que voy á expresar. Ellas quieren grabar en vuestra mente y en vuestro corazón, y en la mente y en el corazón de vuestra ilustre comitiva, el recuerdo de Nicaragua; ellas quieren que al regresar vosotros á Costa Rica llevéis indeleble el afecto de los nicaragüenses; ellas quieren que el abrazo que se dan Nicaragua y Costa Rica sea el sello de una eterna amistad; ellas quieren que digáis á las hermosas costarricenses, más bellas que las hijas de los Lagos, que aman á los costarricenses como á nicaragüenses, y que desean ser co-

rrespondidas, amando ellas á los nicaragüenses como á costarricenses y...  
.....nada más me dicen. Pero yo añado, caballeros de Nicaragua, que  
brindemos nosotros por las bellas costarricenses.—

Las palabras del General Urtecho fueron acogidas con verdadero entusiasmo.

Continuó el baile con animación creciente; y el Director del *Diario* fué solemnemente presentado á una graciosa y simpática joven que es una de las más fragantes rosas de la ciudad de las flores, y que le fué designada con la denominación de la *Bella Desconocida*. El Director del *Diario*, hombre maduro y de experiencia, y que sabe que la Perla luce más al aire, ó mientras menos elegante es el engaste en que esté colocada, no tuvo inconveniente en ofrecer el brazo á *La Bella Desconocida* y dar con ella una vuelta en los salones. Consagramos con gusto este recuerdo especial á la simpática belleza desconocida. Su nombre no lo pronunciaremos. Es terminante nuestro compromiso de no consignarlo. Adivínelo el que pueda, ya que lo hemos enunciado de pasada.

Las horas pasaron con celeridad vertiginosa, los albores del nuevo día encontraron aún reunida en los salones de Palacio á gran parte de la concurrencia, que quedó toda plenamente satisfecha.

En aquella noche había llovido, y gran parte de las familias fueron conducidas en carruaje á su domicilio.

La fiesta en honor del señor Soto dejará recuerdo indeleble entre nosotros.

De (*El Diario Oficial*.)

---

## FIESTA

del Instituto Nacional de Oriente y en honor del señor Presidente  
de Costa Rica General don Bernardo Soto.

---

Suspendemos la publicación de nuestro tercer artículo sobre Costa Rica y su Gobierno, para dar lugar preferente en las columnas del presente número á la crónica de las simpáticas y significativas manifestaciones hechas por el Instituto de Oriente en obsequio del señor Presidente de Costa Rica, General don Bernardo Soto, nuestro ilustre huésped.

La fiesta del Instituto Nacional de Oriente fué espléndida, y causó viva y agradable sorpresa á toda la numerosa concurrencia.

Nos sería muy difícil describir en todos sus detalles aquella fiesta tan sencilla como variada y expresiva, que llevaba á los concurrentes todos, á cada momento, de sorpresa en sorpresa, y de emoción en emoción.

A las cuatro y media de la tarde, una respetable comisión del claustro de Profesores, encabezada por el digno Director del Instituto, don José María Izaguirre, pasó á la residencia del señor Soto, para conducirlo al local donde se le iba á festejar. A esta Comisión había precedido otra del Gobierno encabezada por el señor General don Isidro Urtecho. En el acto se dirigió el señor Soto con toda la comitiva á la residencia del señor Presidente de la República, y juntos emprendieron la marcha para el Instituto, en donde aguardaba ya gran parte de la concurrencia.

Los alumnos de la clase de milicia estaban formados en ala á lo largo

de la galería occidental, y presentaban las armas, mientras la banda marcial tocaba el himno de honor.

El edificio estaba artísticamente adornado con palmas, coronas, pabellones y escudos de Nicaragua y Costa Rica.

Los alumnos militares pasaron, al compás de un alegre paso doble, al patio oriental del establecimiento, á donde siguió la concurrencia, lucidísima y numerosa como pocas, estando representado allí lo más granado, elegante y simpático de nuestro bello sexo.

Los señores Presidentes y sus respectivas comitivas, ocuparon sus puestos que les estaban destinados. Inmediatamente los alumnos, bajo la hábil dirección del profesor, Sargento Mayor don Angel Prieto, comenzaron una serie de ejercicios militares que hicieron honor al Instituto y á la inteligencia, actividad y eficacia del profesor.

Terminados los ejercicios, el señor Prieto se paró frente á los señores Presidentes en apostura marcial, y después de haber hecho con la espada el saludo de ordenanza, pronunció con voz clara y sonora un discurso de bienvenida, que arrancó sinceros aplausos á la concurrencia. Cuando los alumnos se retiraron recibieron también entusiastas aplausos. La concurrencia, acto continuo, se dirigió al patio principal y fué colocada en el ala oriental del edificio, parte en las galerías, y parte afuera.

Antes de que terminara el día, los señores Presidentes, seguidos de la comitiva y de varios caballeros, visitaron los salones del establecimiento, los gabinetes de Física é Historia Natural, el Laboratorio de Química y la Biblioteca. En seguida pasaron á tomar asiento en la parte oriental del patio.

Cuando comenzaba á oscurecer, al compás de la música marcial, apareció marchando una columna de niños con farolas encendidas y se colocaron en ala, en la parte occidental del patio, dejando en tierra sus farolas. En seguida, apareció otra columna, que se colocó detrás de la primera quedando las farolas un poco más elevadas: después otras y otras, hasta formar una verdadera gradería iluminada, que presentaba los colores de Costa Rica. Partiendo de los extremos de la gradería y siguiendo los lados sur y norte del patio, estaban colocados alumnos con farolas elevadas, que presentaban de frente el escudo de Costa Rica. Pasados algunos minutos de la exhibición de ese hermoso cuadro, comenzaron á moverse las farolas al compás de la música, y cambiando repentinamente de frente, en rápida evolución, apareció ante el público en vivos y hermosos colores, la siguiente inscripción:

LA JUVENTUD ESCOLAR NICARAGÜENSE SALUDA CON CARIÑO FRATERNAL  
A LA NOBLE COSTA RICA.—28 DE JULIO DE 1887.

Las farolas de los lados presentaban el nombre de BERNARDO SOTO.

La impresión que produjo este cuadro fué de la más grata sorpresa para costarricenses y nicaragüenses, que aplaudieron con frenético entusiasmo, haciendo merecidos elogios de la habilidad y delicadeza del señor Director del Instituto y de sus dignos colaboradores. El señor Prieto, que tomó gran parte en aquel detalle de la fiesta, recibió expresiones congratulatorias de los señores Presidentes y de varios caballeros, y él con una delicadeza que lo honra, declinó todo el honor en la actividad y buena voluntad de los alumnos que se consagran con empeño y verdadero amor propio al trabajo por quedar bien con los ilustres visitantes del Instituto.

Después de haberse tomado una copa en honor de los señores Presidentes, la concurrencia pasó al salón de actos públicos, que quedó literalmente lleno. El señor Izaguirre subió á la plataforma, y en un sentido discurso ofreció aquella manifestación al señor Presidente de Costa Rica, General don

Bernardo Soto, como un ligero testimonio del entusiasmo que ha despertado en la juventud nicaragüense su presencia en este suelo. Las palabras del señor Izaguirre fueron acogidas con marcadas muestras de aprobación. En seguida pronunciaron discursos que rebozaban en sentimientos de afectos hacia Costa Rica y su digno Presidente, los jóvenes José María Moncada, Julio Selva, Pío Bolaños, Rafael Urtecho y Juan F. Lugo. Los jóvenes oradores dieron una excelente muestra de sus adelantos en la recitación.

El joven Bolaños recitó la descripción de Costa Rica con claridad y sentimiento.

Después de esto recitaron composiciones poéticas, con gracia y donaire, los jovencitos César, Luis y Joaquín Pasos, Ernesto Martínez, Manuel, Alfredo y Joaquín Zavala. Alfredo, desempeñó muy bien su papel, bajando de la plataforma, al terminar su recitación, para dar el beso al Presidente de Costa Rica, quien lo abrazó y besó con efusión; Joaquín Zavala fué muy aplaudido, y se le obligó á repetir, por los conceptos de su composición y por la notable propiedad del accionado.

El joven Napoleón Escobar recitó una poesía dedicada al señor don Bernardo Soto.

En seguida los jóvenes Leonardo Lacayo, Antenor Lacayo, Pedro Joaquín Bermúdez, Constantino Lacayo, Pedro Tapia, Gustavo Abaunza, Bernardo Asenjo y Joaquín Zavala, representaron la comedia original de don Enrique Segovia Rocaberti, titulada "La comedia de Alarcón". Hizo de protagonista Leonardo Lacayo, con notable propiedad.

Terminó el acto de recitación con un discurso del señor Soto, dando las gracias por aquella manifestación, y dirigiendo á la juventud nicaragüense palabras de aliento para que reemplacen con ventaja, si cabe, á los dignos conductores de la nación nicaragüense.

Correspondiendo á los sentimientos de fraternidad hacia Costa Rica, que por todas partes se le han manifestado, dijo: que considera como uno de los días más felices de su vida el 26 de julio en que selló con su firma la armonía de estos dos países, dirimiendo para siempre sus antiguas diferencias.

El señor Soto fué aplaudido con entusiasmo.

Terminó el acto con vistas estereoscópicas, y enseguida toda la concurrencia de varones, los alumnos del Colegio, llevando en alto sus farolas, y formando de trecho en trecho cuadros que exhibían las inscripciones, y la música marcial, acompañaron á los señores Presidentes hasta sus residencias.

El recuerdo de la fiesta del Instituto, durará por mucho tiempo entre nosotros, y esperamos que igual cosa sucederá con el señor Presidente Soto y su digna comitiva.

Reciban el señor Izaguirre y sus dignos colaboradores nuestras sinceras congratulaciones, porque con sus inteligentes esfuerzos han contribuido eficazmente á realizar las ovaciones que el pueblo y Gobierno de Nicaragua hacen á Costa Rica y á su digno Jefe.

## Descripción de Costa Rica.

Costa Rica es un bello país situado en la América Central, entre Nicaragua y Colombia. Tiene aproximadamente veintinueve mil millas cuadradas de superficie y cerca de trescientos mil habitantes.

Debe su nombre á la riqueza de su suelo, pues sus productos en los tres reinos son notables y abundantes. Opulentas minas de oro, una infinita variedad de animales y plantas de toda especie; el nácar y las perlas se cogen en sus golfos; la feracidad de su tierra, la abundancia de sus aguas, la dulzu-

ra de su clima, son otros tantos elementos de prosperidad y de atracción para los extranjeros.

Sus costumbres son puras, y goza fama de ser uno de los países más laboriosos, hospitalarios y morigerados de la tierra. Tiene una belleza incomparable de perspectivas, altas montañas, entre las que sobresale el Irazú, valles pintorescos, costas y puertos en los dos grandes océanos.

La instrucción pública está muy adelantada y el Gobierno le presta una protección decidida; hay un Instituto Nacional Central, que ha estado siempre dirigido por personas muy competentes; hay otros establecimientos de educación superior y numerosas escuelas elementales, en donde el pueblo nutre su espíritu con el pan de la Instrucción.

El Gobierno de Costa Rica es republicano democrático, y hoy tiene á su frente al digno General don Bernardo Soto, que ayudado de un personal ilustrado y progresista dirige la nave del Estado con mano diestra al puerto de la grandeza y de la felicidad.

Costa Rica está unida á Nicaragua por la Naturaleza, por un interés común y por las leyes de la fraternidad y de la Historia. No es posible que lo que tantas fuerzas han ligado, lo destruya la mano del hombre; es de creer, y así lo deseamos, que unidos ambos pueblos y bajo el amparo de sus libres instituciones, lleguen á un progreso que envidie la Europa; y haga creer á sus habitantes que viven en un verdadero paraíso.

PÍO BOLANOS.

AL SEÑOR PRESIDENTE DE COSTA RICA.

Para coronar la ciencia  
Muchos laureles se tejen,  
Y aquellos que la protejen  
Llenan de luz su existencia.  
Tú quieres la inteligencia

Ver volar como el condor;  
En tan gloriosa labor  
El bien tu mano derrama,  
Y América te proclama  
De la Instrucción protector.

*Ernesto Martínez.*

AL SR. PRESIDENTE DE COSTA RICA, GENERAL DON BERNARDO SOTO.

Has venido á nuestra tierra  
Cual rayo de luz bendita,  
Y glorias mil tu visita  
Para nosotros encierra.  
De sí esta niñez destierra  
Los sentimientos arteros,  
Y regocijada al veros,  
Con alma de amor henchida,  
Da su cordial bienvenida  
A tí y á tus compañeros.  
Como dos gotas de agua  
Deben, al bien conocerse,  
Confundirse y una hacerse  
Costa Rica y Nicaragua.  
A sí la dicha se fragua

De cada una nación.  
Y á obrar las lleva la unión,  
De común consentimiento,  
Con un solo pensamiento  
Con un solo corazón.  
Ojalá tu permanencia  
En esta patria que es tuya,  
De algún modo contribuya  
A hacer grata tu existencia.  
Hemos de llorar tu ausencia.  
Y aunque el tiempo con su ala  
Todo lo borra y lo tala,  
No olvides que si soy niño,  
Te tiene mucho cariño  
Tu amigo

*Joaquín Zavala.*

Con regocijo profundo  
Sé que bajo las estrellas  
Hay cosas nobles y bellas,  
Extendidas por el mundo.  
Ser bueno es un bien fecundo,

Da ventura y da salud,  
Y en la tierna juventud  
En que yo me encuentro ahora,  
Mi pecho entusiasta adora.  
Al ángel de la virtud.

*Manuel Zavala*

---

Aunque soy niño inocente.  
En la escuela he aprendido  
Que es á la patria debido  
Amar fervorosamente.  
Yo soy libre, independiente;

Amo con sinceridad  
El dogma de la igualdad,  
Y en celebración tan pública  
Doy un viva á la República,  
Y un viva á la libertad.

*Joaquín Pasos.*

---

Amamos la educación  
Los hijos de este Instituto,  
Pues ella ha de darnos fruto  
De gloria y de bendición.  
Le da su alta protección

Nuestro ilustrado Gobierno,  
Y con su axilio paterno  
Tenemos seguridad  
De adquirir felicidad,  
Y quizás renombre eterno.

*Luis Pasos.*

---

El pueblo nicaragüense  
En sentir y en amar ducho,  
Quiere mucho, quiere mucho  
Al pueblo costarricense.  
Y es natural que así piense:

Ambos son Américanos,  
Vecinos, republicanos,  
Y para su mutua gloria  
Deben ser en nuestra historia  
Siempre hermanos, siempre hermanos.

*César Pasos.*

---

AL SEÑOR PRESIDENTE DE COSTA RICA.

Cada cual da lo que tiene,  
Y, siendo tú caballero,  
Que no desaires espero  
Lo que mi alma te previene.  
Tu grata visita viene

A colmar nuestro embeleso,  
Y como yo te profeso  
Tanto afecto, no te asombre  
Si de Nicaragua en nombre  
Vengo á darte un dulce beso.

*Alfredo Zavala.*

---



## ULTIMAS

### MANIFESTACIONES EN GRANADA AL SEÑOR PRESIDENTE GENERAL DON BERNARDO SOTO.

El sábado 30 de julio último tuvo efecto el gran banquete que, en obsequio del señor Presidente Soto, dió en su casa de habitación el señor General don Pedro Joaquín Chamorro. Esta fiesta fué una de las más notables, espléndidas y simpáticas que se hicieron en honor de nuestro ilustre huésped.

Pocos minutos antes de las seis, salían de casa de los señores Chamorro comisiones de familiares á conducir al local del banquete al ilustre personaje á quien se trataba de obsequiar, junto con su distinguida comitiva, y al señor Presidente de la República y su Gabinete. Con exactitud inglesa, á las seis de la tarde en punto estaba reunido en los salones de los señores Chamorro el crecido número de invitados á aquella manifestación. La concurrencia fué de lo más distinguido. Los salones, las galerías, el jardín, todo estaba graciosamente adornado é iluminado. La galería norte de la espaciosa casa se habia convertido en un hermoso comedor adornado con los colores de las banderas de ambas Repúblicas.

A uno y otro lado, en las paredes, habia cuadros, coronas y flores, artísticamente colocadas, y daban al comedor un aspecto agradable.

La iluminación del local era perfecta.

Ocupaba el centro de la mesa el señor Chamorro, teniendo á su derecha al señor Presidente de la República, y á su izquierda al señor Ministro de Relaciones de Costa Rica, Licenciado don Cleto González Víquez. Al frente del señor Chamorro estaba el señor Presidente Soto, teniendo á su derecha á la señora doña Dolores Bolaños de Chamorro, y á su izquierda á doña Carlota Chamorro de Costigliolo. El señor Presidente Carazo tenía á su derecha á doña Margarita Chamorro de César, y ésta al señor Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de Costa Rica, don Ezequiel Gutiérrez. El señor González Víquez tenía á su derecha á doña Adela Chamorro de Zavala, y ésta al Gobernador de San José de Costa Rica, don Camilo Mora. A la derecha de doña Dolores B. de Chamorro estaba el señor Ministro de Relaciones de Nicaragua, General don Fernando Guzmán, á la de éste la señorita María Morales, quien á su vez tenía á su lado al señor General don Isidro Urtecho. A la izquierda de doña Carlota de Costigliolo estaba el señor Ministro de Gobernación, Licenciado don Salvador Castrillo, y le seguía el señor ex-Ministro de Hacienda y Guerra, General don Joaquín Elizondo. Seguían los demás convidados en cierto orden que no nos sería posible precisar.

En la pared sur del comedor, y al frente del General Soto estaban los retratos de éste y de su distinguida señora doña Pacífica Fernández de Soto, el primero ejecutado por el joven Alberto Peña, alumno del Instituto Nacional de Oriente, y el segundo por el joven Pedro Pablo Argüelle, que á última hora quiso hacer tan oportuno obsequio á los señores Chamorro y Soto.

Servida la sopa, se siguieron presentando á los convidados variados platos y vinos exquisitos, con orden perfecto y completa regularidad. Los caballeros se cruzaban sus tarjetas entre sí y con las señoras, para librar las viñas á su salud; acto de civilidad que era prontamente correspondido.

A los postres, y cuando ya el champagne espumaba en las copas, dió

principio á los brindis el señor General don Pedro Joaquín Chamorro, ofreciendo el banquete al señor Presidente Soto: lo hizo, poco más ó menos, en los términos siguientes:

### Señor Presidente Soto:

Al haceros esta modesta manifestación, satisfago uno de mis más vehementes deseos, que es el daros un testimonio de mi particular aprecio por las finas atenciones con que me colmasteis en vuestro país; y cumplo el deber de ciudadano nicaragüense, tributando al egregio mandatario de Costa Rica, un justo homenaje por los importantes servicios que ha prestado á la gran causa de la dignidad é independencia de estos dos países, y por el empeño que tomó en dirimir sus antiguas diferencias.

Ningún buen nicaragüense podrá olvidar con cuánta decisión y energía se asoció en 1885 á la suerte de Nicaragua, el señor General don Próspero Fernández, de grata memoria, quien desde su lecho de muerte excitaba al pueblo costarricense á derramar la última gota de su sangre en defensa de sus más caros derechos. La muerte le sorprendió en los momentos más críticos; y cuando se temía que el patriotismo costarricense se debilitase por aquel inesperado y desgraciado acontecimiento, aparece en la escena, empuñando con mano diestra y vigorosa las riendas del Gobierno, el señor General don Bernardo Soto. La desgracia que abate y anonada á los débiles es un estímulo para los grandes caracteres; y los pueblos viriles y virtuosos, al peso de la adversidad cobran nuevas fuerzas y se yerguen altivos para reparar sus quebrantos.

Así Costa Rica, sin enjugar las lágrimas que vertía por su ilustre jefe, se lanza á la guerra bajo la valiente, patriótica y prudente dirección del señor Soto.

Nicaragua presenció llena de júbilo la llegada de las legiones costarricenses, una en pos de otra, siendo cada una de ellas un modelo de sobriedad, disciplina y patriotismo, y dando la idea más completa de las virtudes del pueblo de que procedían. El señor Soto no sólo cumplió con sus altos deberes, movilizandó el ejército de aquella República, sino que depositó en el Gobierno de Nicaragua la más alta confianza, enviándolo á su disposición y sin reserva alguna. En aquella época tuve á honra ejercer accidentalmente la Primera Magistratura, y sentí verdadero orgullo de tener bajo mis órdenes un ejército tan leal, tan virtuoso y disciplinado.

Señores: invito á todos mis amigos y demás caballeros que han tenido la bondad de acompañarme en esta ocasión, á tomar una copa en honor del señor Presidente de Costa Rica, General don Bernardo Soto; de su digna y distinguida esposa, doña Pacífica Fernández de Soto, hija del malogrado General don Próspero Fernández, de grato recuerdo para Nicaragua; y de todos los ilustres caballeros que componen su comitiva.

Señor Presidente de la República:

Permitidme que os rinda las gracias por haber tenido la exquisita amabilidad y cortesía de solemnizar con vuestra presencia esta manifestación, y que os congratule sinceramente por haber interpretado con toda fidelidad el sentimiento del pueblo de Nicaragua, al recibir, como lo habéis hecho, á nuestro ilustre huésped.

---

El señor Presidente Soto tomó en seguida la palabra manifestando la satisfacción y gratitud con que recibía aquella como las otras manifestaciones

de cordialidad de que viene siendo objeto desde su llegada á Nicaragua, las que con marcada modestia y exquisita delicadeza, juzga dirigidas al pueblo de Costa Rica por sus hermanos de Nicaragua.

Sentimos sinceramente no haber podido llevar la palabra al señor Presidente Soto, porque ello nos priva del placer de presentar á nuestros lectores íntegro su notabilísimo discurso, en el que campearon la profundidad de bellos pensamientos políticos, frases de fina galantería al bello sexo nicaragüense, tan felizmente representado en aquella fiesta de la amistad, y la más rigurosa propiedad en la forma de sus conceptos.

El señor Presidente Carazo brindó con mucha oportunidad uniendo al nombre del señor Presidente Soto el de su digno padre el señor General don A. de Jesús Soto, Primer Designado en actual ejercicio de la Presidencia de la República, á quien en mucha parte se debe el feliz arreglo del veintiséis de julio.

En seguida tomó la palabra el señor General don Joaquín Zavala, y en apropiados conceptos expresó sus simpatías y las del pueblo nicaragüense hacia el de Costa Rica y su digno primer mandatario.

El señor General don Isidro Urtecho tomó la palabra y dijo:

#### Señor Presidente de Costa Rica:

En 1885, cuando nuestro Ministro en Costa Rica, el honorable caballero General don Pedro Joaquín Chamorro, cumplida su misión, regresaba á Nicaragua, volvía entusiasta costarricense. Es lo que sucede á todos los nicaragüenses que visitan aquella República. Hay, sin duda, señor, en vuestra patria mucho que cautiva el ánimo de los nicaragüenses. Nicaragua es por desgracia pobre de atractivos, no tiene sino la belleza natural de su suelo, y esto no es gala propia porque la naturaleza es bella con profusión en toda la América Central. Nuestras cotidianas revoluciones no le han permitido el desarrollo de todos sus elementos de progreso; pero en medio de nuestra sencillez, casi primitiva todavía, hay aquí un afecto muy puro para vosotros los costarricenses. En gracia de este afecto, muy merecido por vosotros, justo sería que al regresar á vuestro país, volviérais así y regresárais también vuestra ilustre comitiva, completamente nicaragüenses. Sería mucha honra para nosotros; pero es una compensación que nos debéis.

Brindo por el cumplimiento de este deseo.

---

Don Anselmo H. Rivas dijo:

#### Señor General don Bernardo Soto:

Con indecible placer me asocio á la manifestación que os hace en este momento el señor General don Pedro Joaquín Chamorro, y lo hago como él en mi doble calidad de individuo privado y de ciudadano nicaragüense.

No tengo como el señor Chamorro motivos personales hacia Vos, que me obliguen á haceros una especial manifestación. Antes de ahora no tenía el honor de conoceros, sino por vuestra merecida fama como uno de los Presidentes más ilustrados y patriotas de Centro América; pero tengo hacia vuestra querida patria motivos poderosos de gratitud personal, que jamás olvidaré. Arrojado de mi país por el huracán revolucionario, en 1863, el vuestro me acogió con una benevolencia que me hizo olvidar mis infortunios.—

Costa Rica ofreció al proscrito, patria, familia, consideraciones y comodidades, que no le dejaron echar de menos las que tenía derecho á disfrutar en su propia patria. Así es que el recuerdo de Costa Rica es para mí algo parecido al de la patria para el que está ausente.

Como ciudadano nicaragüense no puedo menos que asociarme con entusiasmo al homenaje de respeto y simpatía que os tributan el pueblo y el Gobierno de mi patria. Ese homenaje, señor, es muy bien merecido. En el grave conflicto centroamericano de 1885 fuisteis el amigo leal, el hermano y el aliado de Nicaragua, y enviasteis el valiente ejército de Costa Rica á confundirse con el nuestro en el común peligro. Posteriormente recibisteis á nuestro Plenipotenciario señor General Chamorro, con marcadas muestras de distinción y cariño, que pusieron de manifiesto vuestras simpatías y las del virtuoso pueblo que gobernáis hacia el pueblo y Gobierno de Nicaragua. Consideraciones son estas que deben pesar en todo corazón verdaderamente nicaragüense.

Ahora, señor, emprendéis un viaje expresamente á visitar nuestra patria, abandonando vuestra cara familia y todas vuestras comodidades, por dirimir las diferencias que hagan sombra sobre las relaciones de estos dos pueblos hermanos. Tan patriótico esfuerzo inspira naturalmente un sentimiento de gratitud de parte de los nicaragüenses. Yo tengo á mucha honra el daros testimonio de ese sentimiento en esta ocasión solemne.

Y ya que me refiero á vuestros laudables esfuerzos por hacer desaparecer para siempre el germen de nuestras desavenencias, permitidme que asocie á este brindis, al digno Presidente de Nicaragua, don Evaristo Carazo, que con igual patriotismo y elevación de miras ha tratado una cuestión de alta trascendencia para la suerte futura de Nicaragua y Costa Rica. Permittedme también dirija un voto de aplauso á los ilustrados Ministros de los dos Gobiernos, que elevándose á la altura de tan delicada como importante cuestión, han contribuido á su feliz desenlace, con sanos, patrióticos y desinteresados consejos.

Señores concurrentes: os invito á que tomemos esta copa en honor de los señores Presidentes Soto y Carazo, porque el 26 de julio estos ilustres patriotas, al firmar el tratado que pone definitivamente término á nuestras añejas disenciones, *han escrito la página más brillante y fecunda en los anales de Nicaragua y Costa Rica.*

---

El Señor don Enrique Guzmán dijo:

No sé, ni tengo por qué saberlo, si será verdad lo que muchos van diciendo acerca del trascendental é importantísimo triunfo diplomático que ha obtenido aquí el señor Presidente de Costa Rica; pero de lo que sí puedo dar testimonio, y podemos darlo todos, es de que don Bernardo Soto ha alcanzado en la tierra de los lagos una brillante victoria de seductor; ha cautivado con su afable trato, con su discreción y cultura los corazones de los nicaragüenses.

Hemos visto siempre al General Soto como un aliado político de Nicaragua; de hoy en adelante veremos en él, no solamente un buen aliado, sino también un excelente amigo.

Brindo porque el ilustre huésped á quien obsequiamos lleve el más grato recuerdo de este pobre país, en el que deja tan profundos y sinceros afectos, y porque al volver á las playas costarricenses, viento, mar y fortuna estén con él para que le devuelvan á la patria y al hogar con todas las alegrías del triunfo, de la salud y del regreso.

El señor Dr. don Alejandro Angulo Guridi dijo, poco más ó menos:

“Y yo, señores. ¿porqué habría de callar, cuando me siento henchido de entusiasmo, y rebosa mi pecho en sentimientos de un puro americanismo? He sido invitado por el lado oriental de esta mesa para dirigiros la palabra; pero aun sin eso yo la usaría para expresar la satisfacción que experimento al hallarme en esta fiesta del patriotismo, debida al honrado repúblico señor General don Pedro Joaquín Chamorro, y en la cual figuran tantos distinguidos ciudadanos.”

Tal fué su exordio; después, refiriéndose á que Nicaragua y Costa Rica se distinguen honrosamente por su moral política, se expresó en los siguientes términos:

“Dichosos los pueblos que, como Nicaragua y Costa Rica, dan ejemplo de austeridad y de civismo; dichosos los que como ellos ven bajar por las gradas del poder á sus primeros mandatarios, quienes tranquilos con el testimonio de su conciencia, vuelven á la vida privada respetados por la rectitud de sus procederes.

Sí, dichosa Nicaragua, que cuenta en su seno cinco ex-Presidentes que gozan la inmunidad debida á sus virtudes,—Guzmán, Cuadra, Chamorro, Zavala y Cárdenas, en cuyo número, sin duda, figurará mañana el actual Presidente señor Carazo, y como también figurará en Costa Rica el señor Presidente Soto al lado de los ilustres nombres de Mora, Aguilar, Castro, Montealegre, Jiménez y de otros egregios Patricios.”

---

Y el señor Doctor don J. J. Paúl, cediendo á las reiteradas instancias de los concurrentes, dijo, poco más ó menos:

Que al hablar en el seno de tan respetable reunión y en presencia de los altos personajes allí congregados, era guiado por el entusiasta sentimiento que le producía una festividad como aquella, en que desapoderado el ánimo de toda pasión de partido, ajena la mente á toda idea menguada y consecuente sólo el corazón con el bello sentimiento de la amistad, se ofrecía un espléndido testimonio de particular aprecio al huésped ilustre de Nicaragua, y de respeto y simpatía al Gobierno y pueblo de Costa Rica, por uno de los caballeros más distinguidos de la culta sociedad de Granada, repúblico eminente, cargado más que de años, con el peso de sus merecimientos y de los servicios prestados á su patria.

Que nada era más halagüeño ni fecundo en bienes para el porvenir de las dos Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, que el movimiento que había dado ocasión á aquel armonioso concierto de buenas voluntades, inspirado por el deseo patriótico de realizar con hechos la hermosa idea de unión y confraternidad, y secundado por el carácter leal, expansivo y sin dobleces de ambos pueblos, que sin ser impulsados por ningún temor, sin recelar ninguna vergonzosa humillación, se habían buscado, confundido sus sentimientos y llenos de alborozo, se disponían á emprender estrechamente unidos las grandes obras que han de ensanchar los horizontes de su progreso y civilización.

Que el laurel de ese triunfo correspondía en primer término al Benemérito General Soto, que con la mejor voluntad había venido en persona, á demostrar de la manera más significativa, el aprecio y confianza que le merecen el honrado pueblo de Nicaragua y su patriótico Gobierno: que llevase ese laurel y lo presentase á su digna esposa y al que se enorgullece con ser el autor de sus días, como el más glorioso de su *carrera pública, que reverdecería siempre al calor de los sentimientos de gratitud y afecto que ya le pro-*

fesaban y seguirían tributándole los pueblos hermanos de Costa Rica y Nicaragua.

Terminó excitando á brindar por las personas que ocupaban lugar de preferencia en la mesa: en primer término por las distinguidas y hermosas damas que constituían su más bello adorno, y luego, por el ilustre huésped de Nicaragua, que en la alborada de su vida había ya subido á la cima donde se encumbran para alcanzar glorioso renombre, los que sienten como él los estímulos de una noble ambición: por el Primer Magistrado de la libre República de Nicaragua, que alberga en su corazón todos los generosos incentivos del bien de su patria; y por el muy estimado señor don Pedro Joaquín Chamorro, cuya vida pública llena muchas páginas de la historia de Nicaragua, y cuyo nombre se halla asociado á los altos hechos con que este pueblo ha afianzado su independencia y soberanía, demostrado su acendrado amor á los principios, avanzado al través de muchas dificultades en la senda del progreso, y probado, principalmente, su confianza de que el sentimiento del deber está siempre y antes que todo en la conciencia de sus gobernantes.

---

Todos estos discursos fueron aplaudidos calurosamente.

La animación crecía de momento en momento, sin que esto hiciese decaer la rigurosa cortesía con que había empezado el banquete. Varios caballeros propusieron brindis, todos á cual más afectuosos y expresivos, de simpatías y fraternidad entre los pueblos de Nicaragua y Costa Rica, y de consideración y afecto al señor Presidente Soto.

En un segundo brindis, el señor General don Isidro Urtecho dijo:

SEÑORES:

Os propongo un brindis muy simpático para los nicaragüenses: un brindis por el heroico ejército de Costa Rica.

De dos cosas ha cuidado siempre Costa Rica con laudable celo: de la escuela y del ejército. En la escuela forma al ciudadano, y en el cuartel al soldado; y de la escuela y del cuartel ha salido ese tipo noble del soldado costarricense, modelo del soldado centroamericano. En dos ocasiones muy solemnes para Centro América, hemos visto aquí como aliado nuestro al ejército de Costa Rica y lo hemos admirado; tiene todas las virtudes, inteligencia, honradez, abnegación, disciplina y valor; señores, hasta la heroicidad.

Costa Rica debe estar muy orgullosa de su ejército, por el cual brindó con entusiasmo.

---

Invitado nuevamente á brindar el señor don Enrique Guzmán, pronunció los siguientes significativos conceptos:

Brindó porque la sangre de Costa Rica y Nicaragua sólo corra mezclada en el mismo campo de batalla, cuando las dos hermanas combatan al enemigo común, ora proceda éste del Norte y se apellide *bucanero yankee*, ora venga de Occidente y se llame *autocracia semi-salvaje*.

---

Tan agradable reunión terminó como á las doce de la noche, quedando sumamente complacidos todos los concurrentes. Numerosas comisiones

fueron á conducir á sus domicilios á los señores Presidentes de Costa Rica y Nicaragua.

No creemos exagerar al decir: que si no imperecedero, dado que con frecuencia se olvidan hasta altos hechos que la historin registra, si será latiente por mucho tiempo el grato recuerdo del banquete granadino de 30 de julio, en la memoria de los pueblos de Costa Rica y Nicaragua.

De "*El Diario Nicaragüense.*"

---

## Llegada del señor Presidente de la República á esta capital.

---

La relación circunstanciada del importante y fructuoso viaje del Benemérito señor Presidente de esta República á Nicaragua, se dará á luz próximamente; hoy nos limitamos á informar á nuestros lectores de fuera de esta capital, de la manera como fué recibido en ella nuestro Primer Magistrado.

Apenas se tuvo noticia, por medio del telégrafo, de que el señor Soto había arribado felizmente al puerto de Limón, se celebró su llegada en todas las plazas militares con repetidas salvas de artillería, las bandas ejecutaron alegres piezas, se enarboló la bandera nacional en los edificios públicos, y el señor Designado en ejercicio del Poder Ejecutivo comisionó al señor Subsecretario encargado del Ministerio de Gobernación, para ir á Carrillo á encontrarlo, saludarlo en nombre del Gobierno, y felicitarlo por el resultado obtenido en su visita á la hermana República de Nicaragua, y la buena suerte con que el viaje se había llevado á cabo.

El Benemérito General Presidente llegó á Carrillo hacia las cinco de la tarde del día nueve, y partió al día siguiente por la mañana en dirección á esta capital, donde se le aguardaba con entusiasmo para manifestarle con pruebas inequívocas, la gratitud y la simpatía á que se ha hecho acreedor una vez más, dando solución satisfactoria á las diferencias pendientes por razón de límites con la República de Nicaragua, y abriendo de este modo una época de verdadera concordia entre ambas naciones, y el principio de una intimidad que llevará á estos pueblos á una fusión verdadera de sus intereses y de sus destinos.

Muchas personas de ésta y de las otras provincias salieron á encontrar al señor Presidente, y unas de ellas llegaron hasta la Hondura, otras hasta la Palma ó á localidades más inmediatas. Entre esas personas se veían algunos altos funcionarios públicos, el señor Obispo Diocesano, acompañado del señor Canónigo Zamora, el señor Röhrmoser, Cónsul del Imperio Alemán, varios axtranjeros y amigos particulares del Presidente.

Los pueblos de San Vicente y de Guadalupe habían engalanado sus calles con arcos y banderas, y acogieron con alegría al Benemérito General Presidente.

Para su recepción en esta ciudad, una comisión que se organizó espontáneamente dirigió invitación á los vecinos y arregló un programa que á continuación reproducimos:

SEÑOR:

Pronto debe llegar á esta capital el señor Presidente de la República, Benemérito General don Bernardo Soto, después de haber firmado en Nicaragua un tratado que pone término á las antiguas diferencias entre esta República y aquella.

Para solemnizar acontecimiento tan plausible, una comisión formada espontáneamente por los infrascritos, ha arreglado el adjunto programa de demostraciones de público regocijo; y se espera que U. asociándose á ellos, les dé mayor solemnidad.

San José, 9 de agosto de 1887.

*Demetrio Tinoco.*

*Tobías Zúñiga.*

*Juan R. Mata.*

*Lesmes S. Jiménez.*

---

## PROGRAMA

Que se observará en la recepción del señor Presidente de la  
República Benemérito General don Bernardo Soto.

---

I.—Por disposición del Ministerio de la Guerra, se anunciará la llegada á esta capital con un saludo de veintiún cañonazos; y se enarbolará el pabellón nacional en los edificios públicos.

II.—En la plaza de la Estación, que es el lugar por donde entrará el señor Presidente, habrá un amplio pabellón, y en él se ofrecerá la ovación popular al Jefe de la República, en un discurso encargado al señor don Tobías Zúñiga. En seguida tendrá lugar un refresco.

III.—En la calle de Carrillo habrá un arco de honor bajo el cual entrará el señor Presidente seguido de su acompañamiento.—El arco tendrá emblemas alegóricos de Costa Rica y Nicaragua.

IV.—Por disposición del Ministerio de la Guerra un batallón de infantería hará los honores de ordenanza; concurrirán también á la recepción los alumnos de las escuelas públicas de esta capital.

V.—Inmediatamente después de dejar en Palacio al Presidente, se servirá al pueblo un refresco en el edificio del Mercado.

VI.—A las siete de la noche, frente al Palacio Presidencial, se dará una retreta en que tomarán parte las bandas de las provincias del interior.—Durante la retreta se exhibirán dos figuras alegóricas de Costa Rica y Nicaragua, alumbradas con luces de Bengala.

VII.—En seguida se hará una manifestación popular, en la cual irán personas conduciendo hachones encendidos, faroles y una farola con leyendas alusivas al acto.

VIII.—Concluida la manifestación, se verificará el desfile frente al Palacio Presidencial y con dirección al Mercado, donde habrá un baile popular.

San José, 9 de agosto de 1887.



A las dos de la tarde, el Presidente llegó á la Estación del Ferrocarril en esta capital, y entonces comenzaron á dispararse salvas de artillería del lado de la Estación y después en la plaza de Armas.

En la de la Estación, conforme estaba dispuesto, había un amplio pabellón y en él una tribuna que ocupaban el señor don Mauro Fernández, Ministro de Hacienda y Comercio, los miembros de la Comisión Permanente, los de la Suprema Corte de Justicia, el Cuerpo Consular, la Municipalidad de esta capital, delegaciones de otros Municipios y los Miembros de la Junta que había organizado esa solemne fiesta popular. Allí fué recibido el señor Presidente, y don Tobías Zúñiga pronunció el discurso que á continuación insertamos:

“¡ Sed bien venido al seno de la patria que os recibe con patentes demostraciones de júbilo y cariño! Sed bien venido, señor Presidente, en unión de los estimables caballeros que os han acompañado en vuestra fructuosa y patriótica misión.

Cábe-me en este momento, por benévolo encargo, que agradezco, y no en manera alguna por aptitudes ó merecimientos personales, la honra, y á la par que ella, la satisfacción más viva de saludaros ante este numeroso concurso; y si en todo caso habría sido gratisimo para mí el desempeño de una comisión semejante, lo es mucho más en esta oportunidad feliz, seguro como estoy de que el cordial y afectuoso saludo que respetuosamente os dirijo, puede traducirse por el sincero abrazo de bienvenida con que la nación toda os estrecha obligada al servicio que acabáis de prestarle.

Consolador es, señores, presenciar una ovación espontánea y merecida como la que ahora presenciarnos, y digo así, porque no es ésta una manifestación obligada, de esas que con harta frecuencia se verifican, más bien como una imposición por servil disciplina, que como un testimonio de positivo entusiasmo. En esta fiesta hay verdad, porque verdad ha habido en el móvil que la ha originado; en esta manifestación hay entusiasmo, porque los corazones se agitan, y agitándose se ensanchan, á impulsos de un noble y levantado sentimiento, el sentimiento del patriotismo.

Y no podría ser de otro modo. Veamos sino lo alcanzado por vos, señor Presidente, y por los dignos colaboradores que os han auxiliado en la delicada misión que con éxito acabáis de desempeñar; y para verlo, permitid que me remonte y aluda al tratado de 1858.

Ese tratado tiene su importancia histórica. Cuando la fatídica sombra de la guerra se dibujaba en los claros horizontes de dos Repúblicas hermanas, él vino á disparla señalando bases que creyó bastantes para establecer entre los dos países una amistad duradera; pero más tarde ese mismo tratado, después de haber servido de pacificador, prestó motivos de interpretaciones en sentidos encontrados, y volvieron á presentarse los males que se había creído extirpar.

Los últimos arreglos quitan toda duda y dan nuevas seguridades.— Costa Rica cede aguas del Colorado y contribuye con la cuarta parte de los gastos que se hagan para utilizarlas por el río San Juan. Nicaragua reconoce los derechos que á Costa Rica corresponden sobre el canal. Lo demás lo dice el tratado cuya validez se ha reconocido oficialmente, complementándose con aclaraciones necesarias y con el señalamiento del plazo para que se nombre la comisión que debe determinar la línea divisoria cuyos puntos principales se encuentran allí consignados.

No hay que dudar que este paso es de grande importancia. Dos naciones amigas y hermanas, queriendo terminar las diferencias que interrumpen el ensanche de sus intereses y la impulsión á empresas de gran porvenir,

se ligan lealmente, estrechan los vínculos que las unen y ofrecen para lo venidero lisonjeras esperanzas.

Con ese espectáculo Centro América está de plácemes. Ligados los dos pueblos que rivalizaban obstaculizando la realización de la apertura del canal por territorio centroamericano, hay nuevas ocasiones para cooperar á que los dos mares se confundan á través de nuestro territorio, y facilita la oportunidad de realizar el pensamiento que vos, señor Presidente, alimentáis, y por cuya realización habéis trabajado,—el de la unificación pacífica de los cinco pueblos que forman la América Central.

El afán que habéis manifestado por terminar las cuestiones pendientes con la República vecina, es digno del mayor encomio, y muy grato debe ser para vos haber prestado á la patria servicio de tal magnitud, cumpliendo estrictamente con el deber de velar por los intereses del pueblo que os distinguió con sus sufragios y haciéndoos acreedor á la gratitud nacional.

Por ello recibid, señor Presidente, la felicitación más calurosa, y al dárosla no temo asegurar que es mi voz eco fiel de los sentimientos que animan á todos los costarricenses de buena voluntad.

No puedo, no debo concluir sin hacer pública manifestación de reconocimiento hacia el Pueblo y Gobierno de Nicaragua y muy especialmente hacia el honorable ciudadano que rige los destinos de aquella nación, por la generosa y galante acogida que se ha dispensado al Jefe de esta República y á sus dignos compañeros.

Esa acogida hace esperar la pronta ratificación del convenio. Costa Rica lo desea vivamente; Nicaragua acaba de dar testimonios significativos de igual anhelo.

En todo caso, los Presidentes de ambas Repúblicas han cumplido su deber en cuanto á ellos ha cabido cumplirlo, y su noble afán por llevar la cuestión de límites á un completo y feliz término, los ha hecho acreedores al reconocimiento de sus compatriotas, y en el libro de la historia centroamericana les está reservada, en estricta justicia, una página gloriosa".—

Este discurso fué muy bien acogido por la gran concurrencia que había en el pabellón y en sus alrededores, la cual no bajaba de unas cuatro mil personas. Entre ellas estaban setecientos alumnos de las escuelas públicas de esta ciudad. El señor Presidente, con frases propias y elegantes, contestó el discurso del señor Zúñiga, y en su hermosa improvisación manifestó cuanto agradecía aquella demostración inspirada por sentimientos de patriotismo, y al mismo tiempo por el afecto de la amistad; que las demostraciones de que había sido objeto en Nicaragua, y á las cuales se había aludido, las consideraba tributadas, no á sus méritos personales sino á Costa Rica, y que venía animado de sentimientos de profunda gratitud hacia el Gobierno y hacia el Pueblo de Nicaragua; terminó prorrumpiendo en vivas á las dos Repúblicas. La concurrencia vitoreó con entusiasmo á Costa Rica y á Nicaragua, y saludó con ferviente aclamación al señor Soto.

A continuación tuvo lugar un espléndido *lunch*, del cual participó también el pueblo.

El señor Presidente se retiró del pabellón y tomó la calle de Carrillo, acompañado del señor Ministro Fernández, de los Generales de División don Buenaventura Carazo y don Federico Fernández, y seguido de la numerosa concurrencia, pasando entre el cuerpo de Policía, lujosamente uniformado, el cual formaba en alas.

En el alto de la calle de Carrillo habíase levantado un magnífico arco de honor, en cuyas columnas se veían dos grandes figuras que representaban á Costa Rica y á Nicaragua, decoradas con los pabellones de estas Repúblicas; en la sección superior del centro había una alegoría de la unión fraternal

entre éste y aquel pueblo: á uno y otro lado se notaban los escudos de armas de las dos Naciones, enlazados por los nombres SOTO y CARAZO, y en la parte del arco que daba frente á la ciudad, leíase esta inscripción: "Nicaragua y Costa Rica."

Bajo ese arco pasó el primero el señor Presidente de la República, quien saludó aquel símbolo del acontecimiento político que se celebraba, y siguió su camino hacia el Palacio.

Desde el arco hasta el interior de la ciudad, un batallón de infantería formaba en alas, comandado por el Coronel don Ronulfo Soto, é hizo los honores de ordenanza al General Presidente.

Este se detuvo ante el monumento erigido á la memoria del Benemérito General don Próspero Fernández, y tomó la palabra para manifestar que el Congreso Constitucional había decretado la erección de aquel monumento á la memoria del egregio ciudadano General don Próspero Fernández, á quien la República es deudora de grandes beneficios; que ningún día más adecuado para inaugurar la manifestación de la gratitud nacional allí significada, que éste, aniversario de la toma de posesión del General Fernández, como Presidente Constitucional de la República: que ligado á él por vínculos muy estrechos, cualquier cosa que dijera en elogio de tan distinguido Jefe, parecería parcial, y por eso se limitaba á declarar oficialmente inaugurado aquel monumento, cumpliendo así con la disposición del Poder Legislativo.

En esos momentos fué descubierto el busto del General Fernández, y el señor Ministro de Hacienda y Comercio, por comisión del Gobierno, pronunció el discurso siguiente, que fué acogido con muestras de aprobación y entusiasmo.

#### SEÑORES:

Testimonio altamente significativo de cultura es la causa que aquí nos reúne en estos momentos.

Que sabemos apreciar los méritos de los que con sus obras hicieron el bien, recompensar las virtudes cívicas de los que honrándose enaltecen á la patria, y estimular á los demás á que empeñen su esfuerzo en dar lustre y brillo á la tierra que los vió nacer; todo esto revela el monumento que ante nosotros se alza.

El pueblo costarricense, que por medio de sus representantes decretó este acto de justicia á la memoria del General don Próspero Fernández, y esta muestra de civilización, ve en esta hora sellado su mandato; y hoy, al inaugurarse oficialmente, al descubrirse la imagen del que fué el General don Próspero Fernández, con sus nobles rasgos esculpidos en duro mármol, que ha de llevar á las generaciones venideras, junto con el conocimiento del hombre que mereció tal distinción, la gratitud que le deberán, natural es que echemos una ojeada á los hechos más culminantes de la vida pública de aquel patricio.

No fué el General Fernández una de esas figuras colosales que deslumbran y que aterran, que han conquistado la gloria universal que las inmortaliza con mares de sangre y torrentes de lágrimas, y que en su marcha triunfal al través del tiempo, no dejaron sino ruinas, desolación espanto: espíritus maléficos que en fuerza de las grandes desgracias que ocasionaron, hicieron célebres sus nombres é imperecedero su recuerdo: Alejandro, Gengis-Can, Atila, César, Tamerlán, Napoleón, si por que con su espada sometieron al yugo de pueblos más civilizados otros que lo estaban menos; si por que con la sujeción de unos pusieron á otros en condición de acometer em-

presas y de intentar mejoras que de otro modo no habrían podido llevarse á cabo, hicieron quizá grandes beneficios á la causa de la civilización; si porque, por ventura, con el sacrificio de centenares de miles de vidas anticiparon el despertar de otros, ignotos y oscuros, á la luz de los que se creían iniciados en la sabiduría; no lograron ceñirse los laureles que los coronaron y verse perpetuados en las estatuas que habian de llevar á la más remota posteridad la noticia de sus proezas, sino dejando en pos de sus pasos hambre, peste, mortandad, infortunio.

No fué tampoco el General Fernández una de esas lumbreras de la ciencia, genios más bien que hombres, que de vez en cuando aparecen en la tierra y que—cual estrellas rutilantes que al recorrer tranquilamente su carrera en la bóveda celeste, iluminan con su suave esplendor el orbe,—escondidos en apartado gabinete y llevando acaso una vida miserable, trabajan con afán por arrancar sus misterios al mundo moral y á los elementos físicos: al alma y á la naturaleza y que sin ruido y sin ostentación, provocan y determinan verdaderas y trascendentales revoluciones en la humanidad y la ilustran y engrandecen.

Pero no es necesario ser un Platón, un Aristóteles, Galileo, Newton ni Voltaire, ni los sanguinarios héroes atrás nombrados, de fama universal, porque de universal consecuencia fueron sus obras, para hacerse digno de gratitud y de respeto perdurables á un pueblo determinado, ni menester es haber llevado á cabo con estruendo y pompa hazañas singulares, para ser también merecedor de ocupar por siempre un lugar de veneración y de culto en el corazón de los hijos de ese mismo pueblo.

El General Fernández descendiente de una de las más respetables familias de Costa Rica, antes de llegar á la elevada posición política que después alcanzó, se hizo ya acreedor á la estimación de sus conciudadanos por la bizarría y de senuedo con que se condujo en las memorables campañas emprendidas en los años de 1856 y 1857, contra el filibustero Walker, que amenazaba la independencia de Centro América, y luego con su nunca desmentida lealtad y valor en los puestos militares que por largo tiempo desempeñó; un soldado lleno de ardor patriótico que rechaza con brío al invasor, y un auxiliar de la administración pública que secunda con honradez sus miras y planes en la parte en que le están confiados sirviéndole de baluarte y egida, ya tiene títulos al reconocimiento y al aprecio de sus compatriotas, y su familia razón para enorgullecerse de su linaje.

Llamado en 1882 al Poder Supremo, fué cuando el General Fernández tuvo ocasión de hacer resaltar las bellas prendas que lo adornaban y cuando adquirió los verdaderos méritos relevantes que le hicieron digno de la recompensa que hoy se cumple.

El país había permanecido por un largo período de tiempo bajo un régimen anormal, que de seguro no es el que conviene á un pueblo republicano, ni es el que más se atrae las simpatías generales en la época actual.—Y tal es la fuerza de la costumbre y tal el halago del medio para los que se connaturalizan con un Gobierno dictatorial, que sin ninguna dificultad habría podido continuarse y prolongarse indefinidamente la situación crítica y comprimida que á su entrada al poder encontró el General Fernández.

Mas, muy al contrario y con asombro y aplauso unánimes, el General Fernández haciéndose superior á las tendencias y propensiones tan fuertemente pronunciadas á todo lo que se adquiere en un largo aprendizaje, despreciando el aliciente de esa falsa gloria con que los viles y los pequeños marean á los gobernantes que á costa de la opresión y de la ruina del pueblo pagan sus adulaciones y su servilismo; en una palabra, haciendo todo esto que parece implicar un sacrificio sobrehumano en cada una de sus partes, con la mayor naturalidad y sencillez, y como si se tratara del cumplimiento

del deber más simple, el egregio ciudadano comienza por reconstruir el país, por someterse á la ley, y se rodea de personas honradas é ilustradas que le ayuden en la penosa y difícil tarea de gobernar.

No paran aquí, empero, los méritos del General Fernández: animado siempre del deseo del bien y de la felicidad de la patria, él, que no tiene la vana y funesta pretensión de creer que todo lo puede por sí, que le adornan todas las dotes que la complicada labor de la Administración Pública demanda, ostenta la joya más preciosa de su carácter, la modestia y la humildad, al llamar á su lado hombres versados en los negocios y capaces de ayudarle á difigirlos en las arduas circunstancias que por entonces atravesaba el estado. Da con tal hecho muestra de verdadera sabiduría, y él se reserva el papel que propiamente le correspondía y que se amoldaba á su índole y á sus condiciones; papel de la más alta importancia y esencialismo: el de ejecutor enérgico y decidido de las medidas que se había considerado oportunas y resuelto adoptar.

De una parte, pues, es él quien regulariza la marcha del Gobierno y quien elige con acierto los hombres que han de coadyuvar á ella; y de la otra, es el brazo fuerte que presta apoyo á sus colaboradores y en el que se estreñan las resistencias que siempre encuentran los actos gubernativos de trascendencia. Débesele, por lo tanto, en gran parte, si no en su totalidad, lo bueno que se hizo durante su Administración.

Recorramos ligeramente los actos más notables de ella.

El prolongado lapso de tiempo durante el cual el país había acometido empresas superiores á sus fuerzas, lo comprometió en una suma de más de dos millones de pesos, que si bien no de gran magnitud en sí, constituye una traba por demás embarazosa y difícil de superar si no es mediante un gobierno de economía y de un orden y bajo una administración que dé garantías y tranquilice á los acreedores. Ese gobierno y esa administración fueron los del General Fernández: durante su período de mando se arregló el pago de la deuda interior, que se practica religiosamente y que está al concluir.

El proyecto, superior con mucho á las fuerzas de Costa Rica en la época en que se inició, de construir un ferrocarril interoceánico, y acaso más que todo, por la forma en que se empeñó la empresa y se llevó adelante, sumió á la Nación en una senda que la ahogaba, que estaba muy por cima de sus alcances actuales y que ni siquiera había la esperanza de llegar á satisfacer en muchísimo tiempo; deuda que después de haberla hecho retorcerse por algunos años en las angustias de la agonía, mientras pagó la enorme suma que por intereses solamente debía pagar cada año, concluyó por darle muerte ignominiosa; porque muerto moralmente está en el mundo de las naciones, el pueblo que deja en descubierto su crédito; que no honra sus obligaciones; y muerte era esa de la cual no había esperanza siquiera de que volviese, porque la abrumadora suma de veinte millones de pesos á que ascendía la deuda, como si no bastara su colosal magnitud para aterrar y hacer desfallecer, crecía y crecía de año en año de una manera fatídica, y porque el ferrocarril interoceánico para el cual se había contraído estaba inconcluso, y no sólo no prometía ayudar á desenvolver la que había consumido, sino que exigía para su conservación la inversión de rentas de otras fuentes, era de muy escasa utilidad y amenazaba quedar pronto fuera de servicio.

Vino el General Fernández, y, comprendiendo que Costa Rica no se levantaría de su tumba mientras no se la librase del enorme peso que la oprimía, y que la ruina completa del ferrocarril no se evitaría, ni éste podría convertirse de un gravamen que era en un elemento de prosperidad sino concluyéndolo, emprendió con mano atrevida, confiado en los hombres sensatos que concibieron la medida y le indicaron su aplicación, y á pesar de la viva

oposición que encontró, el ventajosísimo arreglo de la deuda exterior y para la conclusión del camino de hierro al Norte, arreglo que todos conocemos, que redujo á la mitad el crédito contra la República, que disminuyó la tasa del interés, que estipuló términos cómodos para la amortización, que aseguró, en fin, la terminación del anhelado y caro ferrocarril al Limón. Hay más aún; por motivos que no es del caso examinar se había querido traer el ferrocarril por el río Sucio, y se adelantó la obra hasta ese punto. Llega el General Fernández al Poder y reconoce lo que los hombres entendidos en la materia sostenían, pero que no habían podido hacer valer antes: que el ferrocarril, aunque practicable en esa dirección, no satisfaría las necesidades agrícolas y comerciales del país por la elevada cordillera que se interpone entre esta ciudad y aquel lugar, y como hombre superior á las medianías, que al persuadirse que la senda seguida es mala, vuelve atrás sin pararse á considerar el trabajo efectuado ni el tiempo perdido, y fijándose tan sólo en lo que va á dejar de perderse; desentiéndese de los intereses particulares creados, que naturalmente se resisten y oponen una valla, y acomete con resolución la variación del trazado de la línea y la trae por el valle de Reventazón.

Beneficios son éstos de grande importancia y significación, que bien legitiman el tributo de agradecimiento que su Patria le ha consagrado.

Tolerante y respetuoso con todas las clases de la sociedad, y con todos los credos y opiniones, el General Fernández observó esta conducta en tanto que el comportamiento de los círculos la justificó; pero una vez que alguno de ellos quiso extralimitarse de la misión que le está confiada, para convertirse en foco agitador que amagaba la tranquilidad pública, con la entereza de carácter que le distinguía, no obstante la gravedad del paso, ante la inminencia del peligro no vaciló en adoptar las severas medidas dictadas el 18 de julio de 1884.

Puede decirse que la misma prematura muerte del General Fernández fué un sacrificio en aras de la Patria; ella resume el celo del mandato por el cumplimiento estricto de su deber, cualesquiera que sean las circunstancias, el ardimiento bélico del militar valiente y abnegado, el fuego patrio del buen ciudadano.

Al recibir en su hacienda situada en la provincia de Guanacaste, de la manera más inesperada y repentina, la noticia del singular capricho ocurrido al General Barrios de hacer por la fuerza de las armas la unión de Centro América, ó lo que habría sido lo mismo, la conquista de Centro América, el General Fernández postrado por enfermedad penosa y de riesgo como se hallaba, no hace alto en el mal estado de su salud: sólo atiende á que su deber le llama á ponerse á la cabeza de las fuerzas que han de ir á rechazar al invasor audaz, y aguijoneado por la impaciencia que devora al hijo cariñoso que ve su madre en peligro, y estimulado por el celo del jefe que sabe que el cuerpo no obra sin que la cabeza lo dirija, emprende la fatigosa y larga jornada de Guanacaste al interior. No pudo llegar: su organización consumida por la dolencia que le aniquilaba, y que exacerbaron y abreviaron las penalidades á que se sometió, no pudo resistir más, y el General Fernández sucumbió en Atenas, víctima de la Patria en mucha parte.

¿No son este rasgo de patriotismo, esta abnegación, este conjunto de virtudes cívicas, bastante para ilustrar no sólo en su pueblo y en su época, sino por doquiera y en cualquier tiempo en que sean conocidos, el nombre del ciudadano que los ha realizado? No lo son para obligar la gratitud nacional y manifestarla por medio del monumento que hoy se inaugura?

Inclinemos con respeto ante el preclaro cuanto modesto ciudadano que en tan corto tiempo de gobierno supo adquirirse tanto y tan valioso título á la gratitud nacional, y felicitémonos de haber cumplido con un deber de justicia erigiéndole este monumento.

Es hoy el día más propicio para inaugurarle: es el aniversario de la toma de posesión de la Presidencia de la República por el General Fernández, cargo para el cual fué constitucionalmente electo; y es hoy también el día, que será grande en los fastos de la historia, en que su activo colaborador en el Gobierno, su hijo político, el actual mandatario, General don Bernardo Soto, vuelve más que triunfante de la vecina República de Nicaragua, después de haber concluido definitivamente la enojosa por demás y añeja cuestión de límites con aquella nación hermana.

¡Manes del General don Próspero Fernández! La patria os tributa el homenaje de su admiración por las virtudes cívicas de que disteis testimonio en la tierra, y os consagra este monumento en recompensa de vuestros eminentes servicios. Iluminad desde la mansión eterna en donde reposáis, á nuestros sucesores actuales y futuros en el Gobierno, y transmitidles la solícitud que empeñasteis en el bien de la patria, á fin de que puedan alcanzar el acierto que coronó vuestros esfuerzos.

Y vosotros, ciudadanos, inspiraos en el espíritu del prócer á cuya memoria habéis levantado este monumento. Como Gobernante, imitadle; como gobernados, no consintáis en que las instituciones republicanas que él tanto mostró respetar sean jamás holladas!

HE DICHO.

Una vez concluida esta ceremonia solemne, continuó el señor Presidente, acompañado de aquel gran concurso de personas de todas las clases sociales, su marcha hacia el Palacio Presidencial, donde fué recibido por el señor Designado en el ejercicio del Poder Ejecutivo y el señor Subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del Ministerio, quienes felicitaron con efusión al señor Presidente, al señor Ministro don Cleto González Víquez que lo había acompañado en el viaje y á los demás miembros de la comitiva.

El Palacio Presidencial estaba adornado con gusto y elegancia, y en él se sirvió un refresco á los viajeros y á muchísimas otras personas que hasta allí llegaron. El señor Subsecretario de Relaciones Exteriores dijo lo siguiente:

SEÑOR PRESIDENTE:

Sed muy bien venido á vuestra residencia, después de haber llenado la misión que os llevó á la vecina República, nuestra hermana.

Es tan importante la cesación de antiguas divergencias entre dos pueblos identificados por origen y destino, que ese resultado que habéis obtenido formará época en la historia de las relaciones de Costa Rica y Nicaragua.

Puede decirse que carecíamos de frontera, no porque la hubiese borrado la fusión de los dos países, sino al contrario, porque el genio fatídico de la discordia la había convertido en un problema. Hoy tenemos ya en perspectiva la demarcación material de la línea divisoria entre Costa Rica y Nicaragua, no ciertamente para que cada República se encastille egoísta en su propio territorio, sino para que sobre aquella línea se tiendan y se estrechen la mano, y con brazo fuerte trabajen en conquistar progreso positivo.

Grande es el porvenir de estos países, ricos en valiosas producciones, situados en el centro del Nuevo Mundo, y con el destino manifiesto de hacer la unión de dos océanos. Adelantarnos hacia ese porvenir glorioso es la única aspiración que debe animarnos.

No volvéis, señor, con el laurel de la victoria, pero sí con el olivo de la paz. Nos traéis una prenda de la concordia y de la unión de que tanta necesidad tienen las Repúblicas latino-americanas, que muchas veces han

enviado á Europa tan sólo el rumor lejano de discordias interiores y de guerras fratricidas.

¡ Cuánto bien ha hecho vuestro levantado patriotismo y cuán grande es nuestra deuda de gratitud hacia vos ! Así lo comprendemos, y por eso veis resplandecer la alegría en los semblantes, y despertar la animación nacida de la esperanza de días aun más venturosos para la Patria. Vuestro nombre, unido en esta ocasión al del Presidente de Nicaragua don Evaristo Carazo, ocupará gloriosa página en la historia de Centro América.

El señor Designado en ejercicio de la Presidencia de la República, los que aquí habíamos quedado rodeándole íntimamente, en suma, todos los amantes de Costa Rica, seguimos vuestros pasos con vivísimo interés; nos regocijamos al saber su resultado feliz, y agradecemos profundamente las espléndidas demostraciones de que fuisteis objeto, así de parte del ilustrado Gobierno como de la del noble Pueblo nicaragüense.

Acceptad, señor, nuestros sinceros parabienes, unido á ese coro acorde que hoy se levanta en el ámbito de la República y que os protesta gratitud, adhesión y simpatía.—

Todos los concurrentes reiteraron su felicitación al señor Presidente, quien se mostraba muy agradecido á tantas demostraciones.

A las siete de la noche se dió frente al Palacio Presidencial una magnífica retreta, en que tomaron parte las bandas de esta capital, de Heredia, y de Alajuela. Durante la retreta se exhibieron, alumbradas con luces de Bengala, dos hermosas figuras alegóricas de Costa Rica y Nicaragua.

Una gran manifestación popular de muchísimos ciudadanos hubo después frente al Palacio Presidencial. Ellos conducían hachones encendidos, luces de toda clase y una farola con leyendas adecuadas á la celebración.

A las ocho y media de la noche comenzó el baile popular en el Mercado, y no terminó sino hasta las dos de la mañana. Muchísimas señoritas y caballeros concurren á presenciar aquella fiesta que es tan de agrado del pueblo.

No podemos terminar esta crónica, sin hacer mención de muchas demostraciones de alegría que en toda la ciudad se manifestaba. El adorno esmerado de los cuarteles, los demás edificios públicos y muchas casas particulares en que había banderas de diversas naciones, y especialmente de Costa Rica y Nicaragua, y en la noche el alumbrado público aumentado por el de los particulares, daban á San José el aspecto de una ciudad engalanada que celebra un fausto acontecimiento nacional.

De la *Gaceta Diario Oficial* de Costa Rica.

